

Juan Crisóstomo

SOBRE LAS ESTATUAS

HOMILÍA 1

1. ¿Habéis oído la voz del Apóstol, la trompeta del cielo, la lira espiritual? Porque como trompeta anunciadora de algo terrorífico y bélico, llena de consternación a los enemigos y levanta los decaídos ánimos de los suyos, e infundiendo gran confianza en los que le prestan atención, los hace inexpugnables al diablo; y otras veces como lira, deleitando con mucho agrado, adormece los morbosos absurdos pensamientos y con placer nos proporciona utilidad grande. ¿Habéis, pues, oído hoy al que adoctrina de muchas y necesarias cosas a Timoteo? De las ordenaciones escribió al mismo diciendo: *“No impongas de ligero las manos sobre alguno, ni seas cómplice de pecados ajenos*

(I Timoteo, 5-23): y expuso el intolerable peligro de tal prevaricación, demostrando que el suplicio de los males por otros perpetrados lo padecerán otros justamente con ellos, porque confirieron a la maldad el poder mediante la ordenación. Luego dice también: “*Usa de un poco de vino, por causa de tu estómago, y de tus frecuentes enfermedades*” (I TIMOTEO, 5-23). Y también de la obediencia de los siervos, y de la insensatez de los avaros, y de la arrogancia de los ricos, y de muchas más cosas nos ha enseñado.

Al no sernos posible recorrer todo esto, ¿qué queréis que de todo lo dicho proponga y diga a vuestra caridad? Porque como en un prado veo muchas y varias flores para escoger y, dilatada rosaleta, y muchas violetas, y no pocos lirios, y también por doquiera esparcido variado y copioso (polínico) fruto en el aire con mucha suavidad de olor: no digo prado, sino más bien jardín, paraíso es la lectura de las divinas Escrituras: porque sus flores no tienen sólo fragancia, sino también fruto capaz de nutrir el alma.

De lo dicho, ¿qué deseáis que tratemos hoy? ¿Queréis que discurremos de lo que parece ser más vil de todo, y lo que es más fácil de entender? A mí me agrada, y a vosotros, bien lo sé, también os gustará. Pero al cabo, ¿qué es lo más fácil de todo? Y ¿qué otra cosa parece ser ora lo más fácil a cualquiera, ora compendioso para decir? Veamos: ¿qué es eso? “*Usa un poco de vino por causa de tu estómago, y por tus frecuentes enfermedades*” (I TIMOTEO, 5-23) e indisposiciones. Ea, pues: todo el discurso lo voy a dedicar a expresarlo.

AUN LAS SENTENCIAS MÍNIMAS DE LA SAGRADA ESCRITURA SON PRECIOSAS. Mas hacemos esto, no por ambición, ni por ostentación de facundia en el decir, pues lo que se dice no es cosa nuestra, sino lo que el Espíritu Santo inspirase con su gracia; lo hacemos para levantar a los oyentes, aun a los perezosos, y para persuadir cuán grande es el tesoro de las Escrituras, y que si es libre, no sin peligro es el prescindir de ellas. Pues si ésta tenue y compendiosa expresión que a muchos parece no contener nada necesario, apareciere sernos causa de muchas riquezas, y dar ocasiones de altísima filosofía; mucho más aquellas cosas que de suyo ostentan doméstica abundancia, henchirán de tesoros infinitos a los que presten atención. Así, pues, ni aun aquellas sentencias de las Escrituras juzgadas por tenues, pasemos de ligero. Porque las mismas son también una gracia del Espíritu (Santo); y la gracia del Espíritu nunca es pequeña y vil, sino grande y admirable, y digna de la munificencia del dador. No escuchemos, pues, con

desidia; como los que funden el mineral de las minas, después que lo ponen en el horno, no tan sólo recogen las masas de oro, sino que también recogen las hojuelas (o pizquitas) con no poco cuidado. Así, pues, ya que sacamos el oro de la mina apostólica, no para echarlo en el horno, sino para introducirlo en los pensamientos de vuestra alma, no para levantar llamas, sí para excitar el fuego del espíritu aún. las migajitas han de recogerse con grande diligencia. Por corta que sea la sentencia, es no obstante de gran (poder y) virtud. Que también las gemas (o perlas) tienen su valor y hermosura, no por la mole del cuerpo, sino por la naturaleza de su hermosura; así es también la lección de las Divinas Escrituras. Efectivamente, la externa doctrina que ofrece muchas bromas (o burlas), que infunde en los oyentes muchas sutilezas, los despide con las manos vacías, sin que hayan ganado emolumento alguno, ni grande, ni pequeño. Pero la gracia del Espíritu no así, antes por el contrario en las sentencias, aun en las más módicas, proporciona a todos cuantos las penetran filosofía; y frecuentemente a muchos el haber entresacado una sola palabra, es suficiente viático para toda la vida.

2. Pues ya que tanta es la abundancia, despertémonos y atentamente recibamos lo que se diga: porque pienso profundizar mucho el discurso.

Con todo a muchos la advertencia ésta paréceles hasta ser superflua y redundante en algún modo, y discurren así: ¿Es que Timoteo no podía conjeturar que debía (o que necesitaba) usar vino, y tenía que esperar el oírlo (y aprenderlo) del maestro? Y ¿qué es eso, que el maestro no tan sólo lo mandó, sino que, como en columna de bronce, lo cinceló con letras, escribiéndolo en la carta a él dirigida; y no se avergüenza de encomendar estas cosas en carta, y mandarlas al discípulo para que fuesen públicamente leídas?

Pues para que aprendas que no sólo no redundan la advertencia, sino que es necesaria y utilísima; y que no fue Pablo, sino la gracia del Espíritu (Santo) quien lo hizo, para que no solamente fuese dicho, sino que fuese dado por escrito y llegase a todos los venideros por medio de esta epístola; vendremos luego a la misma prueba.

A todo esto hay también quienes están no menos perplejos por otra cosa, y que preguntan: ¿por qué causa permitió Dios que un varón, de tanto poder, que sus huesos y reliquias arrojaban los demonios, contrajese tanta enfermedad? Porque no es que estaba levemente enfermo, sino de continuo (crónico), y con enfermedades intermiten-

tes, y continuas que no le daban un punto de respiro .Y ¿por dónde sabemos ser esto manifiesto? Por las mismas palabras de Pablo. Que no dijo “*por tu enfermedad*”, sino “*por tus enfermedades*”; y para expresar la continuidad de ellas decía: “*por tus frecuentes enfermedades*”

Oigan los que, padecidos de crónica enfermedad, la soportan mal-humorados y caídos de ánimo.

Pero además se pregunta esto: ¿por que, siendo, santo, enfermaba y con tanta frecuencia enfermaba, y además teniendo encomendados los públicos negocios del mundo? Porque si él fuera uno de los que se retiraron a las cimas de los montes, y labraron celdas en la soledad y eligieron vida ajena de tales negocios, no sería tan dudoso lo que se inquiera. Pero que puesto en alto medio, y teniendo encomendado el cuidado de tantas iglesias, y las ciudades todas, y las naciones, y toda la redondez de la tierra, que haya estado sometido a la pena de la enfermedad, esto es lo que puede llevar hasta el completo estupor, sobre todo a quien no fija su atención (reflexionando). Ya que no por sí, al menos por los demás, debía tener salud. El Emperador estaba muy sano: estaba haciendo la guerra no sólo contra los infieles, sino contra los demonios (enemigos) y contra el mismo diablo: los enemigos todos amenazaban con vehemencia, dispersando el ejército y haciendo cautivos: éste empero (Timoteo) que a infinitos podía reducir a la verdad, estaba enfermo. Y se añade: aunque ningún daño se infiere a los asuntos por esta enfermedad, ella por sí sola podía hacer a los fieles más perezosos y más dejados. Si los soldados, al ver al general retenido en cama, se hacen más descuidado y más tardos para pelear; mucho más igual era que los fieles, viendo a su maestro, después, de tantos portentos obrados, continuamente enfermo y padeciendo de enfermedad corporal, hayan experimentado algo humano.

Y ni esto solo, sino otra cosa alegan vacilantes: ¿por qué ni él a sí mismo, ni su maestro curó al enfermo: sino que resucitaban muertos, y lanzaban demonios, y fácilmente vencían la muerte; pero un solo cuerpo enfermo no curaban; y los que, tanto en vida como después de muertos, manifestaron tanto poder en los cuerpos ajenos, no levantaban el estómago caído; y lo que es más. Pablo ni se avergüenza ni se sonroja, después de tantos y tantos portentos hechos con sola la palabra, de escribir a Timoteo que acuda a la medicina del vino. No porque sea deshonoroso (y malo) el beber vino no; esa es doctrina

enseñada por herejes: sino porque no creyese que era indecoroso no poder curar (aliviar el estómago) el órgano enfermo, si no es con su ayuda (del vino).

Mas en verdad, tan lejos estuvo de avergonzarse, que a todos los venideros lo ha dejado manifiesto.

¿Veis a qué profundidad hemos llegado en el discurso? ¿Cómo lo que parece pequeño origina innumerables preguntas?

Ea pues: propongamos la solución (o respuesta).

Por lo tanto, descendemos a lo bajo para que al despertar vuestras mentes, con seguridad coloquemos los sentidos.

3. Mas os ruego me permitáis, antes de dar solución a estas preguntas, decir algo de la virtud de Timoteo y del cuidado de Pablo.

¿Quién hubo más amante que aquel que ausente tanto tiempo y envuelto en tantos negocios, tenía tanta providencia de la curación estomacal del discípulo, y con tanto cuidado escribía de la corrección (medicación) de la dolencia y enfermedad?

VIRTUD DE TIMOTEO. Pero ¿que hay igual a la virtud de Timoteo? De tal modo despreciaba las delicadezas, y menospreciaba la mesa opípara, que caía enfermo por la austeridad de la comida y el excesivo ayunar. Porque el no ser él enfermo por natural, sino por haber gastado la fuerza (o actividad) del estómago con el agua, y con beber agua sola, oídló al mismo Pablo, que lo manifiesta diligentemente, no dice sencillamente: “*usa de un poco de vino*”, sino que habiendo antes dicho: “*no prosigas en beber agua (sola)*”, después le dio consejo de beber vino. Y la palabra más es para significar que hasta entonces bebía agua y por ello está enfermo. ¿Quién no admira su filosofía (sabiduría) y diligencia? Había tocado los cielos, había llegado a la cumbre de la virtud: y el maestro lo atestigua diciendo así: “*He enviado a vosotros a Timoteo, el cual es hijo mío carísimo y fiel en el Señor*” (I CORINTIOS, 4-17). Y cuando Pablo le llama *hijo*, e *hijo carísimo* y *fiel*, estas palabras son bastantes para demostrar toda la virtud de aquel. Porque los juicios los fundan los santos, no en la amistad, ni en la enemistad, sino que están libre de todo anterior prejuicio. Timoteo no hubiera sido tan dichoso siendo hijo de Pablo naturalmente, como digno de admiración es ahora, porque no tocándole nada por el parentesco natural, por la cognación (o parentesco) de religión, tuvo la adopción del mismo, conservando diligentemente los caracteres de su enseñanza en todas las cosas. Porque como un novillo uncido con un toro, así llevaba el yugo con él por doquiera, y en nada desfallecía

por causa de la edad, sino que ponía empeño para emular al maestro en sus trabajos. Testigo de ello es nuevamente el mismo Pablo, al decir así: *“Ninguno le tenga en poco (por ser mozo), pues trabaja, como yo, en la obra del Señor”* (I CORINTIOS, 16-10,11). ¿Veis como le atestigua un empeño del todo igual? Seguidamente, para que lo dicho no pareciera (adulación o) gracia, a los oyentes hácelos testigos de la virtud del hijo, diciendo: *“Pues ya sabéis vosotros la experiencia que tento de él, habiéndome servido en la predicación del Evangelio como un hijo al lado de su padre”* (FILIPENSES, 2-22).

Con todo, habiendo ascendido a tanta altura de oficios, ni así confiaba, sino que andaba con ansiedad de ánimo y con temor: y por lo mismo ayunaba instantemente, y no experimentaba, como muchos, quienes dándose a ayunar durante diez o veinte meses, lo deshacen todo de repente. Mas él nada de esto padeció, ni en tal cosa pensó; no se dijo: ¿Qué necesidad tengo yo de ayunar en adelante? He vencido; superado he las concupiscencia, he mortificado mi cuerpo, espanté a los demonios, expelí al diablo, resucité muertos, curé leprosos, soy terrible a los poderes enemigos: ¿qué necesidad tengo yo de ayunar más y de semejante cautela?

LOS SANTOS TANTO MÁS TEMEN CUANTO MÁS ABUNDAN EN MERECEMIENTOS. Nada semejante dijo o pensó; antes cuanto más abundaba en méritos, más temía y temblaba, y esta filosofía del maestro la aprendía. Porque arrebatado éste al tercer cielo, y llevado al paraíso, y oídas palabras inefables, y hecho particionero de tales misterios, habiendo recorrido todo el orbe como si tuviese alas, al escribir a los Corintios decía: *“Me avergüenzo, no sea que habiendo predicado a los otros, venga yo a ser reprobado”* (I CORINTIOS, 9-27). Pues si Pablo, después de tantos y tales oficios, teme, él que pudo decir: *“El mundo está (muerto y) crucificado para mí, como lo estoy para el mundo”* (GÁLATAS, 6-14); mucho más debemos nosotros temer, y tanto más, cuanto cosas mayores hayamos obrado. Porque el diablo entonces se hace más cruel, más se enfurece, cuando ha visto que ordenamos con diligencia nuestra vida; cuando ha visto preparados los cargamentos de virtud, y grandes montones, entonces intenta producir más grande naufragio. Porque cuando un vil y abyecto hombre fuere suplantado y cayere, no infiere tan gran daño a la vida común; mas cuando el que se halla en alto colocado, como un espejo de virtud, y que es a todos conocido y manifiesto, y de todos admirado, si tentado cayere, produce ruina y daño grande; no sólo por caer de alto, sino

porque a muchos otros, que se miraban en él, los torna más desidiosos. Y como en el cuerpo, si se estropea un miembro (una mano, un pie) no causa un daño mayor; pero perdidos los ojos, o gravemente herida la cabeza, todo el cuerpo se inutiliza; así debe decirse de los santos y de los grandes beneméritos: cuando ellos se apagaren, por haber contraído alguna mancha, todo lo restante del cuerpo padece intolerable detrimento.

4. Pues teniendo Timoteo conocidas todas estas cosas, fortificábase por todos lados. Sabía que la juventud es cosa difícil, que es voluble, fácil de ser engañada, resbaladiza, y necesitada de freno más vehemente; que es una pira que prende todo lo exterior y lo inflama con facilidad y aceleración. Por esto le ponía estorbos por todas partes, para contenerla, y cuidaba de apagar esa llama por todos los medios: y al potro desbocado, que a duras penas obedecía al freno, lo atormentaba con valentía hasta cortarle las exuberancias, y hacerle obediente, y someterlo con gran dominio al imperio de la razón, para que ésta lo guíe. Hízose esta cuenta: enferme el cuerpo, y no enferme el ánimo: refrénese la carne, y no se impida la carrera del alma al cielo.

Mas con esto y todo, cada cual podrá admirar que, padeciendo tal enfermedad, y tanta enfermedad, no descuidaba los negocios de Dios, sino que volaba a todas partes ya a Efeso, ya a Corinto, ya con frecuencia a Macedonia y a Italia, por mar y por tierra apareciendo al lado de su maestro, más y mejor que los sanos y robustos de cuerpo, en todos los combates y en los peligros continuos, participando con él que ni a la filosofía (sabiduría) del ánimo derribó la debilidad del cuerpo: ¡tan valiente es el celo de Dios, tan ligera hace las alas! Que así como a los que tienen cuerpos pingües y robustos le son de ningún provecho, si el ánimo está caído, perezoso y tardo; así a los débiles ningún daño vendrá de la flacura, si el ánimo es fuerte, generoso y despejado.

Mas a algunos parece que esta advertencia y consejo es una condescendencia y permiso de beber vino con mayor libertad; pero no es así. Antes bien, examinada con atención la sentencia, es una advertencia de la sobriedad. Y si no, reflexiona cómo Pablo no ha dado este consejo desde luego y el principio, sino después que hubo visto consumida toda la fuerza, entonces *aconsejó*; y esto no sencillamente, sino con una anotación: pues no dijo: *“usa de vino”*, sino así: *“usa de un poco de vino”* no porque Timoteo estuviera necesitado de esta

(advertencia) admonición, sino porque nosotros la necesitamos. De ahí, que escribiéndole a él, nos puso a nosotros la medida y límites de beber vino, mandando beber tanto cuanto ayude a la salud, cuanto de al cuerpo sanidad, y no otra enfermedad: porque el desordenado beber vino engendra, no menos, sino mucho más, y más difíciles enfermedades del ánimo y del cuerpo, que el inmoderado beber agua: la guerra de las pasiones, introduciendo en la mente (imaginación) una tempestad de absurdos pensamientos y haciendo la energía corporal más muelle y más disoluta. Porque ni la tierra trabajada por una crecida de aguas se estraga desde luego tanto, como la energía corporal se ablanda, se corre y se disipa embalsada continuamente de vino.

Huyamos, pues, la destemplanza de todos modos, ya mirando por la salud del cuerpo, ya recortando las exuberancias lascivas del mismo. Porque el vino es un don de Dios, no para que nos embriaguemos, sino para que seamos sobrios; para que disfrutemos, no para que nos tengamos que doler. *“Porque el vino recrea el corazón del hombre”* (SALMO, 103-15), dijo David; y tú lo conviertes en materia de tristeza. Porque los ebrios están con el ánimo excesivamente cargado, con muchas tinieblas esparcidas en la mente. Es óptima medicina (el vino) cuando tiene óptima medida.

Este lugar también es útil contra los herejes, que acusan a la criatura de Dios: puesto que si (el vino) fuera de los prohibidos, no le hubiese permitido Pablo, y hubiera dicho que no se ha de usar vino. Y no sólo contra los herejes, sino contra los más bobos de nuestros hermanos, quienes luego de haber visto a algunos deshonorarse por embriaguez, omitiendo el vituperarlos (y corregirlos, y olvidándose de dolerse de ellos), calumnian el fruto dado por Dios, diciendo: ¡Qué no haya vino.

A éstos, pues, digamos: ¡Qué no haya embriaguez! ¡Fuera la embriaguez! Porque el vino es de Dios, y la embriaguez es obra del demonio, no es el vino, sino la destemplanza lo que causa la embriaguez; no acuses a la criatura de Dios, sino reprende la insensatez del consiervo. Mas tú, que omites castigar y corregir al que peca, ¿contumelias al bienhechor?

5. PERMITIDO ES EL USO MODERADO DEL VINO. Y si habéis oído a algunos decir esto, hagámosles enmudecer, pues no el uso, sin la falta de moderación causa la embriaguez: la embriaguez, digo, causa de todo este mal. El vino fue dado para levantar el cuerpo lánguido, no para que oprima la fortaleza del alma; para que quite la debilidad de

la carne, no para que destruya la salud del alma. Guárdate, pues tú, que destempladamente abusas del don de Dios, de dar ocasiones a los necios y más imprudentes. Porque ¿acaso hay algo más miserable que la embriaguez? El ebrio es un muerto animado: es un demonio voluntario; enfermedad que no merece perdón, ruina que carece de excusa, oprobio común de nuestro linaje. El ebrio no sólo es inútil en las asambleas, o en los negocios privados o públicos, sino que por su aspecto solo es molestísimo, exhalando asqueroso hedor. Los eructos y bostezos, las voces destempladas y molestas de los borrachos llenan de extrema abominación a los que los miran y están reunidos; y lo que es el mayor y cabeza de los males, esta enfermedad hace el cielo inaccesible a los borrachos, y no permite conseguir los bienes eternos, sino que además del oprobio de esta vida, queda una pena intolerable allí para los que padecen este mal.

Cortemos, pues, esta ímproba costumbre y oigamos a Pablo que dice: *“Usa de un poco de vino”*, que ese poco lo permitió por la enfermedad; que si la flaqueza no le hubiera vejado, ni a admitir ese poco hubiese forzado al discípulo. Pues hay que medir siempre con los tiempos y necesidades los manjares y bebidas que se nos han dado, y nunca exceder la necesidad, ni hacer cosa imprudente y temerariamente.

Y ahora que hemos aprendido el cuidado de Pablo y la virtud de Timoteo, encamínese el discurso a resolver las preguntas. Y ¿cuáles son las preguntas? Es necesario repetirlas para que la solución sea más clara.

—Por qué a este santo, que trataba tantos negocios de Dios, permitió que cayera enfermo, y

—Por qué ni él mismo, ni el maestro, pudieron curar la enfermedad, sino que necesitaron auxiliarse con beber vino.

En verdad éstas eran las cuestiones: mas es necesario dar una solución tal, que no sólo si alguno cayere en morbo y enfermedad semejante, sino quienquiera que padeciere pobreza, y hambre, y cadenas, y tormentos y tentaciones, y calumnias, y las restantes incomodidades de esta vida, y también los santos y admirables varones, puedan encontrar en lo que hoy se ha de decir, idónea y manifestísima defensa contra los que quieren acusar. Porque habéis oído a muchos que preguntan así: ¿Por qué aquel hombre modesto y manso es cada día citado a juicio por otro impío y hombre malo, y sufre incontables molestias? ¿Y Dios lo permite? ¿Por qué otro acusado, injustamen-

te fue muerto? Aquél se ahogó, añade, otro se despeñó, y podríamos aducir muchos casos, de ahora y del tiempo de nuestros mayores, que sufrieron tribulaciones, muchas, diferentes y varias. Por tanto, para ver la razón de todo esto, y para que no nos turbemos nosotros ni descuidemos a otros escandalizados, atendamos diligentemente a lo que ahora se ha de decir.

6. CAUSAS VARIAS PORQUE DIOS PERMITE QUE LOS SANTOS SUFRAN TRABAJOS. Ocho causas puedo exponer a vuestra caridad de la varia y omnímoda aflicción de los santos. Por tanto, prestad todos diligente atención, sabiendo que después, no se nos dará venia alguna y excusa si nos escandalizaremos de los sucesos, si nos alborotamos y turbamos, lo mismo que si no hubiera razón alguna, existiendo tantas.

Así, pues, sea la primera: Dios permite que sean afligidos, para que no se engrían y no se hagan con facilidad arrogantes por motivo de la magnitud de los méritos y milagros.

La segunda: para que los demás no conciban de ellos una opinión mayor que lo que puede la naturaleza humana y piensen que no son hombres, sino dioses.

La tercera: para que por medio de los enfermos y encarcelados se manifieste el poder de Dios, sobresaliendo, y venciendo, y acreciendo la predicación.

La cuarta: para que la paciencia de los mismos sea más manifiesta, y que no sirven a Dios por recompensa humana, sino que tienen tanto agradecimiento, que aun después de tantos males, se expresan con sincera benevolencia para con el mismo Dios .

La quinta: para que pensemos en la resurrección, porque cuando hayas visto cómo ha partido de aquí el varón justo y lleno de mucha virtud, habiendo sufrido innumerables males; hasta sin querer tienes que pensar en el juicio que allí se hará. Pues si el hombre no consiente en despedir sin premio y retribución a los que han trabajado para él, mucho menos decretará Dios que los que tanto trabajaron (y sufrieron) queden sin corona (eternamente). Y dado que no quiere privarlos con la paga de los trabajos, es del todo necesario que haya, después del fin de lo presente, otro tiempo en que reciban la recompensa de los trabajos de la presente vida.

La sexta: para que cuantos caen en la adversidad tengan suficiente alivio y consuelo, mirando en ellos (en los santos) y acordándose de los males que les acaecieron.

La séptima: para que cuando os exhortemos a imitar sus virtudes,

y decimos: imitad a Pablo, imitad a Pedro, no os retraigáis de la imitación pensando que ellos fueron de otro natural, juzgando por lo sublime de sus hechos.

La octava: para que al tener que contar los dichosos y los miserables, sepamos cuales son dichosos y cuales miserables y desgraciados.

Así, pues, éstas son las causas, pero conviene confirmarlas todas con las Escrituras, y demostrar con cuidado que todo lo antedicho no son invenciones de humanos pensamientos, sino que son sentencias de las divinas Escrituras. Y así el discurso será más fidedigno y mejor se fijará de asiento en vuestros ánimos.

Efectivamente, que la tribulación comunique a los santos el que sean modestos y humildes, y que por esto permite Dios que les sobrevenga, oigamos al profeta David y a Pablo, quienes dicen: *“Bien está que me hayas humillado, para que (así) aprenda tus justísimos preceptos”* (SALMO, 118-71); y éste, que primero dijo: *“Conozco a un hombre... arrebatado hasta el tercer cielo”*, añadió: *“para que la grandeza de las revelaciones no me desvanezca, se me ha dado el estímulo de mi carne... para que me abofetee”* (2 CORINTIO, 2-27). ¿Qué cosa más clara? Para que no me desvanezca, dice, por esto permitió Dios a los enviados de satanás azotarme. Y llama ángeles (enviados) de satanás, no a algunos demonios, sino a hombres servidores del diablo, a los tiranos infieles, gentiles, que de continuo le estaban molestando y le vejaban. Y lo que dice es de este tenor: Podía Dios contener las persecuciones y penalidades asiduas: pero como fui arrebatado al tercero cielo y llevado al paraíso, para que no me desvanezca por la grandeza de estas revelaciones y me estime en mucho, permitió estas persecuciones, y al ángel de satanás azotarme con persecuciones y tribulaciones, para que no me engría. Porque si bien Pablo y Pedro, y todos los que se les parecen, sean santos y admirables, con todo son hombres y necesitan grande precaución, para que no se engrían fácilmente, y más que todos los santos, pues nada suele provocar tanto la arrogancia como el alma que vive con la conciencia de estar llena de méritos y confiada. Pues para que no les suceda tal cosa otorgó (Dios) corregirlos y persuadirles que en todo se porten con moderación.

7. Y que esto ayude grandemente a manifestar el poder de Dios aprenderlo también del mismo Apóstol quier. antes lo había dicho. Y para que no digáis que los infieles piensan que el dios que permite tales cosas es débil, y que no puede librar de peligros a los suyos,

porque los deja estar afligidos continuamente; considera esto: Pablo que ha demostrado que todo cuanto se hiciere, no sólo no arguye debilidad de Dios sino que a todos ostenta su poder. Porque habiendo dicho: *“Se me ha dado el estímulo (o aguijón) de mi carne (que es como) un ángel de Satanás, para que me abofetee”* (2 CORINTIOS, 127) y con esto hubiese demostrado las frecuentes tentaciones, infirió: *“Sobre lo cual por tres veces pedí al Señor que (le) apartase de mí”*. Y respondiéndome: *“Bástate mi gracia; que el poder mío brilla y consigue su fin por medio de la flaqueza”* (2 CORINTIOS, 2-8,9). Entonces, añadió, es cuando mi potencia se demuestra, cuando estáis bajo la enfermedad, y por vosotros, que parecéis ser débiles, se acrece la palabra de la predicación y se esparce por doquiera. Así que, cuando fue encarcelado, después de recibidos innumerables azotes, vencían al carcelero (HA, 16): en el cepo estaban los pies, encadenadas las manos con esposas, y la cárcel se estremecía a la media noche, cuando ellos alababan a Dios.

EL PODER DE DIOS MÁS SE MANIFIESTA EN LAS PENALIDADES DE LOS SANTOS. ¿Adviertes cómo el poder de él resplandecía en la enfermedad? Si Pablo hubiera estado suelto y hubiese sacudido aquella cárcel (su morada), no hubiera sido de admirar tanto lo que sucedía. Así es que, dice: quede atado, y conmuévanse los cimientos, y queden sueltos todos los presos; mas esto mismo es lo que al carcelero venció, que estando en tanta necesidad, pudo con sola la oración sacudir los cimientos en realidad, y abrir las puertas de la cárcel, y soltar a todos los prisioneros. Y no sólo aquí, sino también en Pedro, y en el mismo Pablo, y en otros Apóstoles podría cualquiera ver que esto se repetía continuamente, y que en las persecuciones florecía la gracia de Dios, y aparecía en las tribulaciones y así pregonaba su poder. Por esto decía: *“Bástate mi gracia”*.

Pues de que con frecuencia muchos habrían de sospechar de ellos cosas mayores que la natural condición de hombres, de no haberles visto que padecían tales cosas, escuchad cómo temió Pablo: *“Verdad es que, si quisiese gloriarme, podría hacerlo sin ser imprudente, porque diría verdad; pero me contengo, a fin de que nadie forme de mi persona un concepto superior a aquello que en mí ve, o de mí oye”* (2 CORINTIOS, 2-6) ¿Y qué es lo que dice? Podría contar milagros mucho mayores, dice; pero no quiero, para que la magnitud de los portentos no induzca a los hombres a sospechar mayores cosas de mí. Por esto también Pedro, después que curó al cojo paralítico, y de todos era

admirado, para contenerlos y persuadirlos de que él nada había ejecutado por su virtud, dice: “¿Por qué os maravilláis de esto, y por qué nos estáis mirando a nosotros, como si por virtud o potestad nuestra hubiésemos hecho andar a este hombre?” (HA, 14 12). Mad advertid la malicia del diablo: por aquellos por quienes el Señor pretendía arrojar del mundo la impiedad, por estos mismos quería introducirla, persuadiendo otra vez que pensasen que (aquellos) hombres eran dioses; lo mismo que hizo en tiempos anteriores, y esto principalmente es lo que introdujo el principio y la raíz de la idolatría. Pues muchos que habían guerreado con fortuna, y habían erigido monumentos, y edificando ciudades, y los que se habían granjeado el favor de los hombres, de muchos fueron tenidos por dioses, y honrados en templos y altares; de modo que toda la caterva de dioses gentiles fue enriquecida con tales hombres.

POR QUÉ HAYA PERMITIDO DIOS QUE LOS SANTOS SEAN HERIDOS Y ATORMENTADOS. Pues para que esto no sucediera en los santos permitió Dios que a la continua fuesen desterrados, azotados y caídos en enfermedades varias: para que la excesiva debilidad corporal, y las muchas tentaciones persuadiesen a los presentes que, aquellos que hacían tales milagros, eran hombres, y que nada ponían de sí mismos, sino que sola la gracia obraba todo esto mediante ellos. Porque si a los que hicieron pocas y viles obras tuviéronlos por dioses, con más motivo hubieran pensado que lo eran los que habían hecho tales cosas, cuales jamás hubo nadie visto, ni oído, si no hubieran padecido como hombres. Porque si aun estando azotados, despeñados, desterrados, en peligro cada día, algunos vinieron a dar en esta impía opinión, a pesar de todo; con más motivo hubieran juzgado de tal modo, si nada hubiesen padecido como hombres.

8. Así, pues, ésta es en verdad la tercera causa de la tribulación; mas la cuarta es para que no se piense que los santos adoran a Dios con miras a la esperanza de la dicha presente. Porque muchos, acusados a veces por muchos otros de los que viven en la abundancia, y llamados a los trabajos de la virtud, y que oyen alabar a los santos por la alegre tolerancia de las molestias, se empeñan en acusarlos de esto, y no sólo los hombres, pues aun el diablo pensó así. Pues como Job nadaba en abundantes riquezas y gozada de grande opulencia, preguntado por Dios el maligno demonio acerca de él, como nada tuviese que alegar, ni con qué excusar sus crímenes, ni que tocase la virtud del justo, acudió al momento a esta defensa diciendo: “¿Acaso Job

teme a Dios de balde? ¿No le tienes a cubierto por todas partes, así a él como a su casa y a toda su hacienda? ¿No has echado la bendición sobre las obras de sus manos, con lo que has multiplicado sus bienes en la tierra" (Job, 1-9,10); por la paga, dijo, sigue él la virtud, gozando de tanta opulencia.

¿Qué hizo, pues, Dios? Para manifestar que los santos le (sirven y) adoran, no por la paga, quitóle toda la hacienda, abandonóle en manos de la miseria y permitió que contrajese una enfermedad grave (y asquerosa). Luego echándole (al demonio) en cara sus temerarios pensamientos, dice: *"aun conserva la inocencia"* (Job, 2-3). Porque a los santos, como remuneración y paga, basta esto: que Dios sea verdadero: que aun para el que ama es bastante retribución amar al amante, y nada más pretende, ni piensa que haya cosa mayor que esto. Pues si para con un hombre es así, mucho más que el diablo había pedido. Este dijo: *"Extiende tu mano y toca a sus huesos y carne"* (Job , 2, 5); y Dios no esto, sino que dijo: *"En tu mano está"* (y 6), se lo entregó. Al modo que en las luchas exteriores los de cuerpo vigoroso, y los atletas de hermosa forma, no lo parecen, cuando van cubiertos con un vestido empapado en aceite, sino cuando despojados de él se presentan en el estado desnudos, entonces principalmente es cuando a los espectadores llenan del todo de asombro por la proporción de los miembros, cuando nada puede disimularla; así Job, en verdad cuando se hallaba envuelto en tantas riquezas, quién era, no a muchos era claro; mas cuando las arrojó, como el atleta las ropas, y desnudo entró en las luchas de la piedad, así despojado venció a todos los espectadores, en tanto que los coros angélicos aclamábanle por la paciencia de su ánimo y aplaudían a aquel vencedor. Pues como ya lo he dicho arriba, revestido de todas las riquezas, no aparecía a los hombres tal, como cuando, despojado de ellas, como de una ropa, salió en medio del orbe como en un teatro; y todos admiraron la buena forma de sus costumbres; y no sólo era contemplado en la pérdida de la hacienda, sino también en la lucha de la paciencia por la enfermedad.

POR QUÉ DIOS HAYA ENTREGADO EN PODER DEL DIABLO EL CUERPO DE JOB. Pues como antes he dicho, Dios no le hirió por sí mismo, para que no dijera otra vez el diablo: le has perdonado, y no le has puesto en tanto apuro como convenía; sino que al mismo diablo facultó para la destrucción de los rebaños, y de la salud de la carne. Como si hubiese dicho: tengo confianza en el luchador, por tanto no te (estorbo) ni prohíbo que le propongas toda clase de luchas. Pero así como

los admirados luchadores, fiando en su arte y en la robustez del cuerpo, de ordinario no van derechos a pelear, como de igual a igual, sino que se ponen en medio para ser aprehendidos por el cuerpo a fin de obtener victoria más ilustre; así Dios entregó al santo para que fuese cogido por el diablo, para que cuando hubiere vencido, a pesar de tantas ventajas en la lucha, y le haya derribado en el suelo, se le de una corona más brillante. Probado está el oro, pruébalo a tu gusto, acrisólalo como quieras, no encontrarás en él escorias.

Mas no sólo nos demuestra la fortaleza de otros; ofrece también grande consolación. Pues dice Cristo: *“Dichosos seréis cuando los hombres por mi causa os maldijeren, y os persiguieren, y dijeren con mentira todo mal contra vosotros... Del mismo modo persiguieron a los profetas que ha habido antes de vosotros”* (MATEO, 5-11,12). Y otra vez habló para consolar a los Macedonios: *“Vosotros habéis imitado a las iglesias de Dios que hay en Jerusalén; siendo así que habéis sufrido de los de vuestra nación las mismas persecuciones que aquellas han sufrido de los judíos”* (I TESALONICENSES, 2-14). Y a los hebreos, los consuela así: enumerando todos los justos que vivían en los hornos, lagos de leones, soledades, montes, cuevas, con hambre y angustia (HEBREOS, 11-36), pues la comunión de las molestias acarrea a los caídos algún consuelo.

Y que también hable el texto de resurrección, escucha al mismo Pablo cuando dice: *“¿De qué me sirve (hablando como hombre) haber combatido en Efeso contra bestias, si no resucitan los muertos?”* (I CORINTIOS, 15-33). *Si nosotros sólo tenemos esperanza en Cristo mientras dura nuestra vida, somos los más desdichados de todos los hombres* (v.19). Innumerables males padecemos en la presente vida, dice, pues si no se espera otra vida, ¿quién habrá más miserable que nosotros?

9. NUESTRO PATRIMONIO NO SE LIMITA A LOS TÉRMINOS DE ESTA VIDA. De donde es manifiesto que, nuestro patrimonio no está circunscripto en el círculo de esta vida. Esto es patente por las tentaciones (o pruebas), pues Dios nunca permitirá que los que han padecido tantos y tales males, y que pasan la presente vida toda entre tentaciones y peligros, no sean recompensados con dones mucho mayores. Y si esto no puede sufrirse, es cierto que ha preparado otra vida mejor y más ilustre, en la cual ha de coronar a los luchadores piadosos, y alabarlos en presencia de todo el orbe. Así pues, cuando veas que un justo está angustiado, afligido, en debilidad, pobreza, y en otras mil molestias, y que así acaba la presente vida, di para tus adentros: si no hubiera

resurrección y juicio, Dios no hubiera permitido que quien tanto padeció por su causa salga de aquí sin haber disfrutado de bien alguno, de donde es manifiesto que El preparales otra vida más feliz y agradable que la presente y mucho mejor. De no ser así, jamás hubiera dejado que muchos en verdad malos gocen en esta vida, mientras que muchos justos están en grandes privaciones; mas como hay preparado otro tiempo, en el que ha de dar a cada uno su merecido, a éste de su improbidad y a aquel los premios de su virtud: por esto permite que mientras éste vive afligido aquel viva entregado a los deleites.

Mas procuraré aducir otra causa, según las Escrituras. Y ¿cuál es ésta? Para que nosotros, invitados a imitar la misma virtud, no digamos que ellos fueron de otra índole, particioneros de otra naturaleza, o que no fueron hombres. Por esto Santiago el hablar del grande Elías, dice así: *“Elías era un hombre pasible y semejante a nosotros”* (SANTIAGO, 5-17). ¿Ves cómo por la comunión de los padecimientos demuestra que es hombre como nosotros? Y otra vez: *“A la verdad que soy también yo un hombre mortal, semejante a los demás”* (SABIDURÍA, 7-1); esto es, declaración de comunidad en naturaleza.

Y con el fin de que aprendas cómo aquí enseña a quienes se ha de tener por felices, esto es muy claro: porque habiendo oído a Pablo decir: *“Hasta la hora presente andamos sufriendo el hambre, la sed, la desnudez, los malos tratamientos y no tenemos dónde fijar nuestro domicilio. Y nos afanamos trabajando con nuestras propias manos”* (HEBREOS, 12-6); es cierto que *“El Señor al que ama, le castiga, y a cualquiera que recibe, le azota”*; es cierto que nosotros hemos de alabar y emular, no a los que viven en ocio, sino a los que por Dios están afligidos, vejados, y que cultivan la virtud y la piedad. Así dice el profeta: *“Sálvame y sácame de las garras de esos extranjeros; de cuya boca no sale sino vanidad (y mentira), y cuyas manos están llenas de iniquidad. Los hijos de los cuales son como nuevos plantíos en la flor de su edad; sus hijas, compuestas y engalanadas por todos lados, como ídolos de un templo; atestadas están sus despensas, y rebotando toda suerte de frutos: fecundas sus ovejas, salen a pacer en numerosos rebaños. Tienen gordas (y lozanas) sus vacas; no se ven portillos ni ruinas en sus muros (o cercados); ni (se oyen) gritos de llanto en sus plazas. Feliz llamaron al pueblo que goza de estas cosas”* (SALMO 143-11 a 15). Mas, ¿qué es lo que dices tú, oh profeta? *“Feliz aquel pueblo que tiene al Señor por su Dios”* (v.15). No al que nada en riquezas, sino al que está adornado de piedad, a éste tengo yo por dichoso, aunque padezca innumerables males.

Mas si se hubiera de añadir una novena causa, podríamos decir que la tribulación hace más estimados a los atribulados, *“Sabiendo que la tribulación ejercita la paciencia, la paciencia (sirve a la) prueba (de nuestra fe), y la prueba (produce) la esperanza, esperanza que no burla”* (ROMANOS, 5-3, 4, 5). ¿Ves cómo la prueba de la tribulación nos trae la esperanza de lo futuro, y cómo el permanecer en pruebas hace que esperemos bienes para lo venidero? Así es que no por temeridad declara que estas tribulaciones, nos indican la esperanza de la resurrección y que hacen mejores a los vejados. Ya que dicen: *“Así como en el fuego y crisol se prueba el oro y la plata, así los hombres aceptos (a Dios) se prueban en la fragua de la tribulación”* (ECLESIÁSTICO, 2-5).

Y aún podemos decir una décima causa. Y ¿cuál es ésta? La que repetidas veces he indicado antes: porque si tenemos algunas faltas, así las depongamos. Declarando esto el patriarca (Abraham) decía al rico (Epulón): *“Acuérdate que recibiste bienes durante tu vida, y Lázaro, al contrario, males; y así éste ahora es consolado y tú atormentado”* (LUCAS, 16-25).

Y además de ésta encontramos también otra. ¿cuál? Para que se nos aumenten los premios y coronas, porque cuanto más se intensifican las tribulaciones, tanto más se amplían las retribuciones, mejor dicho, mucho más: *“Los sufrimientos de la vida presente no son de comparar con aquella gloria venidera, que se ha de manifestar en nosotros”* (ROMANOS, 8-18).

Teniendo, pues, tantas causas que aducir de las aflicciones de los santos, no nos indignemos en las tribulaciones, ni nos angustiemos, ni nos turbemos, antes no sólo eduquemos nuestras almas, sino que enseñemos esto a los demás.

Y si vieres a un hombre virtuoso, seguidor de la sabiduría, grato a Dios, y que después sufre incontables males, no te escandalices, querido; y si a alguien vieres dedicado a obras espirituales, y que habría de poner al corriente alguna cosa útil, si después le vieres suplantado, no te turbes. Yo he conocido a muchos que preguntan así: Aquel peregrinó al Martirio , para repartir sus riquezas a los pobres, y padeció naufragio, y lo perdió todo: otro también, que hacía lo mismo,

cayó en manos de ladrones, y cuanto que pudo salvar la vida escapando de allí despojado. Pues, ¿qué respondemos? Que por nada de esto hay que contristarse. Pues aunque padeció naufragio, no obstante tiene el fruto de la justicia completo, porque de su parte puso todo lo debido, recogió las riquezas, las depositó cuando las hubo recibido; y así se formó en la peregrinación: además el naufragio no fue por gusto suyo. Mas ¿por qué Dios permitió eso? Para darlo a conocer.

Pero añade: los pobres quedan privados de las limosnas. No tienes tú tanto cuidado de los pobres, cuanto Dios, que los crió: pues aun privados de éstas, puede con todo presentarles ocasión de mayores riquezas.

10. Por lo mismo no le pidamos cuenta de sus hechos, sino gloriifiquémosle en todas las cosas: que no imprudente y temerariamente permite que pasen tales cosas, sino que sin despreciar a los que habrían tenido un consuelo con tales dineros; y dándoles en vez de ellos ocasión de otros alimentos; también el naufragio sufrido lo hizo más probado y le prepara mayor premio: porque mucho más que dar limosna es dar gracia a Dios, cuando está abrumado con tales trabajos.

MEDIMOS EL FRUTO DE LA PACIENCIA POR IGUAL QUE EL DE LA LIMOSNA. Porque no sólo lo que damos en limosna, sino también aquello de que otros nos despojan, sobrellevado con fortaleza, nos proporciona mucho fruto. Y para que veas que ésto más que aquello, por lo que sucedió a Job lo pondré de manifiesto.

El, mientras poseyó riquezas, abrió su casa a los pobres, y daba todo cuanto tenía; pero no era tan ilustre cuando abrió su casa a los pobres, como cuando al oír que se había derrumbado, no lo llevó a mal. No era tan ilustre cuanto con la lana de sus ovejas vistió a los desnudos, cuando fue esclarecido y admirado, cuando al oír que fuego del cielo había caído y abrasado todos sus rebaños, dio gracias. Antes fue humano, ahora fue sabio: antes se compadeció de los pobres, ahora daba gracias al Señor. Pero no pensó para sí: ¿qué es esto? Están destruidos, los rebaños, con los cuales se alimentaban innumerables pobres; aunque yo fuera indigno de gozar de tanta abundancia, al menos por los que participaban de ella, había de perdonarse. Mas nada de esto dijo ni pensó, pues había conocido a Dios, que todo lo dispone útilmente. Y para que sepas que infirió al diablo una herida más grave cuando, despojado, hizo gracias, que cuando era misericordioso poseyendo, advierte que, mientras poseía el diablo tuvo cierta sospecha, aunque falsa, con la que pudo decir: ¿acaso te sirve de

balde? (Job, 1-9). Mas luego que le despojó de todo, y se lo arrebató, y esto no obstante Job conservó su benevolencia para con Dios, entonces finalmente se tapó la imprudente boca, y nada más tuvo que alegar: porque aquel varón justo era más resplandeciente que nunca. Porque estar privado de todo, y sobrellevarlo con generosidad y con hacimiento de gracias, es más que dar limosna, viviendo entre riquezas, como se ha manifestado en este justo. Entonces tuvo grande benignidad para con los consiervos; ahora manifiéstase su grande amor hacia Dios.

Pero no hago por temeridad este discurso, sino porque muchos, que daban con frecuencia limosnas, y sustentaban viudas, quedaron desposeídos de toda hacienda: otros en un incendio lo perdieron todo; otros sufrieron naufragio; otros ya por calumnias, ya por cualquiera suerte de injurias, después de haber hecho muchas limosnas, se vieron reducidos a suma indigencia, enfermedad y miseria, y de nadie recibieron auxilio alguno.

Pues para que no digamos lo que muchos dicen algunas veces: Nadie sabe nada; bastan las cosas antedichas para ahuyentar todo temor. Dice: Aquel que hacía limosnas todo lo ha perdido. Mas, ¿acaso es verdad que lo ha perdido todo? Si de tal pérdida diere gracias a Dios, obtendrá, sacará de Dios mucho mayor benevolencia: que no el doble, como Job, sino el cien doblado recibirá en la vida eterna. Pues como aquí sufra el mal, éste le dará allí más rico tesoro, porque lo sobrelleva todo generosamente; ya que para llamarle a mayores servicios y luchas, Dios permitió que de la abundancia cayese en la pobreza.

¿Acaso el fuego repentinamente sobrevenido consumió totalmente la casa y aniquiló enteramente la hacienda? Acuérdate de lo sucedido a Job: da gracias al Señor, que pudiendo estorbarlo, no lo estorbó: y recibirás tanta paga, cuanta si todo ello lo hubieses puesto en las manos de los pobres. Pero ¿vives en la indigencia, en hambre y en peligros sin cuento? Acuérdate de Lázaro, que luchaba con la miseria, el desamparo y otras incontables molestias, y esto después de tanta virtud: acuérdate de los Apóstoles, que vivían en hambre, en sed, en desnudez; y de los profetas, de los patriarcas, de los justos; y encontrarás que todos ellos están, no entre los que gozan de las riquezas, no entre los dichosos, sino entre los atribulados y angustiados.

11. Recapacitando esto dentro de ti, al Señor da gracias porque te hizo de esta clase, no como aborrecido, sino por amarte mucho,

pues ni hubiera permitido que ellos padezcan tantas penas, si no los hubiese amado vehementemente, sino que los hacía más esclarecidos con esos males. No hay bien que se iguale a la acción de gracias; como no hay peor que la blasfemia. Para que no nos admiremos, de que los perseverantes en las obras espirituales sufran muchas adversidades. Pues así como los ladrones cavan y acechan asiduamente, no donde hay heno, y pajas, y cañas, sino donde hay oro y plata; así también el diablo acosa mucho más a los que tratan negocios espirituales; hay muchas asechanzas, donde hay virtud: hay envidia, donde hay limosna. Tenemos empero una poderosa arma, que puede deshacer todas las maquinaciones: que por todas estas cosas demos gracias a Dios.

Dime: ¿no es verdad que Abel, que sacrificaba a Dios las primicias, murió a manos de su hermano? (GÉNESIS, 4). no obstante lo permitió Dios, no por aborrecer al que le había honrado, sino por amarle muchísimo, y para darle además de la corona de aquel hermosísimo sacrificio, también la otra del martirio.

Moisés quiso ayudar a un (hebreo) que había recibido una injuria, y estuvo expuesto a morir, y huyó de la patria (EXODO, 2), y lo permitió Dios para que aprendas en la paciencia de los santos. Porque si, sabedores de que nada malo pasaríamos, nos hubiésemos así dedicado a los negocios espirituales, no parecería que hacíamos cosa notable, teniendo tal prenda de seguridad: mas ahora máximamente son admirables los que tal hacen, porque previendo peligros, y daños, y muertes, y males sin cuento, con todo ni se resisten a tales deberes, ni se han hecho más desidiosos por las prevenciones temerosas. Pues así como decían los tres Jóvenes en el horno (de Babilonia): *Porque he aquí que nuestro Dios, a quien adoramos, puede librarnos del horno del fuego ardiente, y sustraernos, oh rey, de tus manos. Que si el no quisiese, sepas, oh rey, que nosotros no daremos culto a tus dioses, ni adoraremos la estatua de oro que has levantado* (Daniel, 3-17-18); también tú, pues, cuando hayas de hacer algo bueno grato a Dios, preveas muchos peligros, muchos daños, muchas muertes, y ni te admires, ni te turbes, si sobrevienen: *“Hijo, dice, en entrando en el servicio de Dios... prepara tu alma para la tentación”* (Eclesiástico, 2-1). Pues ninguno que se determina a luchar espera ganar la corona sin heridas. Tú, pues, carísimo, que has emprendido luchar con el diablo, no aspire a llevar una vida segura y llena de delicias. Que no ha prometido Dios dar aquí retribución y promesas, sino en el siglo

venidero las recompensas merecidas. Así es que cuando hubieres hecho algún bien y hayas recibido contrariedades, o cuando vieres que otro las padece, gózate y alégrate: tienes motivo de mayor recompensa. No desmayes ni aflojes tus deseos, ni te hagas más remiso, antes bien insiste con más contento y gallardía. Que los apóstoles, cuando predicaban, por más que fueran azotados, apedreados y muchas veces encarcados, no tan sólo cuando libres de peligro, sino en los mismos peligros, con mayor entusiasmo anunciaban la predicación de la verdad. Y es de ver a Pablo hasta en la misma cárcel, y en cadenas, instruyendo, iniciando y haciendo también otro tanto en el foro judicial, y en el naufragio, y en la tempestad, y entre innumerables peligros. Tú emula también a estos santos, y mientras puedas, no desdigas de las buenas obras: y aunque mil veces vieres al diablo que te estorba, de ningún modo te retraigas.

Así, pues, tú que llevabas los dineros (de las limosnas) y naufragaste; y Pablo, que iba a Roma para llevar la palabra, de más precio que todas las riquezas, también naufragó y padeció molestias infinitas. Es él quien declaró esto cuando decía: *Por eso quisimos pasar a visitaros; y en particular yo, Pablo, he estado resuelto a ello más de una vez; pero Satanás nos lo ha estorbado* (I Teslonicenses, 2-18): y Dios lo permitió, demostrando sobradamente su poder, y dando a conocer que, con poner el diablo infinitas dificultades y estorbos, en nada se disminuía por esto la predicación, ni era interrumpida. De ahí que Pablo en todo daba gracias a Dios, sabiendo que Dios se hacía por esto más estimable y presentaba la fuerza vehemente de sus propósitos en todo, no quedando cohibido por impedimento alguno.

Así, pues, cuantas veces fuésemos estorbados, otras tantas emprendemos las obras espirituales: y no digamos: ¿por qué permite Dios estos estorbos?, que para esto los permite, para que mucho más demuestres tu deseo y tu mucho amor. Lo que, empero, es lo más propio del que ama es el jamás desistir de lo que complace el amado. El fojo y el (cobarde) perezoso sí que retrocede ante la primera acometida; el vehemente y resuelto, aunque mil veces sea estorbado, tanto más insiste en las cosas divinas, dando cumplimiento a todo cuanto de él depende, y dando gracias a Dios en todo. Hagamos también nosotros esto mismo.

La acción de gracias es tesoro grande, grande riqueza, bien que no se consume, fuerte armadura: la blasfemia, al contrario, se busca la quiebra presente, y hace además perecer mucho más que lo que se había perdido. ¿Has perdido el dinero? Pues si dieres gracias, has

ganado el alma y adquirido mayores riquezas, porque te has conciliado más amplia benevolencia de Dios para ti; pero si blasfemaste, perdiste además tu salvación, y no lo recuperaste, y el alma que tuviste, también la has matado.

12. MANDA QUE LOS BLAFEMOS SEAN CORREGIDOS Y VAPULEADOS. Pero ya que se han dicho unas palabras de la blasfemia, quiero pedir un favor a todos vosotros, como recompensa de esta exhortación: que me castigéis a los que blasfeman en la ciudad. Si vieres a alguno que blasfema de Dios en la calle o en la plaza, acércate, repréndele: y si hay que aplicar (castigo) azotes, no rehúyas; abofetéale la cara, rómpele la boca, santifica tu mano con el golpe. Y dado que algunos denuncien y seas llevado a juicio, sigue: y si el juez en su tribunal sentado te condena, di con libertad que (aquel) ha blasfemado contra el Rey de los ángeles. Pues si a los que blasfeman al rey terreno es preciso castigarlos, mucho más a los que a Dios contumelian. Porque el crimen es común, la injuria pública, lícito, es a cualquiera el acusar.

Sepan tanto los judíos, como los gentiles, que los cristianos son los custodios conservadores de la ciudad, los curadores, los presidentes, los maestros: y lo mismo adviertan los disolutos y perversos, que los servidores de Dios han de ser temidos de ellos, para que si osaren alguna vez hacer cosa semejante, se lo miren bien por todos lados, y teman las sombras, recelosos de que no vaya algún cristiano que los oye, a asaltarlos y los castigue con gran valentía.

¿No has oído lo que hizo Juan el Bautista ? Vio al tirano quebrantador de la ley matrimonial y con valentía en público foro dice: *No te es lícito tener por mujer a la que lo es de tu hermano* (MARCOS, 6-18). Pero yo no te he presentado ante el tirano, ni ante el juez, ni en contra de ilegítimas nupcias, ni en favor de consiervos injuriados: sino por la ira (blasfema) contra Dios, te pido que castigues a un igual. ¿Acaso no hubieras dicho que estoy loco, si te hubiera dicho: castiga, reprende a los jueces que prevarican? Y no obstante, Juan lo hizo: de modo que no está sobre nosotros hacerlo.

Ahora bien: corrige cuando menos al consiervo, o igual, y si es necesario morir, no tengas miedo en corregir a un hermano: es para ti un martirio, pero también Juan fue mártir. No se le mandó sacrificar, no adorar un ídolo; pero dio su cabeza por las sagradas leyes violadas. Tú, pues, lucha también hasta morir por la verdad, y Dios peleará en tu favor.

Y no me digas la escalofriante frase: ¿qué me importa a mí?, nada tengo que ver con él. Solamente con el diablo nada tenemos común; pero con todos los hombres tenemos comunes nuestras cosas. Porque son con nosotros partícipes de la misma naturaleza, habitan la misma tierra, se alimentan con iguales alimentos, tienen el mismo Señor, reciben las mismas leyes, están invitados con nosotros a los mismos bienes.

No digamos, pues, que nada tenemos común con ellos: este dicho es satánico, inhumano, diabólico. No digamos ya tales cosas, tengamos empero el conveniente cuidado de nuestros hermanos. Que yo prometo hacerlo con todo cuidado, y os lo prometo formalmente: y si todos los aquí presentes quisiéreis procurar la salvación de los ciudadanos, en breve toda la ciudad estará corregida; aunque está aquí la mínima parte, es mínima en número, mas en piedad es máxima.

Procuremos, pues, la salvación de los hermanos: un solo hombre inflamado en celo de la fe es bastante para corregir todo un pueblo. Mas cuando no sea uno solo, ni dos, ni tres, sino toda la multitud, la que pueda poner mano para curar a los negligentes, ya que por otro motivo que por vuestra indolencia, y no por enfermedad, muchos perecen y caen. ¿Por ventura es absurdo, si es que en la plaza vemos una riña, el acercarse allí y conciliar a los que riñen? más, ¿qué digo riña? Si viéramos que un asno ha caído, todos le damos ayuda y a la vez le levantamos. Y ¿no tendremos cuidado alguno de los hermanos que perecen? Pues asno es el blasfemo: no pudiendo con el peso de la ira, ha caído: acércate, levántale con palabras, con obras, con suavidad, con energía, con remedios variados.

Si de este modo disponemos lo nuestro, y alcanzamos la salud de los prójimos, pronto seremos deseados de aquellos que admiten la corrección, y también dignos de ser amados, y lo que es mayor que todo, disfrutaremos de los bienes acaudalados, los que nos acontezcan alcanzar por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 2

1. ¿Qué diré? o ¿de qué hablaré? El momento actual es para llorar, no para hablar: de llantos, no de discursos: de oración, no de sermón.

Es tan grande la magnitud de los hechos, tan incurable la herida, tan profunda la llaga, que es mayor que toda medicina, y está necesitada de la ayuda divina. Que así como Job, perdidas todas sus cosas, estaba sentado en un estercolero (JOB, 2-8), y los amigos al oírlo acudieron, y al verlo desde lejos, rasgaron los vestidos, se cubrieron de ceniza, y lloraron a gritos: otro tanto tenían que hacer ahora todas las ciudades vecinas: venir a nuestra ciudad, y llorar con toda conmiseración lo que ha sucedido. Aquel (Job) estaba entonces sentado en un muladar, ésta ahora está caída en un peligroso lazo. Pues así como el diablo asaltó entonces los rebaños, y los ganados, y toda la hacienda del justo; así ahora se ha cebado en toda la ciudad. Pero *entonces y ahora lo ha permitido Dios*: entonces, en verdad *para hacer el justo más eslcarecido*, con la grandeza de las pruebas; y ahora *para hacer-nos más modestos* con la magnitud del castigo.

Dejadme que llore lo presente. Hemos callado siete días, como los amigos de Job (2-13); permitidme que hoy abra la boca, y deplore esta calamidad común.

¿Quién nos envidió, carísimos? ¿Quién ha estado rabioso de envidia contra nosotros? ¿De qué ha sobrevenido tan grande mudanza? Nada había sido más venerable que nuestra ciudad: ahora nada hay más miserable. Este pueblo tan compuesto y moderado, que era como un caballo dócil y tranquilo, siempre obediente a las manos que los guiaban, de repente ahora tanto se nos ha encabritado, que ha cometido tantos desmanes, cuantos ni decir se puede. Me lamento y lloro ahora, no por la magnitud de la amenaza, que se prevé, sino por la grande locura de los crímenes. Porque aun dado que el emperador no se irritara, y no castigara, y corrigiera, dime: ¿cómo soportaríamos la ignominia de lo hecho? El llanto me impide la exposición doctrinal, apenas puedo abrir la boca y mover los labios, y la lengua, y articular

palabras: como un freno impide a mi lengua la fuerza del dolor, y corta la palabra. Antes no había ciudad más feliz que la nuestra: ahora nada hay más desagradable. Como las zumbadoras abejas a la colmena, así todos los días los ciudadanos acudían a la plaza, y todos nos felicitaban de tanto concurso.

CALAMIDAD DE LOS ANTIOQUEÑOS DESPUÉS DE DERRIBADAS LAS ESTATUAS. Mas he aquí que la colmena está solitaria (despoblada): pues así como el humo ahuyenta las abejas, a estas otras abejas alejó el temor: aun mejor que lo que el profeta dice de Jerusalén llorando, esto aplicaremos nosotros a lo presente: *“Nuestra ciudad ha quedado como un terebinto despojado de su follaje, y como un huerto jardín sin agua”* (ISAÍAS, 1-30). De la manera que el huerto, al faltar el riego, presente los árboles desnudos de hojas y privados de fruto, así se nos ha quedado la ciudad. Porque destituida del auxilio divino, ha quedado solitaria (desierta), despoblada de casi todos los habitantes. No hay cosa más dulce (agradable) que la patria; pero ahora nada más amargo se presenta. Como de un lazo huyen todos de la tierra en que nacieron, la abandonan como un infierno, se alejan como de un fuego. Y así como de una casa (incendiada) presa del fuego, no sólo los moradores, sino todos los convecinos se retiran precipitadamente, cuidadosos de salvar al menos el cuerpo; así también ahora, mientras la ira real se presiente como una llama de lo alto, antes de que avanzando lentamente los alcance, cada cual se apresura a salir y conservar el pobre cuerpo: nuestra miseria ya es un enigma: fuga sin enemigos, transmigración sin lucha, y cautividad sin derrota: no hemos sentido el fuego de los bárbaros (extranjeros), ni hemos visto caras de enemigos, y sufrimos lo que los cautivos. Ahora todos conocen nuestras calamidades, pues al recibir a los que se destierran, de ellos oyen la ruina de la ciudad.

2. Pero no estoy confundido y avergonzado de esto: que todos conozcan los peligros de la ciudad para que, condoliendo a la madre, eleven a Dios un clamor universal en toda la tierra, y unánimemente pidan del Rey del cielo por la madre y común nodriza de todos. Primero fueron herida la ciudad, ahora se ven sacudidas las almas de los habitantes: antes se conmovían los cimientos de las casas, ahora lo más profundo (lo íntimo) de cada corazón, y cada día tenemos ante los ojos la muerte vivimos en continuo temor, y sufrimos la pena de Caín, más afectados que en otro tiempo los miserables moradores de la cárcel y estamos sitiados de un modo inusitado y nuevo, y más

grave que pensarse puede. Porque los que de los enemigos sufren, sólo están cerrados entre muros; mas a nosotros la plaza es inaccesible, y cada uno está encerrado en su casa; y como para los sitiados no es seguro el pasar los muros, estando fuera los enemigos asediando, así a nosotros, habitantes de la ciudad, es peligroso salir de casa, ni puede presentarse en público por motivo de los que van cazando por doquiera lo mismo a los inocentes que los culpables, y los arrebatan de en medio de la plaza, y los arrastran (llevan) a juicio de cualquier modo y temerariamente. De ahí que los libres estén dentro aprisionados con sus siervos; y se pregunta con ansiedad, con curiosidad se busca saber de boca de los que pueden saberlo con seguridad: ¿Quién fue hoy preso, quién fue conducido, quién castigado?, y llevan una vida más miserable que la misma muerte, obligados a lamentar diariamente las ajenas miserias, y temiendo por la salud propia, y no teniendo nada mejor que los muertos porque antes están muertos de miedo. Y si alguno, que está sin estos miedos y angustia, quisiere acudir al mercado, al momento vuélvese a casa con cara del todo triste, al ver solamente a uno o dos, cabizbajos, allí donde pocos días antes el gentío formaba un río caudaloso. Ahora todos se nos han alejado. Y así como en un bosque en donde se cortan muchos árboles la vista resulta desagradable, como una cabeza con muchas calvas; así el suelo de la ciudad, quitados los hombres y apareciendo frecuentemente pocos, se ha tornado ingrato, y causa en los que lo miran una densa nube de tristeza. Y no sólo la tierra, sino el mismo aire natural, y el disco de los rayos solares me parecen estar triste y que alumbrar menos: no porque hayan cambiado de naturaleza, los elementos, sino por nuestros ojos, que están nublados por la tristeza, y no pueden recibir con limpieza y con el mismo afecto la luz de los rayos. Esto es lo que en otro tiempo lloraba el profeta al decir: *“El sol se pondrá al mediodía, y haré que la tierra se cubra de tinieblas en la (mayor) luz del día”* (Amós, 8-9). Pero decía esto, no porque el astro se ocultase ni porque el día se desvaneciese; sino porque los tristes ni al mediodía podrían ver el sol por la nube del dolor. Lo mismo pasó ahora: y adondequiera que se mire, ya al suelo, ya a las paredes, ya a las columnas de la ciudad, o también a los prójimos, parece que se mira una noche, una lobreguez: ¡tanto está todo inundado de tristeza! Doquiera el silencio lleno de horror y la soledad; aquel deseable murmullo de multitud está muerto, extinguido: como si todos estuvieran soterrados, así envuelve ahora el silencio a la ciudad, todos están

petrificados, y cohibidos por la calamidad; como por un freno de la lengua, guardan profundísimo silencio, como si los enemigos se hubiesen echado encima, y a todos los hubiesen acabado a sangre y fuego.

Ahora es tiempo de repetir: *“Id en busca de plañideras, y llamadlas que vengan* (luego) *y enviad a buscar a las que son más diestras* (en hacer el duelo, y decidles) *que se den prisa”* (JEREMÍAS, 9-17). Saquen vuestros ojos lágrimas, vuestros párpados destilen agua. ¡Collados! Golpeaos; ¡Montes!, llorad. Llamemos a toda la creación para que se compadezca de nuestros males. La ciudad tan grande . Capital de Oriente, está en peligro de ser borrada del orbe: ahora, la que tenía muchos hijos, de repente se ha quedado sin hijos, y sin uno que la auxilie. Porque ha sido ofendido el que no tiene igual en la tierra: pues es Emperador, la dignidad más encumbrada (el primero y), cabeza de todos los hombres. Por tanto acudamos al Rey supremo, invoquémosle en nuestro favor: que si no conseguimos la gracia de Dios, no nos queda ninguna reparación de los desmanes.

3. Hubiera querido acabar aquí el sermón: que los ánimos de los que gimen no gustan de largos discursos: pero así como oscura nube, que se pone por debajo de los rayos del sol apaga todo el pasado resplandor, así la nube de la tristeza, habiéndose puesto en nuestro ánimo no deja que la corriente de la palabra sea fácil, sino que la sofoca y con gran fuerza la reprime dentro. Lo cual sucede no sólo a los que hablan, sino también a los oyentes; que si no permite que el orador con facilidad hable, tampoco consiente que se infiltren en la mente de los que oyen con la energía debida. Por cuanto hasta los judíos (o Hebreos) ocupados en trabajar adobes y ladrillos (Exodo, 5) no podían escuchar a Moisés, que muchas veces les hablaba de cosas grandes para su salvación, siendo la tristeza la que hacía inaccesibles a la mente las palabras, y tapaba los oídos. Por esto en verdad quería yo terminar aquí de hablar; mas pensando que las nubes no sólo no impiden, dada la naturaleza del rayo solar, que pase adelante, sino que también ellas mismas frecuentemente lo experimentan: porque habiendo sido disipada (evaporada, desmenuzada) la nube por el sol más fuerte, que embiste de continuo y deshace el centro, y luciendo del

todo espléndido, muéstrase a las miradas de los espectadores: esto espero yo que he de hacer hoy: y con la palabra que cae de continuo en vuestros ánimos, y que permanece más tiempo, espero que se ha de disipar la nube de la tristeza, y que vuestra inteligencia ha de brillar otra vez con la acostumbrada doctrina. Pero dadme vuestra alma, prestadme atención un poco de tiempo, sacudid la tristeza.

Volvamos a la antigua costumbre y como tuvimos costumbre de venir aquí con alegría, así hagamos ahora, dejándolo todo en manos de Dios. Esto también nos ayudará a dar la solución de la calamidad. Pues si Dios nos viere que asiduamente oímos sus sermones, y que la disciplina no la desechamos por la dificultad del tiempo, prontamente nos recibirá, y dará tranquilidad y un cambio bonacible en la presente tempestad.

EL CRISTIANO DEBE SOPORTARLO TODO GENEROSAMENTE POR LA ESPERANZA DE LO FUTURO. Porque el cristiano ha de diferenciarse de los infieles también en esto, en sobrellevarlo todo con generosidad, y levantado con la esperanza de lo venidero, se muestre superior al ímpetu de los males humanos. Fundamentado sobre roca está el fiel: por eso es inexpugnable a los azotes de las olas. Pues si las olas de tentaciones se encrespasen, no llegan a sus pies: él está más alto, firme contra todo incurso de ellas. No decaigamos, pues, de ánimo, carísimos: *no tanto cuidamos nuestra salvación, como Dios que nos hizo*; no nos interesa tanto el no padecer nada grave, como interesa al que nos donó el alma, y además tantos otros bienes nos confirió.

Con estos motivos de esperanza levantemos nuestros ánimos, y con la acostumbrada alegría escuchemos lo que se ha de decir. Una larga oración, expuse poco ha ante vuestra caridad, y os veía a todos obsequiosos, y a ninguno que se había salido a la mitad del discurso.

CONTRA LOS BLASFEMOS. Os estoy agradecido de aquel cuidado del alma, y recibí la paga de mis esfuerzos: pero entonces os exigí otra recompensa. Puede que la sepáis y recordéis.

Y ¿qué merced os pedía? El castigar a los blasfemos de la ciudad, y corregir a los que injurian a Dios, y a los insolentes cohibirlos.

Pienso que no dije tales cosas de mi cuenta, sino que Dios, que conoce los acontecimientos futuros, las puso en nuestra mente. Pues si nos hubiésemos atrevido a castigarlos, no habrían sucedido las cosas que han sucedido. ¡Cuánto mejor era, ya que hubiera que arriesgarse, haber sufrido algo por corregirlo y castigarlos, lo cual nos habría reportado la corona del martirio, que no ahora temblar, y te-

mer, y aguardar la muerte por causa de su petulancia! He aquí que el crimen fue cometido por pocos, y la culpa se ha hecho común: ved como por unos pocos, ahora todos estamos temblando, y aguantamos las penas de los desmanes por ellos perpetrados. si nos hubiésemos adelantado a expulsarlos de la ciudad, y los hubiéramos corregido, y hubiésemos curado el miembro enfermo, no estaríamos llenos del pavor actual. Conozco de tiempo las costumbres nobles de la ciudad; pero algunos peregrinos y hombres comunes, malvados y perniciosos, y desesperados de salvarse, han maquinado lo que se ha hecho. Por esto no desistí de clamar y de invocar: Castiguemos el furor de los que blasfeman, corriamos su mente, proveamos a su salvación; y si por hacer esto hay que morir, esto nos proporcionará rica ganancia: no descuidemos que el Señor de todos es atacado con contumelias; el menospreciar esto acarreará a la ciudad un mal grande.

4. Esto predecía, ahora ya sucedió: y pagamos la pena de nuestro letargo. Despreciaste que Dios fuese injuriado: pues ha permitido que el Emperador sea ofendido con injurias, y que amenace a todos un peligro por todos lados, para que con este temor paguemos la pena de aquella negligencia. ¿Acaso, pues, en vano, o temerariamente os prevenía y con asiduidad llamaba a vuestra caridad? Sin embargo, no se hizo más; pero hágase ahora, y corregidos por la presente calamidad, reprimamos el desordenado furor de ellos; tapémosles la boca, ceguemos esas mortíferas fuentes y cambiémoslos y totalmente desaparecernán los males que se apoderaron de la ciudad.

CRISÓSTOMO RECHAZA LOS APLAUSOS. No es un teatro la iglesia, para que oigamos por recrearnos: es preciso que de aquí se salga favorecido, que se lucre algo y grande, que igualmente al retirarse sean mejores, pues que en balde y temerariamente habremos venido, si preparados para el tiempo de la enseñanza, después nos retiramos vacíos de toda utilidad. ¿Qué utilidad tengo yo de estos aplausos? ¿cuál, de las abalanzas y murmullos?

Mi alabanza es, que vosotros pongáis por obra todo cuando se os dice: entonces seré yo dichoso y feliz: no cuando hayáis oído con aplauso, sino cuando con toda alegría hayáis hecho todo, cuanto nos hubierais oído. Cada uno corrija el prójimo: "*consolaos mutuamente y edificaos*" (I TESALONICENSES, 5-11), dice. Pues si esto no hacemos, el crimen cometido por cualquiera acarreará a la ciudad algún daño común e intolerable. Mirad como , de nada conscientes, no menos que los culpables, estamos aterrorizados, y temblamos, no sea que la ira

del Emperador nos castigue a todos. Porque ni es bastante para excusarnos decir: no estaba presente, no era sabedor, no tomé parte en los desmanes criminales. Pues por esto, dice, serás castigado, y pagarás la última pena, porque no te presentaste y estorbaste a los tumultuosos, y no te expusiste por el honor del Emperador. ¿No participaste en lo cometido? lo alabo y acepto; pero tampoco prohibiste los hechos; esto merece ser acusado. Y oiremos de Dios estas palabras, porque aguantamos en silencio las contumelias e injurias cometidas contra El: porque también el que enterró el talento (Mateo, 25-25, 30), era acusado, no por sus faltas, ya que devolvió íntegro el depósito, sino por no haberlo multiplicado, porque no corrigió a los otros, porque no llevó el talento a los banqueros, es decir, no amonestó, no dio consejo, no corrigió a los pecadores desenfrenados; por eso era arrojado en aquellas intolerables penas. Pero si hasta ahora no, yo espero que al menos ahora vigilaréis para enmendarlos, y no descuidaréis a Dios ofendido en contumelia. Porque lo sucedido puede para adelante persuadir por sí sólo aun a los insensatos, a que defiendan su salvación.

Pero para nosotros es ya hora de ponerlos la mesa acostumbrada de Pablo, y que propongamos la lección de hoy, la expliquemos a todos. Y ¿qué es lo leído hoy? "*A los ricos de este siglo mándales que no sean altivos*" (TIMOTEO, 6-17). El que dijo: "*A los ricos de este siglo*", demostré que hay otros ricos en el siglo futuro: como era aquel Lázaro, en verdad pobre en esta vida, pero rico en la otra futura; no sobrado de oro y plata y otra materia corruptible y que se marchita, sino de aquellos bienes arcanos, que "*ni ojo (alguno) vio, ni oreja oyó, ni pasó a hombre por pensamiento*" (I CORINTIOS, 2-9).

CUALES SON VERDADERAS RIQUEZAS. Porque éstas son las verdaderas riquezas y la opulencia, las que son bienes inmarcesibles, y que no admiten mudanza alguna. No era así aquel rico despectivo, pero que vino a ser el más pobre de todos. Porque buscando después de lo presente una gota de agua, ni esto pudo conseguir: a tanta pobreza había llegado. Por esto Pablo se dirigió a los ricos del presente siglo, para que aprendan que con la vida se desvanece la opulencia: no pasa más allá, no se va junto con los poseedores que transmigran, sino que muchas veces los abandona antes de la muerte: y esto mismo demuestra al decir: "*Y a no esperar en lo incierto de las riquezas*" (I TIMOTEO, 6-17): pues *nada hay tan desleal como las riquezas*: lo cual habiendo dicho muchas veces, no cesaré de repetirlo: que *son un servidor prófugo, e ingrato, y que no tiene lealtad*; aunque se le

pongan muchas cadenas, aun así huye con todas las tablas. Porque muchas veces los poseedores lo encerraron con cerrojos y puertas, con guardia de criados: mas él, sobornadas las guardias, huyó con los mismos, como arrastrándolos con cadena, y de nada aprovechó la guardia. ¿Qué hay más desleal que esto? y ¿qué más miserable que los que ponen su cuidado en esto? cuando acá suelen recoger con todo empeño una cosa tan escurridiza, y no oyen al profeta que dice: “*¡Ay de los que confían en su fuerza y se vanaglorian de la multitud de sus riquezas!*” (SALMO, 48-7).

Dime: ¿por qué ese ay? Dice: “*Atesora e ignora para quien lo reunirá*” (SALMO, 38-7): porque cierto es el trabajo, pero incierto es el fruto. Muchas veces trabajas para los enemigos, y te conmueves de afanes; muchas veces después de tu muerte, irá la herencia a los que te injuriaron y te rodearon de mil insidias; a ti te dio los pecados, y a ellos la posesión.

5. Pero ya es tiempo de que se pregunte ¿por qué no dijo: A los ricos de este siglo mándales que no se enriquezcan, impónles que se hagan pobres, que agoten lo que tienen; sino que dijo, manda que no sean altivos ni se engrían? Conoció que la raíz y materia de las riquezas sea soberbia: que si alguien supiere vivir modestamente, no tendrá mucha cuenta de las mismas. Dime si no: ¿por qué te acompañas de tantos servidores parásitos, aduladores, y de tanta pompa? Cierto, no para utilidad, sino por pura arrogancia, para que con esto aparezcas más venerable que los otros hombres.

Además conoció que las riquezas no fueron prohibidas, si alguno usa de ellas por necesidad. Pues así como dije que no es cosa mala el vino, sino la embriaguez; del mismo modo no son cosa mala las riquezas, sino que es mala la avaricia, es mala la codicia. Una cosa es el avaro, y otra el rico: el avaro no es rico, el avaro está indigente de muchas cosas, y el que es indigente de muchas cosas nunca puede ser rico. El avaro es un guardia, no el señor de los dineros; es el siervo, no el poseedor de ellos, más fácilmente daría a cualquiera un pedazo de sus carnes, que hacerle partícipe del escondido tesoro; porque mandado que nada toque de lo ahorrado, de tal manera lo guarda con todo cuidado y lo retiene, que se abstiene de lo suyo, como si fuera ajeno: y ciertamente ajenas son. Porque las cosas que en manera alguna sufre que se repartan a los otros, ni distribuir las entre los necesitados, aunque padeciese infinitas penas: ¿cómo podría pensar que éstas son propias? Y ¿cómo tiene la posesión de ellas, cuando ni el uso ni el disfrute de las mismas tiene libremente?

Añádase también que Pablo no acostumbró mandar todo a todos, sino que se atiene a la flaqueza de los oyentes, como lo hizo Cristo. Pues al rico que se le acerca y habla de la vida, no dijo: ve, vende cuanto tienes; sino que prescinde de esto y le instruye sobre los otros mandamientos. Después cuando ya le invitó, al preguntar: "*¿Y qué me falta aún?*" (MATEO, 19-20), ni siquiera entonces le dijo simplemente: "vende cuanto tienes", sino así: "*Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes*" (v.21): esto lo dejó a tu arbitrio, te constituyo dueño de la elección, no te impongo obligación.

Por lo mismo tampoco Pablo hablaba de pobreza a los ricos, sino de humildad, tanto por la debilidad de los oyentes, como porque sabía perfectamente que, como viviesen con modestia, y se alejasen de la soberbia, pronto estarían libres del deseo de las riquezas. Por esto al amonestar que no sean altivos, enseñó también el modo como puedan no serlo. Y ¿cuál es este modo? Si se percataren de la índole de las riquezas, de cuán inseguras y desleales: por lo que infirió: "*Y a no esperar en lo incierto de las riquezas*". Rico es, no el que tiene muchas cosas, sino el que las da: rico era Abraham, aunque no avaro: que no consideraba la casa, ni con curiosidad escudriñaba la hacienda: sino que saliendo, exploraba si por algún punto había huésped o pobre, para socorrer la pobreza, para recibir al peregrino: no pintó de oro los techos, sino fijando el tabernáculo al amparo de aquella encina, estaba satisfecho con la sombra de las hojas: y parecía tan magnífico aposento, que no se avergonzaba de que los ángeles morasen en él: pues no buscaban el esplendor de la casa, y si la virtud del alma. A éste imitemos, carísimos, y cuando tenemos, démoslo a los pobres. Allí el tabernáculo estaba preparado de rudimentario modo, pero fue más espléndido que los regios salones.

ALABANZA Y PREMIO DE LA HOSPITALIDAD. Jamás rey alguno hospedó a los ángeles: mas éste (Abraham) sentado al pie de la encina, y fijando la celda, fue digno de este honor, honrado no por la pobreza de la casa, sino por el ornato del alma y las riquezas en la misma almacenadas poseyó tal merced. Así también nosotros, no adornemos las casas, sino mejor que la casa (adornemos) nuestra alma. Pues ¿cómo no será feo recubrir las paredes con mármoles en balde y temerariamente, y descuidar a Cristo, que anda desnudo?

¡Hombre! ¿qué utilidad tienes de la casa? ¿acaso partirás de aquí llevándola contigo? No saldrás llevándotela; pero morirás llevándote el alma por completo. He aquí que nos ha sorprendido este peligro:

que nos asistan las casas, que disipen el peligro que nos amenaza; pero no podrán. Vosotros mismos me sois testigos, al dejarlas desiertas y marchando a la soledad, teniéndolas como unas redes y lazos. Ayúdenos las riquezas: pero carecen de oportunidad. Porque cuando la ira de un hombre vence a las riquezas, mucho más sucederá así en el divino e implacable juicio. Si es un hombre el que se exacerba, y se impacienta, y de nada nos aprovecha el oro; mucho más cuando se enoje Dios, que no necesita dinero, el poder del oro completamente se desvanecerá.

Levantemos casas para habitarlas, no para ensoberbecernos. *Lo que excede a la necesidad, es superfluo e inútil.* Cálzate un calzado mayor que el pie, y no lo tolerarás: pues te estorba para andar: de este modo la casa mayor que la necesidad, te impide el ir al cielo. ¿Quieres levantar casas grandes y espléndidas? no lo prohíbo; pero no sobre la tierra: edifica tabernáculos en los cielos, para que puedas recibir a otros, no faltando jamás los tabernáculos.

¿Por qué te desvives acerca de lo fugitivo, y que se queda aquí? Nada hay más falaz que las riquezas: hoy contigo, mañana contra ti, por doquiera arman los ojos de los envidiosos: son enemigos que conviven, enemigos domésticos: y vosotros los poseedores sois testigos, que de todos modos los enterráis y escondéis: porque ahora mismo las riquezas nos causan un peligro más intolerable. Pues ves ciertamente a los pobres ceñidos, expeditos y preparados para todo: y a los ricos que tienen mucha dificultad, y dando vueltas, y buscando donde escondan el oro, buscando en quién lo depositen.

¡Hombre! ¿para qué buscas consiervos? Cristo está preparado para recibir, y para guardarte los depósitos, y no sólo para guardarlos, sino que los ha de multiplicar y devolver con subido interés: de su mano nadie se libra. Ni tan sólo guarda los depósitos, sino que sobre ellos asegura al depositario. Entre los hombres, quienes reciben depósitos, creen hacernos un favor, si guardan lo que recibieron; mas en Cristo es lo contrario; pues dice no que hizo favor, sino que lo recibió, cuando haya recibido tus depósitos; y por la misma custodia que tiene sobre tus dineros, no te pide paga, dijo que El te da el premio.

6. FRUTOS DE LA LIMOSNA. Pues ¿qué excusa mereceremos, qué perdón, cuando al que puede guardar, y que da gracias por la custodia, y que por la guarda de grandes y arcanos premios, lo olvidamos, y a los hombres débiles para la custodia tal, y que piensan hacernos una gracia, y que no devuelven sino lo que se les da, le damos nuestra

hacienda? Aquí eres huésped y peregrino; en el cielo tienes la patria: remite allá todas tus cosas, par que antes de que las disfrutes, aquí (recojas) recibas la paga. Pues quien sinceramente está alimentado, y confía en lo futuro, éste aquí gustó ya el reino. Nada suele tanto reparar el ánima, y hacerla mejor, que la fundada esperanza de lo futuro, si al enviar allí tus riquezas juntares con el sosiego conveniente el cuidado de tu alma. Pues los que ponen todo su cuidado en el ornato de la casa, ricos en exterioridades, descuidan lo interior, y desprecian el alma suya, desnuda, sucia y llena de telarañas; pero si menospreciando lo exterior pusieren todo empeño acerca de su alma, hermoseándola por todos lados, será el tabernáculo de Cristo el alma de los tales: y ¿qué podría haber jamás más feliz que el que tiene a Cristo huésped? ¿Quieres ser rico? Ten a Dios por amigo, y serás el más rico de todos. ¿Quieres ser rico? no seas altivo. Esto es útil no sólo para lo futuro, sino también para lo de ahora. Pues nada tan aborrecido como el hombre rico: pero cuando se juntare la soberbia, está preparado un doble precipicio, una guerra más despiadada por todos. Mas si supieres vivir modestamente, con la humildad matas la tiranía de la envidia, y bien seguro posees cuanto tienes. Es así la condición de la virtud, nos ayuda no sólo para lo futuro, sino también aquí nos recompensa. Por lo mismo no nos engriamos de las riquezas, ni de ninguna otra cosa. Pues si el que, en las cosas espirituales se ensoberbece, cae y perece, mucho más en las carnales. Pensemos en nuestra condición, contemos los pecados, aprendamos que tal somos, y esto nos bastará para materia (y motivo) de toda humildad.

Y no me digas: Tengo el repuesto de los provechos de tantos y tantos años, innumerables talentos de oro, y diariamente crecen los intereses y ganancias.

CUÁN INCONSTANTES SON LAS RIQUEZAS. Cuanto alegares, todo lo dirás temerariamente y en balde: muchas veces, en una hora, y en un breve momento del tiempo, como el menudo polvo por el viento huracanado, así son todas estas cosas arrebatadas de la casa. Y la vida está llena de ejemplos de esto, y las Escrituras llenas de estos documentos: hoy rico, mañana pobre. Por esto heme reído muchas veces leyendo los testamentos que decían: aquel tenga el dominio de los campos o de la casa, mas el otro el uso: porque todos tenemos el uso, pero el dominio ninguno. Pues aunque por toda la vida nos duren las riquezas sin mudanza alguna, queramos o no queramos, al morir las cedemos a otros, habiendo tenido solamente el uso de ellas, al partir para aquella

vida despojados y privados del dominio. De donde es manifiesto que el dominio lo tienen sólo aquellos, que aún el uso de las mismas menospreciaron, y se burlaron del fruto. Porque quien desprendido de la hacienda, la reparte a los pobres, usó de la hacienda como era debido, y murió teniendo el dominio de ella, y no se despojó de la posesión ni por la muerte misma, sino que la recibe entonces íntegra, y mucho más, cuando en el día del juicio estará necesitado de su auxilio, y cuando a todos nosotros se nos ha de pedir cuenta de nuestras obras.

Así, pues, si alguno quiere tener de las riquezas la posesión, y el uso, y el dominio, aliviase de todos sus bienes: porque si esto no hace, en la muerte quedará del todo separado de ellos: y aun muchas veces antes de la muerte los pierde todos con peligros y disgustos infinitos.

Ni existe este solo mal, pues la mudanza se verifica de repente en todo y el rico desprevenido para tolerar la pobreza, se ve metido en ella. Mas no así el pobre: pues no confía en el oro y la plata, materias inanimadas, sino en Dios que abundantemente lo da todo. Así es que el rico está más inseguro que no el pobre, ya que experimentaba frecuentes y continuas mudanzas.

Pero ¿qué es esto: “*que nos provee de todo abundantemente para nuestro uso?*” (I TIMOTEO, 6-17). Todo lo da Dios largamente: las cosas, que son más necesarias que los dineros, como son el aire, el agua, el fuego, el sol, todas las tales cosas. No se puede decir que del sol goza más el rico, y menos el pobre: no se puede afirmar que el rico respira más abundante aire que el pobre, puesto que son bienes comunes e iguales los propuestos. ¿Por qué, pues, los mayores y en verdad más necesarios bienes, los que sustentan la vida, Dios lo hizo comunes; mientras que otros menores y más viles, como son los dineros, no son comunes? ¿Cuál es la razón? Para que nuestra vida se conserve, y para que tengamos en donde practicar la virtud. Porque si estas cosas necesarias no fuesen comunes, quizás el rico, con la acostumbrada avaricia, habría sofocado a los pobres: que si en las riquezas lo hacen, en aquellos mucho más lo habrían hecho. También, de ser los dineros comunes y a todos por igual propuestos, se habría quitado la ocasión de la limosna y la oportunidad de la caridad.

7. Por tanto, para que vivamos con seguridad, se han hecho comunes para nosotros las causas de la vida; además, para que tengamos ocasión de coronas y alabanzas, no se han hecho universales los dineros, para que aborreciendo la avaricia, y practicando la justicia, repar-

tiendo lo nuestro a los indigentes, tengamos por este camino algún remedio de nuestros pecados.

¿Te hizo Dios rico? ¿Por qué tú te haces pobre? Te hizo rico para que auxilies a los necesitados, para que pagues tus pecados con la liberalidad a otros hecha: te dio dineros, no para que los cierres hasta tu muerte, sino para que los difundas en provecho de tu salud. Por lo cual hizo insegura e inestable la posesión de los mismos, para que mediante esto se disipe la loca intención acerca de ellos. Pues si los que ahora poseen, los que no pueden confiar en ellos, antes bien, observan muchas insidias que nacen de esto, tanto están ardiendo en deseos de ellos; si se hubiese añadido que fueran estables y no caduco, ¿cómo hubieran perdonado? ¿De qué se habrían abstenido? ¿A qué viuda? ¿A qué huérfano? ¿A qué pobres? Por tanto, *no estimemos que las riquezas son un bien grande, puesto que grande bien es no el poseer riquezas, sino el poseer temor y reverencia de Dios.*

Ahora mismo, si hubiese un justo, y que tuviera tanta confianza en Dios, aunque fuera el más pobre de los hombres, podría solucionar los males presentes, pues sería lo bastante el levantar las manos al cielo e invocar a Dios, y esta nube pasaría. Mientras que tanto oro amontonado es, para resolver los males que amenazan, más inútil que el lodo; y no sólo en el actual peligro, sino también si se extendiese una epidemia morbosa, o la muerte, o cosas parecidas, se comprueba la impotente eficacia de las riquezas, y que de suyo no pueden consolar en la adversidad.

Sólo una cosa hay en que las riquezas parecen superar a la pobreza: en nadar en cotidianas delicias y en hartarse voluptuosamente en los convites. Sin embargo, también esto parece suceder en la mesa de los pobres, y éstos disfrutan con más placer que todos los ricos. Y no os admiréis ni tengáis por increíble lo que hase dicho: por la exposición de las cosas os la haré patente. Porque todos conocéis y lo confesáis que en los convites no suele causar placer tanto la clase de platos cuanto la disposición de los comensales; por ejemplo: cuando uno llega a la mesa con hambre gustará más del manjar, lo hallará más agradable que cualquier vianda condimentada y con muchas especias, aunque sea el más corriente; mas cuando se previene a la necesidad y a la gana, como acostumbran los ricos, aunque tenga puestos pasteles, no gozará, al no estar despierto el apetito. Y para que aprendáis que esto es así, vosotros sois testigos, oigamos también la Escritura diciéndolo: *“El que está bien comido, aun de la miel hace*

ascos; pero el hambriento le parece dulce lo amargo" (Proverbios, 27-7). Y ciertamente, ¿qué hay más dulce que los panales y la miel? Pero, dice, no es grato a quien no tiene gana. Y ¿qué hay más desagradable que los amargos? Y con todo, son dulces a los que están en pobreza.

Y que los pobres se acercan a comer con gana y hambre, y que los ricos no la esperen, es cosa a todos manifiesta; por lo cual no sienten el natural y legítimo placer. Y no en la comida sólo, sino también en la bebida se puede ver: que como en aquella mesa la gana es la que añade el gusto a la clase de manjares, aquí es la sed la que suele hacer la bebida agradabilísima, aunque sea agua sola lo que se bebe. Y el profeta, demostrando esto, decía: "*Y saciólos con la miel que destilaban las peñas*" (SALMO, 80,17). Pero en las Escrituras en parte alguna se leyó que Moisés de una piedra haya hecho brotar miel, sino en todas partes dice ríos, y aguas, y frescos arroyos. Pues entonces, ¿qué es lo que se dice?, porque la Escritura no miente. Es que después que los sedientos y cansados de la escasez, dieron en las frescas aguas, queriendo expresar el gusto (con que las bebieron) de la bebida al agua llamó miel, no como si la Naturaleza la hubiera mudado en la de miel, sino por la disposición de los que bebían, la cual hacía las aguas más gratas que la miel. ¿Has comprendido de qué modo suele volver grata la bebida la disposición de quienes beben? Así es que muchos pobres a veces trabajando y fatigados, y abrasados de sed, bebieron el agua con tanto placer; mientras que los ricos bebiendo vino generoso, y esencia de flores, y de muchos grados, y todo cuanto en el vino puede apetecerse, no experimentan el mismo gusto.

8. Mira cómo esto mismo sucede con el sueño. Pues ni la blanda cama, ni el lecho de plata, ni el descanso tomado en aposento cerrado, ni otra cosa alguna parecida suele hacer el sueño dulce y fácil, como el trabajar y cansarse, y acostarse necesitando mucho el sueño y medio dormitando, y esto en verdad atestigua la experiencia; y lo atestigua mejor que la misma experiencia, de las Escrituras la sentencia. Pues Salomón, criado en delicias, al querer demostrar lo mismo, decía: "*Dulcemente duerme el trabajador, ora sea poco, ora sea mucho lo que ha comido*" (ECLESIASTÉS, 5-11). ¿Y por qué añade *ora sea poco, ora sea mucho lo que ha comido*? Ambas dos cosas suelen producir vigilia, la indigencia y la crápula; aquella, desde luego, agotando el cuerpo y haciendo duros los párpados, y no permitiendo que se cie-

rrén; mas ésta impidiendo la respiración, y ahogando, y produciendo muchos dolores; pero la medicina del trabajar es tan grande, que aun estando presentes las dos cosas puede dormir el siervo. Porque como los siervos (o criados) durante todo el día andan sirviendo a sus amos, castigados, trabajados y sin descansar un momento, toman el suficiente descanso y la retribución de su labor en el placer del sueño.

Y esto ha hecho la benignidad de Dios, que estos placeres puedan comprarse, no con oro ni plata, sino con cansancio, con molestias, con toda necesidad y con toda penalidad. Mas no así los ricos: que acostados en blandos lechos pasan muchas veces toda la noche sin dormir, y con idear muchas cosas, no logran tal placer. Mas el pobre, al dar de mano a la labor cotidiana, teniendo fatigados los miembros, antes que se haya acostado toma un sueño íntegro, suave y legítimo, percibiendo esta no pequeña recompensa bien ganada de sus trabajos. Siendo, pues, así, que el pobre duerme, y come, y bebe más a placer, ¿por qué motivo las riquezas han de ser más estimadas, si de la prerrogativa que sobre la pobreza parecían tener, aun de ella están privadas? Por lo cual ya en el principio Dios juntó al hombre con el trabajo, no en pena ni castigo, sino para dirigirle y enseñarle. Adán cayó y perdió el paraíso cuando vivía vida no laboriosa: cuando Pablo llevaba vida de trabajo y miserable, y decía: *"En trabajos y miserias"* (2 CORINTIOS, 11-27), fue arrebatado del paraíso, y subió al tercer cielo. Por tanto, ni rechazemos el trabajo, ni vituperemos el trabajar. Porque antes del reino de los cielos recibimos aquí un premio muy grande, gustando el placer en la misma cosa, y no tan sólo placer, sino lo que vale mucho más que el placer, la riquísima salud. Puesto que a los ricos, fuera del hastío, invaden muchas enfermedades; cuando los pobres están libres de necesitar médicos. Y si alguna vez caen enfermos, pronto se restablecen, libres de toda pereza, teniendo robustos los cuerpos.

LA POBREZA PARA LOS QUE SABEN SOBRELLEVARLA ES UNA GRANDE POSESIÓN.— Grande posesión es la pobreza para los que sabiamente la soportan, tesoro que no puede ser robado, apoyo firmísimo, propiedad garantizada de peligros, posada defendida de asechanzas.

Pero se opone: el pobre es oprimido; pero el rico aguanta mayores insidias. El pobre es despreciado y contumeliado; pero el rico es envidiado, odiado. El pobre no es tan expugnable como el rico, que da infinitas ocasiones al diablo y a los que arman asechanzas, esclavos de todo por la mucha abundancia de cosas: puesto en la indigencia de muchos, se ve obligado a lisonjear a muchos y a servir con grande

liberalidad: mientras que el pobre, si sabe discurrir, no puede ser expugnado ni por el mismo diablo.

Por esto Job, siendo fuerte antes de esto, después que todo lo perdió, entonces se hizo más fuerte, y consiguió una egregia victoria contra el diablo.

Pero además, el pobre ni tiene por qué soportar injuria, si supiere filosofar. Pues lo que dije del placer, que no está en los manjares servidos, sino en la disposición afectiva de los que comen, esto mismo digo de la contumelia, porque la contumelia no consiste o deja de consistir en la frase de los que la profieren, sino en el sentimiento de los que la sufren. Por ejemplo: ¿alguien ha dicho contra ti muchas cosas infamantes? Si te rieres de las contumelias, si no regieres las palabras, y te sobrepones a la herida, no has padecido contumelia. Y lo mismo, que si tuviéramos el cuerpo de diamante, aunque fuésemos acometidos con mil dardos por todas partes, con todo no recibiríamos heridas, porque las heridas no se hacen por la mano que arroja los dardos, sino que se causan en los cuerpos que padecen las heridas; así, aquí también: las injurias y contumelias se causan, no por la insania de los insolentes, sino por debilidad de los pacientes. Que si sabemos filosofar, ni podemos ser injuriados de contumelia, ni padecer cosa grave. Alguien ha inferido una injuria, ¿no la has oído ni sentido? No has padecido la injuria, antes bien, más has herido que no has sido herido. Porque el que injurió, cuando haya visto, que la herida no alcanza al ánimo de los pacientes, él es devorado primera y mayormente; y al callar los que padecen la contumelia, de su peso el azote de las injurias se vuelve contra quien las infería.

9. Carísimos: filosofemos en todo, y en nada podrá la pobreza dañarnos; antes bien, ayudará grandemente, y nos hará esclarecidos, y más sobrados que los mismos ricos. Dime: ¿quién más pobre que Elías? Pero por esto superaba a todos los ricos, porque siendo tan pobre, eligió la misma pobreza por la opulencia de su alma. Y es que estimó toda la abundancia de las riquezas inferior a la grandeza de su alma, e indigna de su filosofía; por eso abrazó tanta pobreza. Que si hubiese apreciado las cosas materiales, no hubiera poseído sólo el vestido melota; pero así condenó la vanidad de la vida y despreció todo el oro como vil lodo, para no tener nada más que aquel único vestido. Pero con eso el rey necesitaba del pobre, y ansiaba las palabras de quien no tenía más que su zamarra o melota el que tenía tanto oro: tanto era más espléndida que la púrpura la zamarra, y que los

salones regios la cueva del justo. Por lo cual cuando subía al cielo, nada más dejó al discípulo que la zamarra (4 REYES, 2). Con ésta, dijo, luché con el diablo, y tú tomarás esta armadura contra él. Que la pobreza es un acerado dardo, una fortaleza inexpugnable, una torre invencible. Eliseo recibió la melota como la más grande herencia, y en verdad fue la máxima herencia más preciosa que todo el oro. Y después de esto aquel Elías era doble, de manera que arriba estaba Elías y abajo estaba Elías. Pues ¿qué, si os demostrare que cuantos estamos imbuidos de los sagrados misterios hemos recibido otra cosa mucho mayor que aquella (melota)?

TEXTO INSIGNE SOBRE LA VERDAD DE LA SANTA EUCARISTÍA Porque Elías dejó al discípulo la melota; pero el Hijo de Dios, al ascender, nos dejó su carne; mas Elías despojado, y Cristo nos la dejó, y teniéndola subió. Así que no decaigamos de ánimo, ni nos lamentemos, ni temamos las dificultades de los tiempos. Que quien no rehusó el derramar su sangre por todos, y el darnos su carne, y de nuevo nos ha comunicado la misma sangre. ¿qué rehusará hacer por nuestra salvación? Firmes, pues, en esta esperanza roguémosle continuamente y con preces y súplicas ocupémonos, y pongamos toda diligencia en la práctica de toda virtud, para que huyamos el peligro que amenaza, y consigamos los bienes futuros, de los cuales todos nosotros seamos dignos, por la gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 3

1. FLAVIANO HABÍA MARCHADO A CONSTANTINOPLA PARA APLACAR AL EMPERADOR. Cuando miro esta cátedra desocupada y vacía del maestro, gózome simultáneamente y derramo lágrimas: sí, lloro, porque no veo presente al padre; y me gozo, porque habiendo partido por causa de nuestra salvación, sólo se fue para librar al pueblo tan grande de las iras del Emperador. Esto es a la vez vuestro ornamento, y su corona, y es su corona, porque tan benigno es para con sus hijos, y porque ha confirmado de obra lo dicho por Cristo. Pues al oír aquello de *“el buen pastor sacrifica su vida por sus ovejas”* (JUAN, 10-11), marchó por todos vosotros, para exponer su vida, aunque muchas cosas había que le prohibían marchar, y le apremiaban a quedarse: primeramente su avanzada edad, que toca en senectud; después, la debilidad corporal, y la época del año, y la inminencia del santo tiempo (de la celebración de la Cuaresma y Pascua), y añadido a todo esto que su única hermana se halla moribunda. Pero no obstante, ha pospuesto no sólo la consanguinidad, sino también la ancianidad, y la debilidad, y la inclemencia del tiempo, y la aspereza del camino, y anteponiendo a todo esto vuestra salvación, y a vosotros, rompió todos estos vínculos, y lo mismo que un joven se mueve el anciano, que ha tomado alas por la grandeza del alma. Pues se ha dicho: Si Cristo se entregó por nosotros, ¿qué excusa ni perdón podremos tener, teniendo encomendada la guarda de pueblo tan grande, y no eligiendo tanto el hacer, como el sufrirlo todo para la (salvación o) seguridad de los que se nos han encomendado? Porque, añadió, si el patriarca Jacob, puesto al frente de los ganados, apacenta las ovejas irracionales, y para dar cuenta a un hombre, pasaba las noches desvelado, y aguantaba calores y fríos y todas las molestias de la intemperie del aire, para que ninguno de aquellos animales pereciese (GÉNESIS, 29), mucho más nosotros, que estamos al frente, no de irracionales, sino de espirituales ovejas, y que tenemos que dar cuenta, no a un hombre, sino a Dios, de nuestra prefectura, no podemos emperezar sin eludir nada de cuanto pueda ayudar a la grey. Pero esta grey, cuanto es mejor que aquélla, es decir: los hombres que los brutos, y Dios que

los hombres, tanto más obligados estamos a poner mayor y más vehementemente empeño y diligencia.

Hase él dado cuenta de que no se trata el negocio de una su ciudad, sino el de todo el Oriente. Puesto que las ciudades de Oriente es nuestra ciudad la capital y la madre: por este motivo se ha expuesto a todo peligro, y nada pudo retenerlo aquí. Por tanto, confío tener buenas oportunidades de esperanza, porque Dios no dejará de atender tanta solicitud y cuidado, ni permitirá que vuelva su siervo sin acabar las cosas. Yo sé que puesto en presencia de tan grande y religioso Emperador, al ser visto, con sola su presencia, al momento podrá calmar la ira. porque de los santos, no tan sólo las palabras, sino la misma presencia está llena de gracia espiritual, y siendo perito en leyes divinas, dirá lo que Moisés a Dios : *Si dimittis quidem ipsis peccatum, dimitte; si non autem et me occide cum ipsis* (EXODO, 32-31, 32), ya que les perdones el pecado, perdónaselo; y si no márame con ellos. Pues así son las entrañas de los santos; estiman más dulce la muerte con los hijos que la vida sin ellos.

Añadirá la circunstancia favorable del tiempo, y propondrá la santa Pascua, hará conmemoración del tiempo en que Cristo perdonó los pecados al orbe de la tierra; exhortará a imitar al Señor, y le amonestará con la parábola de los diez mil talentos y de los cien denarios. Conozco la valentía de nuestro Padre, no dudará en ponerle terror con ella y decir: Cuida que en el mismo día no tengas que oír: *“¡Oh criado inicuo! Yo te perdoné toda la deuda porque me lo suplicaste. ¿No era, pues, justo que tú también tuvieses compasión de tu compañero”* (MATEO, 18-32, 33). A ti aprovecha más que a ella (a la ciudad); con el perdón de pocos pecados, recibirás el que se te perdonen los más, y mayores. Agregaré a lo dicho también la oración, que le habían enseñado los que le iniciaron en los misterios sagrados, para decirla rezando: *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores* (MATEO, 6-12). Además expondrá que no ha sido un pecado (crimen) común de la ciudad, sino de algunos extraños y peregrinos, que no hacen cosa a derechas, sino audaces y grandes criminales; y que no es justo que, por la temeridad de estos pocos, sea la ciudad destruida, y los que ningún mal han hecho pa-

guen la pena. Por otra parte, aunque todos hubieran pecado, hubieran pagado la pena merecida, al estar tantos días consumidos de miedo, presumiendo diariamente que van a morir, empujados (atropellados), desterrados, viviendo más miserablemente que los reos, con la vida en un hilo y sin esperanza alguna de salvarla. Ten por suficiente este castigo: no procedas ya más airado: hazte propicio al Juez Supremo con la humanidad (mansedumbre) para con tus consiervos: reflexiona en la importancia de la ciudad, y que no se trata de una, o de dos, o de tres, o de diez almas, sino de millares e infinitas, de la capital del orbe. Esta es la ciudad en que por vez primera nos llamamos cristianos: honra a Cristo, respeta a la que primera predicó a todos este deseable y dulce nombre: ella ha sido tabernáculo de Apóstoles, morada de justos. Es la primera, la única vez que se ha perpetrado un crimen contra los príncipes, como todo el tiempo pasado es testigo de sus costumbres. Porque si de continuo promoviera sediciones, justo sería castigar la maldad; mas si esto ha sucedido una sola vez en tanto tiempo, cierto es que el crimen no corresponde a las costumbres de la ciudad, sino a los que con osadía y temeridad han irrumpido en la ciudad.

2. El obispo ha de decir éstas y muchas más cosas con gran valor: el Emperador las oirá: éste es humano, y aquél es fiel, por lo cual de ambas partes tenemos buenas esperanzas. Mas, empero, que en la defensa del maestro, y que en la benignidad del Emperador, confiamos en la misericordia de Dios: porque aun rogado el Emperador, aun rogando el sacerdote, será El intermediario, que ablande el corazón del Emperador, que mueva la lengua del sacerdote, secundando la palabra de éste, preparando la mente de aquél, para que reciba con indulgencia la exposición y conceda las peticiones.

Porque de todas las ciudades es la nuestra la más esclarecida en Cristo, tanto por la virtud de los (fundadores) progenitores, como por la de vosotros; y así como entre los apóstoles Pedro fue el primero en predicar a Cristo, así entre las ciudades fue ésta la primera que, cual corona admirable, usó el nombre de Cristianos. Pues si donde hubiera sólo diez justos, prometió Dios que dejaría salvos a todos los habitantes (GÉNESIS, 18-32), donde no diez, ni veinte, ni el doble solamente, sino muchos más son los que adoran a Dios, ¿cómo no hemos de esperar buen éxito, y tener confianza en la común liberación de todos los nuestros?

Ya he oído a muchos que decían: *Como el rugido del león, tal es*

la ira del Rey (PROVERBIOS, 19-12), y que decaían de ánimo y se lamentaban. ¿Qué diremos contrario a ellos? El que dijo: *Habitará el lobo juntamente con el cordero, y el tigre estará echado junto al cabrito, el león comerá paja como el buey* (ISAÍAS, 11-6, 7), también podrá hacer a este león manso como un cordero. Roguémosle, pues, y enviémosle embajadas, y luego cambiará el ánimo del Emperador, y nos dejará libres de toda esta angustia actual. El Padre (obispo) desempeña allí su cometido, nosotros aquí enviémosle al rey de los cielos embajadas, ayudémosle con preces. Mucho puede la comunión de la Iglesia, si con alma arrepentida y corazón contrito enviamos preces. No hay que pasar el mar, no hay que hacer larga peregrinación: todos y cada uno, bien acudiendo a la Iglesia, bien permaneciendo en casa, invoquemos a Dios con mucha devoción y completamente nos concederá lo pedido.

DIOS GRANDEMENTE DESEA QUE LOS HOMBRES ACUDAN A EL. ¿De dónde esto es manifiesto? Porque vehementemente quiere que nos acojamos siempre a El, que en todo le roguemos y que no hagamos ni digamos cosa sin El. Porque los hombres, cuando asiduamente les molestamos por algún asunto nuestro se entorpecen, y lo eluden, y lo llevan a mal; mas Dios, todo lo contrario; no porque de continuo acudimos a El para nuestros asuntos, sino porque no lo hacemos, por esto grandemente se indigna. Escucha si no lo que a los judíos opone al decir: *Formáis designios, sin contar conmigo, y urdís una tela, y no según mis deseo* (ISAÍAS, 30-1).

Tal es la costumbre de los amantes: gustan llevar por sí mismos los negocios de los amados, y que sin intervenir ellos nada se haga ni se diga. Por esto aun Dios, no aquí sólo, sino también en otros lugares, repetidamente echa esto en cara diciendo: *Ellos reinaron, pero no por mí; fueron príncipes, mas yo no los reconocí* (OSEAS, 8-4). Por tanto, no emperecemos para acudir a El de continuo, y por arduo que sea, tendrá ciertamente el oportuno remedio. ¿Te atemorizó un hombre? Acude al soberano Señor, y nada grave padecerás: así los antiguos alejaban las calamidades, no sólo los varones, sino también las mujeres.

Hubo una mujer hebrea, llamada Ester: esta Ester a todo el pueblo de los judíos, que había de ser exterminado, librólo así. Después que el rey de los persas hubo decretado que todos los judíos a la vez fuesen matados, no habiendo uno capaz de oponerse a la ira de aquél, una mujer despojada de los espléndidos vestidos, y cubierta con un

saco, y empolvada con ceniza, suplicaba a la divina clemencia que entrase con ella al rey, y oraba así: *Pon en mí palabras discretas así que me presente al león* (Asuero) *y muda su corazón* (ESTER, 14-13).

Esto pidamos nosotros para nuestro maestro. Porque si una mujer suplicante en favor de los judíos pudo contener el furor del bárbaro, mucho mejor nuestro doctor, suplicando por esta gran ciudad, y con Iglesia tan grande, podrá doblegar a este benignísimo y mansísimo Emperador. Porque si recibió el poder de perdonar los pecados contra Dios, mucho más podrá borrar y destruir los cometidos contra el hombre.

También él es príncipe, y en verdad más digno de honor que aquél, porque las mismas leyes sagradas pusieron la misma real cabeza bajo las manos de éste, y cuando se pretende conseguir del cielo algo bueno, se acostumbró que el rey acuda al sacerdote y no el sacerdote al rey. Además, él está vestido con loriga de justicia, y le ciñe el cingulo de la verdad, y calza más hermosamente los pies con el evangelio de la paz, y tiene espada, no de acero, sino de espíritu, y tiene corona puesta en su cabeza. Más espléndida es esta armadura, más preciosas estas armas, mayor es la confianza, mayor la fuerza. Así, pues, ya por la magnitud del principado, ya por la propia grandeza, y más que todo, por la firme confianza en Dios, hablará con mucha valentía y prudencia al Emperador.

3. Así, pues, no desesperemos de nuestra salud; pero supliquemos, recemos, pidamos, oremos y enviemos embajadas al Rey supremo con muchas lágrimas, y tenemos el ayuno, que coopera en esto, y nos acompaña en esta hermosa legación. Así, pues, como pasado el invierno, y al aparecer la primavera, el marino echa al mar la nave, el soldado limpia las armas y prepara el caballo para la guerra, el labrador afila la hoz, el caminante viajero lleno de esperanza emprende largo camino, y el púgil se despoja para los certámenes y se desnuda, así nosotros, al llegar el ayuno, primavera espiritual, limpiemos las armas, como el soldado; afilemos las hoces, como el labrador, y como navegantes, luchemos contra el oleaje de absurdas codicias, y como viajeros, tomemos el camino del cielo, y como atletas, despojémonos para las luchas, porque el fiel es labrador, gobernador, soldado, atleta y viajero. También Pablo dijo: *No es nuestra pelea contra carne y sangre, sino contra los principados y potestades, contra... Por tanto, tomad las armas de Dios* (EFESIOS, 6-12, 13).

¿Has visto al atleta? ¿Has visto al soldado? Si eres atleta, desnudo

has de saltar al combate; si soldado, es necesario que te presentes armado para la pelea. Pero, ¿cómo pueden ambas cosas estar juntas, estar desnudo y no estar desnudo, estar vestido y no estarlo? ¿De qué modo? Lo diré. Despójate de los negocios de la vida, y quedas hecho un atleta; viste las armas espirituales, y estás hecho un soldado. Desnúdate de los afanes de la vida, que es tiempo de pelea; toma, viste las armas del espíritu, que se ha declarado grande guerra contra los demonios. Por tanto, hay que estar desnudo para no dar al diablo ocasión alguna de agarrarnos al luchar, y estar armado por completo, para que no recibamos por ningún lado una herida mortal. Cultiva tu alma y corta las espinas; siembra simiente de piedad, planta las hermosas ideas filosóficas, y con mucha diligencia bina, y estás hecho un labrador, y a ti dirá Pablo: *"El labrador para recibir los frutos es menester que trabaje primero"* (2 TIMOTEO, 2-6). Y en esto se ocupaba él; por eso al escribir a los Corintios decía: *"Yo planté, regó Apolo; pero Dios ha dado el crecer"* (1 CORINTIOS, 3-6).

Aguza tu hoz, que embotaste por la crápula, agúzala con el ayuno, emprende el camino que conduce al cielo, la áspera y estrecha senda toma y anda. Y ¿cómo podrás alcanzarla y andarla? Castigando tu cuerpo y reduciéndolo a servidumbre, porque cuanto el paso es estrecho, es un grande estorbo la obesidad corporal nacida de la crápula. Reprime las desbordadas olas de las concupiscencias: rechaza los fríos de los malos pensamientos, cuida la nave, manifiesta gran pericia y quedas convertido en marino capitán. Y de todos ellos tenemos por asunto y maestro al ayuno, al ayuno digo, no este vulgar, sino al ayuno con diligente cuidado: por la *abstinencia, más que de los manjares, de los pecados*, porque no es la materialidad del ayuno lo que puede librar a los que ayunan, a no ser que esté practicado según conveniente ley. Porque dice: el atleta *"no es coronado si no lidiare según las leyes"* (2 TIMOTEO, 2-5). Por tanto, no vayamos a perder la corona del ayuno entre las privaciones del ayuno, aprendamos de qué modo y manera debemos tratar este negocio, porque también el fariseo aquel ayunó, mas después de aquel ayuno salió vacío y sin los frutos del ayuno: el publicano no ayunó, y no ayunando precedió al fariseo que ayunaba (LUCAS, 18-10 a 14), para que te percares de que la utilidad del ayuno es nula, como no vaya acompañado de las demás (virtudes y obras buenas).

NINGUN ES LA UTILIDAD DEL AYUNO SI NO NOS ABSTENEMOS DE LOS VICIOS. Ayunaron los Ninivitas y movieron a compasión a Dios; tam-

bién ayunaron los judíos, y nada adelantaron, sino que se retiraron inculpados. Ya, pues, que hay tanto peligro del ayuno para los que desconocen cómo se tiene que ayunar, *aprendamos las leyes del ayuno*, para que no vayamos inciertos, no azotemos el aire, no contendamos luchando con una sombra. Medicina es el ayuno, pero la medicina, aunque mil veces sea útil, a veces se inutiliza por la impericia de quien la usa, porque es preciso conocer ya el tiempo en que se necesita darla, ya la cantidad del medicamento, ya la temperatura del cuerpo, el clima de la región, el tiempo del año, el régimen de comidas y muchas otras cosas: de las cuales si alguna se hubiere descuidado, dañará a todas las restantes dichas. Pues si para medicinar al cuerpo ha de tenerse tan grande diligencia, mucho más cuando curemos el alma y medicinemos los pensamientos, es necesario que todo se escudriñe y se considere con toda diligencia.

4. Veamos, pues, cómo ayunaron los Ninivitas y cómo quedaron libres de aquella amenaza: *“Ni hombres ni bestias nada coman; no salgan a pacer ni a beber los bueyes y ganados”* (JONÁS, 3-7). ¿Qué respondes? Dime. ¿Ayunan los brutos y los caballos, y los mulos se visten de saco? Sí, dice, pues así como cuando ha muerto un rico los allegados mandan acompañar al sepulcro, no sólo los siervos y esclavas, sino también los caballos vestidos de luto entregan a los palafreneros, en manifestación de la grande calamidad y para mover a todos a compadecerse, así también en aquella ciudad, que estaba en peligro extremo, cubrieron de saco a los animales brutos y los sometieron a la pena del ayuno. No pueden los brutos conocer la ira de Dios por las amenazas; conozcan por el hambre que Dios manda este castigo; porque, añade, si la ciudad fuese destruida, no solamente de nosotros que la habitamos, sino que también de ellos, sería común la sepultura. Así que los que tendrían parte en la pena, tengan también parte en el yuno.

Y además hicieron entonces otra cosa, que también los profetas hacen, porque ellos, cuando veían que algún azote intolerable venía de lo alto, y que los que habían de ser castigados sin remedio estaban desesperados, llenos de consternación, indignos de perdón y de excusa, y ni les quedaban nada por hacer, ni de donde patrocinar a los sentenciados, recurren a los brutos, y llorando la muerte de aquéllos, de éstos nacen súplicas, exponiendo la miserable y luctuosa muerte de los mismos. Porque habiendo antiguamente alcanzado a los judíos el hambre, y como una gran sequía se dejase sentir en la región, y todo

se consumiera, uno de los profetas decía: “¿Cómo es que gimen las bestias y mugen las vacas del hato? Porque no tienen pasto, y hasta los rebaños de las ovejas están pereciendo. Aun las mismas bestias del campo levantan los ojos hacia ti, como la tierra sedienta de agua” (JOEL, 1-18, 20). Otro, deplorando los males originados de la sequía, otra vez decía: “Pues hasta la cierva, después de haber parido en el campo, abandona la cría por falta de hierba, y los asnos bravíos se ponen encima de los riscos, atraen a sí el aire, como los dragones, y ha desfallecido la luz de sus ojos por no haber hierba” (JEREMÍAS, 14-5, 6). Por esto hoy habéis oído a Joel que dice: “Haced venir los párvulos y los niños de pecho” (JOEL, 2-16). “Salga del lecho nupcial el esposo, y de su tálamo la esposa. Haced venir los párvulos y los niños de pecho” (Joel, 2-16). ¿Por qué, dime, por qué causa llama a la oración la edad no madura? ¿Acaso no es cierto que por la misma razón? Pues, ya que todos los de edad madura enojaron a Dios, y le provocaron a ira, que la edad libre de pecados venga a suplicar al que está airado.

Mas como decía, veamos qué es lo que al fin amansó aquella inevitable ira: ¿acaso el ayuno y el cilicio solamente? De ningún modo: fue la mudanza total de la vida. ¿De dónde lo sabemos? De las mismas palabras del Profeta. Pues habiendo hablado de la ira de Dios y del ayuno de aquéllos, él mismo, al expresar el perdón y la causa de él, dice así: “Viendo, pues, Dios las obras que hacían” (JONÁS, 3-10). ¿Cuáles obras? ¿Que ayunaron? ¿Que vistieron cilicio? Nada de esto, sino que, callando todo esto, alegó: “Y como se había convertido de su mala vida, movióse a misericordia y no les envió los males que había decretado” (JONÁS, 3-10). ¿Ves cómo no el ayuno libró del peligro, sino la mudanza de la vida aplacó a Dios y le hizo benévolo a los bárbaros?

VERDADERA NATURALEZA DEL AYUNO. Esto he dicho, no para que menospreciemos el ayuno, sino para que lo honremos, porque el honor del ayuno no está en abstenerse de manjares, sino en la fuga de pecados. De tal modo que quien defina el ayuno sólo por la abstinencia de los manjares, éste grandemente lo vitupera. ¿Ayunas? Muéstrame lo mismo con las mismas obras. ¿Cuáles obras?, preguntas. Si vieres a un pobre, compadécete; si te encuentras un enemigo, reconcílate; si te encontrases con una belleza de mujer, pasa sin darle importancia. No ayude sólo la boca, sino también los ojos, los oídos, los pies, las manos, y todos los miembros de nuestro cuerpo ayunen.

Ayunen las manos, limpias de rapiña y de avaricia; ayunen los pies, prohibiéndose el acudir a espectáculos ilícitos; ayunen los ojos, aprendiendo a no abalanzarse con brillantes miradas y a no mirar curiosamente ajenas hermosuras. Que el pasto de los ojos es la mirada, y como sea ilícita y prohibida, daña al ayuno y trastorna toda la salud del alma; pero si es legítima y permitida, adorna el ayuno. Sería una cosa muy absurda, al tomar alimento, abstenerse hasta de los manjares permitidos, por el ayuno, y usando los ojos tocar hasta lo prohibido. ¿No comes carnes? No tomes tampoco lascivia por los ojos.

Ayune también el oído, y el ayuno de los oídos está en no escuchar detracciones y calumnias. Porque dice: *"No des oído a calumniadores"* (Exodo, 23-1).

5. Ayune asimismo la boca de palabras torpes y de injurias. Porque, ¿qué utilidad hay en que nos abstengamos, sí, de comer aves y peces, si empero mordemos y comemos a los hermanos? El murmurador come las carnes de los hermanos, muerde la carne del prójimo, y por esto Pablo aterrizó cuando decía: *"Que si unos a otros os mordéis y roéis, mirad no os destruyáis los unos a los otros"* (Gálatas, 5-15).

No clavaste los dientes en la carne, sino en el alma con la maledicencia, clavaste la ímproba sospecha, heriste, causando males sin cuento, a ti, a él y a muchos otros, porque al calumniar al prójimo empeoraste al oyente, puesto que, o es pecador, y entonces se hace más desidioso, por haber otro participante del pecado, o es justo, y se siente levantado hasta la arrogancia, y se infla con el pecado ajeno, y se persuade a engreírse con soberbia.

Además has lesionado todo el estado (comunidad) de la Iglesia, pues no todos los que oyen acusan sólo al pecador, sino que las ofensas se aplican a todo el linaje de los cristianos, y no oirás a los infieles que dicen: aquél es un fornicario, un disoluto, sino que por aquel que pecó, todos los cristianos son atacados con injurias.

Además hiciste que la gloria de Dios sea blasfemada, porque así como viviendo nosotros dignamente, el nombre de Dios es glorificado, así pecando, es blasfemado e injuriado.

Lo cuarto, avergonzaste malamente al que oía, y así le hiciste más desvergonzado, haciéndole contrario y enemigo.

Lo quinto, te hiciste reo de pena y castigo metiéndote en negocios que no te corresponden. Murmuro entonces cuando digo falsedad;

pero no si digo la verdad. Pues aun cuando dices la verdad, también entonces hay crimen, puesto que aquel fariseo con verdad habló mal del publicano (LUCAS, 18-11); pero con todo, de nada le sirvió. Dime, ¿acaso no era publicano y pecador? Para cualquiera es cierto que era publicano, mas porque lo vituperó el fariseo, salió perdonado de todo.

¿Quieres corregir a un hermano? Lloro, ruega a Dios, tomándole aparte amonéstale, aconséjale, exhortale; también Pablo lo hacía así: dice: *“Y no sea que cuando yo vaya me humille de nuevo Dios entre vosotros; y tenga que llorar”* (castigando) *a muchos de los que antes pecaron, y (todavía) no han hecho penitencia de la impureza, y fornicación, y deshonestidad en que han vivido”* (2 CORINTIOS, 12-21). Declara tu caridad para con el pecador: persuádele que para cuidarle y curarle, no participando, le amonestas del pecado: abraza sus pies, bésalos, no te avergüences, si de veras quieres sanarle pronto.

CONFESIÓN. Esto hacen también los médicos muchas veces, cuando tienen algunos enfermos difíciles; con besos y ruegos los persuaden a tomar la medicina salutífera: tú también haz lo mismo, descubre al sacerdote la llaga: esto es lo propio de quien cuida, y provee, y aconseja bien.

Mas no sólo a los maldicientes, sino también a los que oyen que alguno es murmurado les amonesto que cierren los oídos y que imiten al profeta que decía: *“Al que calumniaba secretamente a su prójimo, a éste tal le he perseguido”* (SALMO 100-5).

Di al prójimo: ¿No hay alguno a quien alabes y recomiendes? Que abro los oídos, y lo recibiré como un bálsamo y ungüento; pero si quieres hablar mal, cierro el paso a las palabras, pues no aguanto que me echen encima cieno y basura. ¿Qué ganancia tengo yo en saber que él es un malvado? Más bien un grandísimo daño y quebranto. Háblale a él.

Cuidemos de lo nuestro, de cómo daremos cuenta de los pecados, y pongamos toda esta curiosidad y laboriosa investigación acerca de nuestra vida. Pues ¿qué excusa tendremos, qué perdón si en tanto que ni pensamos en lo nuestro, con tanta curiosidad escudriñamos lo ajeno? Así como es feo que el transeúnte se asome y mire lo interior de la casa, y es muy ignominioso, así lo es el andar muy solícito de la vida de otro, es bajeza suma.

Pero aún resulta más ridículo que, llevando esta clase de vida, y descuidando sus cosas, cuando han manifestado alguna cosa oculta, ruegan al oyente y perjuran, que no lo diga a otro; con lo cual decla-

ran que han cometido algo que merece reprensión. Porque si ruegas a aquél no lo diga a otro, mucho más debías tú primero no decirlo a éste. En seguro tenías la palabra: después de haberle traicionado, cuidas ahora de salvarle: si no quieres que sea llevado a otro, no lo digas tú: mas después que has traicionado la custodia de la palabra es superfluo e inútil el amonestar y rogar para la guarda de lo dicho.

Mas ¿es agradable la murmuración? Antes bien es agradable no murmurar. Porque quien murmura, después está perplejo, sospecha y teme, y se duele, y se muerde la lengua, temiendo y temblando, no sea que lo dicho a otros le acarree a él un gran peligro, y proporcione enemistad superflua e inútil a aquellos a quienes dijeron: mientras que bien seguro y muy satisfecho vivirá quien se dominó a sí mismo.

LA MURMURACIÓN HA DE SER EVITADA. “¿Oíste alguna palabra contra tu prójimo? Sepúltala en tu pecho, seguro de que no reventará” (ECLESIAÍSTICO, 19-10). ¿Qué significa *sepúltala en tu pecho*? Apágalo, entiérralo, no consientas que salga, ni que casi se mueva; pero sobre todo cuida y no tolere que otros hablen mal. Pero si alguna vez los hubieras oído, entiérralo, destruye el dicho, olvídalo, para que te parezcas a los que no lo oyeron, y con mucha paz y tranquilidad pases la vida presente.

Si los delatores aprendieren que los rechazamos más que a los acusados, al cabo desistirán de esa su mala costumbre y enmendarán el pecado, después alabarán y pregonarán que hemos sido sus curadores y bienhechores. Pues así como el decir bien y alabar es principio de amistad, así decir mal y calumniar es principio de enemistades, odios e injurias y motivo de interminables discordias. Por otra parte, no se descuidan nuestras cosas, sino a medida que cuidamos y curiosamente escudriñamos las ajenas, porque al maldiciente y al averiguador de vidas ajenas no queda tiempo para mirar alguna vez la propia, puesto que consumido todo su cuidado en curiosear lo de otros, necesariamente todo lo suyo está abandonado con temeraria negligencia. Pues hay que pensar que se procede bien si podemos aprovechar el ocio para dedicarnos a juzgar nuestros pecados: mas si siempre cuidas lo ajeno, ¿cuándo andarás solícito de tus males?

6. Huyamos, pues, queridos, huyamos la murmuración, sabedores de que todo esto es un abismo del diablo y una cueva de intrigas. Pues para que descuidemos lo nuestro y nos acarreamos mayor reato, nos guió el diablo a esta costumbre: aún más, no hay en ello este mal sólo que daremos cuenta de lo que hayamos dicho, sino también que así

hacemos más graves los pecados, privándonos de toda excusa, pues quien impaciente inquiera lo de otros, jamás alcanzará indulgencia de sus delitos. Que no sólo por la naturaleza de nuestros pecados, sino también por el juicio nuestro de los otros dictará Dios la sentencia: ya lo advirtió diciendo: “*No juzguéis, si no queréis ser juzgados*” (MATEO, 7-1), pues el pecado no sólo tal como fue, así aparecerá allí en lo futuro, sino que recibirá una adición grande e inevitable por el juicio formado en contra del convertido. Pues así como el humano, manso y clemente corta la mayor gravedad de los pecados, así el acerbo, y cruel, e implacable añade un gran peso a sus propios pecados.

Por tanto, eliminemos de nuestra boca toda murmuración, sabiendo que aun cuando comamos ceniza, de nada nos aprovechará tanta austeridad de vida, si no nos abstenemos de la detracción: que no es lo que entra lo que mancha al hombre, sino lo que sale de la boca (MATEO, 17, 18).

Si cuando tú pasas te arrojan basura, ¿no es cierto que te revolverías contra él con afrentas y contumelias? Pues haz esto contra los detractores. Porque no tanto impresiona la membrana del cerebro el hedor del estiércol removido, cuanto el de los pecados ajenos descubiertos, y la vida impura propalada suele perturbar y entristecer los ánimos de los que oyen.

Abstengámonos, pues, de la detracción, de palabras torpes, de la blasfemia, y no hablemos mal ni del prójimo, ni de Dios: porque muchos murmuradores llegaron a tanta rabia, que de los consiervos volvieron su lengua contra Dios. Y cuan grande mal sea esto, por lo que nos apura ahora, apréndelo. He aquí que es un hombre quien ha pasado la injuria, y todos tememos y temblamos, tanto los que infirieron la injuria como los que de nada de tales cosas tienen conocimiento, Dios empero es ofendido con injurias cada día: ¿qué digo cada día? Mejor diré a cada hora, por los ricos, por los pobres, por los tranquilos, por los afligidos, por los que calumnian, por los que comunican divulgando la calumnia, y nadie en parte alguna se preocupa de ello.

Por esto permitió que el consiervo fuese injuriado, para que por el peligro nacido de una contumelia veas la benignidad del Señor. Es más: esto es ahora lo primero que se ha cometido, y es único; sin embargo, ni por esto esperamos nosotros que hemos de conseguir perdón o excusa: a Dios, empero, le irritamos cada día, y no hacemos ninguna mudanza, y nos aguanta aún con toda longanimidad. ¿Has

visto cuan grande es la clemencia del Señor? Y en esta sedición los que pecaron están presos, y en la cárcel encerrados, y sufrieron el castigo, y, no obstante, aún tememos: todavía el injuriado no conoció los hechos, ni dio sentencia, y todos tememos, temblamos; pero Dios conoce las ofensas que cada día le son inferidas, y nadie se convierte por más clemente y manso que El sea. A El es suficiente confesar el pecado, y el crimen es absuelto; mientras que entre los hombres sucede todo lo contrario, cuando los reos confiesan, entonces son más castigados: lo que ha sucedido ahora.

DESCRIPCIÓN DE LA PRESENTE CALAMIDAD. Porque en verdad unos a espada, otros a fuego, y algunos por las fieras han perecido, no hombres sólo, sino hasta niños, y no les ha valido ni la falta de madurez de la edad ni el tumulto popular, ni que lo hicieron algunos agitados de furor diabólico, ni que la exacción resultaba intolerable, ni la pobreza, ni que el pecado fue común, ni el prometer que nunca más se permitiría cosa parecida, ni nada en absoluto los libró, sino que sin ninguna compasión eran llevados al precipicio, llevándolos vigilados entre soldados armados para que nadie arrebatase a los reos, y seguían las madres viendo desde lejos a los hijos, que habían sido arrebatados, pero sin atreverse a llorar la calamidad, pues el temor podía al afecto, y el miedo se sobreponía a la naturaleza. Y así como los hombres que presencian un naufragio conduelen a los náufragos, pero ni pueden acercarse ni salvar a los sumergidos, así también aquí, como por unas olas, las madres con el temor de los soldados estaban cohibidas, no sólo no se atrevían a acercarse y a arrancarlos de la muerte, sino que aun a llorar no osaban. ¿Es que por esto no conjeturáis cuán inefable es la misericordia de Dios? ¿Cuán infinita? ¿Cómo excede a toda ponderación? Aquí en verdad el ofendido es de la misma naturaleza, una sola vez lo ha sido en todo el tiempo, y no en presencia, ni en persona, ni viéndolo, ni oyéndolo, y con todo ni un solo reo alcanzó perdón: mas de Dios nada de esto puede decirse, porque es tanta la diferencia entre Dios y el hombre, cuanto nadie puede expresar con palabras: cada día es ofendido estando presente y viéndolo, y oyéndolo, y ni lanzó un rayo, ni mandó al mar que inundara la tierra y sumergiese a todos, ni que se abriese la tierra, ni le mandó que se tragase a los temerarios, sino que tolera todo con longanimidad, y promete que perdonará a los autores de la contumelia, con sólo que hagan penitencia y prometan que no volverán a hacerlo más. Ahora en verdad es el tiempo de exclamar: *¿Quién podrá contar las obras*

del poder de Dios, ni pregonar todas sus alabanzas? (SALMO 105-2). Porque no sólo derribaron las imágenes de Dios, sino que las pisotearon. Que cuando atormentas al reo, cuando lo despojas, cuando lo arrastras, cuando lo aterras, pisoteas la imagen de Dios. Escucha a lo menos a Pablo, que dice que el varón no ha de cubrir la cabeza, porque es la imagen y la gloria de Dios, y otra vez al mismo Dios cuando dice: *Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra* (GÉNESIS, 1-26).

Pero si me replicas que Dios y el hombre no son de la misma sustancia, ¿qué diré? Pues tampoco el bronce de la estatua es de la misma naturaleza que el Emperador, pero con todo, los que osaron ultrajarla pagaron la pena; así también entre los hombres, aunque éstos no son de la misma sustancia que Dios, como en verdad no lo son, son, no obstante, llamados imagen, y por este apellido les era debido el recibir honor. Mas tú por un poquito de oro los pisas, atormentas, arrastras y hasta ahora no has pagado pena alguna.

FRECUENTES TERREMOTOS EN ANTIOQUÍA. No hagamos, pues, ahora lo que siempre hacemos. Porque con los terremotos que nos alcanzan y con el hambre y la sequía, nos moderamos durante tres o cuatro días, nos hacemos más humanos, y otra vez volvemos a las andadas: por esto sobrevinieron estas cosas. Pero ya que no antes, ahora por lo menos, seamos permanentes en la misma piedad, y guardemos la misma mansedumbre, para que no tengamos necesidad de otro azote.

¿Es que Dios no tenía poder para impedir lo que ha ocurrido? Mas lo ha permitido para que los que le desprecian, por miedo del consiervo se hiciesen mejores. Ni se me diga que muchos de los culpables han huido, y muchos inocentes pagaron la pena, pues con frecuencia oigo a muchos repetir esto, no sólo por esta sedición, sino en muchas otras parecidas ocasiones. ¿Qué se ha de responder a los que así objetan? Que por más que en la presente sedición fuera inocente aquel que fue prendido, sin embargo otro pecado más grave cometió alguna vez; no se convirtió después, ahora lo pagó. porque esta es manera de proceder Dios: en habiendo pecado, no castiga inmediatamente los pecados, sino que lo dilata, para darnos tiempo de penitencia, para que nos corriamos y enmendemos; pero si no satisfaciendo, despreciamos el pecado que juzgamos perdonado, cuando menos lo pensemos, somos del todo sorprendidos por cosas como éstas. Y esto sucede para que, cuando pecamos y no hemos sido castigados, no confieemos, si no nos hemos convertido, sabiendo que cuando no pensamos,

cierto es que caeremos. Así, pues, si pecaste y no has recibido castigo, querido, no te burles; antes por esto mismo teme más, conociendo que es fácil para Dios, cuando quiera, darlo a su vez. Puesto que por esto no te ha castigado, para que tengas tiempo de penitencia.

Así, pues, no digamos que aquél, sin tener crimen, ha caído, y el otro autor del crimen ha huido. Porque el inocente castigado, como antes he dicho, sufre las penas de otros pecados y el que ahora huyó, como no se haya convertido, en otro lazo será cogido. Si en esta disposición estamos, nunca nos olvidaremos de los pecados propios, sino que siempre con temor y temblor de comparecer en juicio en un momento, con facilidad los recordaremos. Porque nada hay más eficaz para refrescar la memoria de los pecados que la pena y el castigo, y claro se vio esto en los hermanos de José. Pues habiendo vendido al justo, y habiendo transcurrido trece años, temiendo ser castigados, y por la vida, se acordaron del pecado, y decían entre ellos: *Justamente padecemos lo que padecemos, por haber pecado contra nuestro hermano* (GÉNESIS, 42-21).

¿Adiertes cómo aquel miedo los avisó de su pecado? Y cuando pecaban, en verdad no lo sentían; pero cuando tenían miedo de ser castigados, entonces se acordaron.

EXHORTACIÓN MORAL. Conociendo, pues, todo esto, mudemos y corrijamos la vida, y antes que de vernos libres de la actual angustia, pensemos en la religión y en la virtud. Y mientras tanto quiero recomendaros tres mandamientos, para que me los cumpláis en el ayuno de Cuaresma: de nadie murmuréis, no tengáis enemigo y arrojad de vuestros labios la perversa costumbre de los juramentos. Y así como cuando se oye el pregón de un impuesto de oro cada uno, yendo a casa y llamando a la mujer, a los hijos, a los siervos, trata con ellos y consulta sobre el modo de pagar aquel tributo, así también hagamos con estos mandatos espirituales. Vuelto cada uno a casa, llame a la mujer y a los hijos y diga: hoy se nos ha impuesto un espiritual tributo, un tributo, digo, por el que habrá una solución y liberación de estos males, un tributo que no empobrece, antes enriquece a los que pagan: que *no tengamos a ninguno por enemigo*, que *de ninguno murmuremos*, que en absoluto *no juremos*. Pensemos, pongamos cuidado, consultemos cómo cumpliremos estos mandamientos, pongamos todo empeño, uno a otro alentémonos, corrijámonos, para que no salgamos de aquí deudores, tengamos después que pedir prestado a otros, oigamos lo que las vírgenes fatuas y perdamos la salvación eterna.

Si de este modo arreglamos el tenor de la vida, desde aquí os aseguro y prometo que se dará alguna solución a la presente calamidad, y la liberación de estos males, y lo que vale más que todo, el fruto de los bienes venideros. En verdad había que inculcaros todas las virtudes; pero juzgo que éste es el modo mejor de corregirse, que por partes cumplamos la ley recibida, y después vayamos a otras. Pues así como en un campo cultivado el labrador cavando poco a poco llega a concluirlo, así nosotros, si nos ponemos esta ley, que durante la presente Cuaresma observemos estos tres mandamientos, sin duda una vez que hayamos probado la prudente custodia de tal costumbre, más fácilmente pasaremos a lo demás, y llegando a la cumbre de la disciplina, entonces pasaremos la vida presente confiados, y en la futura asistiremos con Cristo muy tranquilos y gozaremos de los bienes arcanos, lo que nos sea dado conseguir por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 4

1. Bendito sea Dios, que ha consolado vuestras entristecidas almas y ha confirmado vuestras vacilantes mentes: pues que hayáis recibido consolación se me patentiza por este vuestro cuidado y prontitud para oír. Que no es dable que una alma doliente y oprimida por una nube de tristeza pueda con prontitud escuchar lo que se dice, y a vosotros veo con gran benevolencia y esmerado empeño atendiéndonos desechados todos los motivos tristes, y que habéis rechazado la presente angustia con el deseo de oír. Por lo cual doy con vosotros gracias a Dios, porque la miseria no venció a vuestra prudencia, ni el temor ha hecho remiso vuestro vigor, ni la tribulación ha apagado

vuestro entusiasmo, ni la grandeza del peligro ha hecho descaecer vuestro celo, ni el temor de los hombres se ha sobrepuesto al amor para con Dios, ni la desgracia del tiempo ha derribado vuestro empeño; no sólo no lo ha derribado, que lo ha consolidado; no sólo no lo ha remitido, que lo ha activado; no sólo no lo ha apagado, que lo ha más encendido. La plaza, en verdad, está vacía, pero la iglesia está llena: aquello es motivo de llanto, esto es ocasión de gozo y alegría espiritual. Así que cuando fueres a la plaza, oh mi querido, y suspires al mirar aquella soledad, acógete a la madre, y al momento te consolará con la muchedumbre de los hijos propios y ahuyentará toda tristeza, al mostrarte la compacta multitud de los hermanos. Cierto, en la ciudad deseamos ver hombres, como si habitásemos los desiertos; pero al acudir a la iglesia quedamos oprimidos por el gentío. Y así como con mar agitado y embravecido con grandes tempestades el miedo obliga a todos a refugiarse al puerto, así también ahora las tormentas del foro y el invierno de la ciudad a todos empujan por doquiera hacia la iglesia, y estrechan con lazo de caridad a los miembros entre sí.

Demos, pues, gracias a Dios también por estas cosas, porque hemos recogido tanto provecho de la tribulación, porque de la tentación hemos sacado tanta utilidad. Sin prueba, no hay corona; sin luchas, no hay premios; sin estadios, no hay honores; sin tribulación, no hay descanso; sin invierno, ni hibierno ni estío. Y esto no sólo en los hombres, que aun en las semillas mismas puede observarse. También en éstas ha de haber mucha lluvia, muchas nevadas y finalmente, mucho hielo, para que la espiga que brota en primavera salga pujante: pues cuando tiempo de simiente, tiempo de lluvia igualmente.

Por tanto, después que también ahora ha venido el invierno, el invierno de las almas, no del aire: sembremos también nosotros en este hibierno, para que seguemos en el estío: sembremos lágrimas, para que seguemos alegría. Este dicho no es mío, es anuncio del profeta, que dice: *Aquellos que sembraban con lágrimas segarán llenos de júbilo* (SALMO 105-5). La lluvia que ha caído no hace germinar y crecer las semillas tanto, como a la piedad excita y hace brotar la lluvia procedente de lágrimas: ésta limpia el alma, riega la mente, hace que en breve prospere el germen de la doctrina, por lo cual es preciso abrir surco profundo, pues hasta esto advirtió el profeta diciendo así: *Preparad vuestro barbecho y no sembréis sobre espinas* (JEREMÍAS, 4-3). Por tanto, como el que profundiza con el arado surca

la tierra, preparando buen suelo a la simiente, para que no quede tirada en la sobrehaz, sino que sea encerrada en los senos de la tierra, y en seguro eche raíces, así es necesario que hagamos, y aprovechando como arado la tribulación, rompamos lo hondo del corazón: que esto nos avisa también otro profeta, que dice: *Rasgad vuestros corazones y no vuestros vestidos* (JOEL, 2-13).

Rompamos, pues, los corazones, para que si alguna mala yerba y engañoso pensamiento hay en nosotros, la arranquemos de raíz, y tengamos limpias las tierras para las semillas de piedad. Pues si ahora no nos renovamos, no sembramos, si ahora no derramamos lágrimas, ahora que tenemos tribulación y ayuno, ¿cuándo llegaremos a tener compunción? ¿Acaso cuando el perdón y las delicias sobrevinieren? Mas esto no puede ser, porque el sosiego y los placeres acostumbran a hacer perezosos, así como los trabajos despiertan los deseos, y hacen reflexionar al alma que vagaba exteriormente y preocupada. No estamos pues, sentidos de esta tristeza, sino demos gracias a Dios, porque hay mucha ganancia de esta tribulación. Que también cuando el labrador ha sembrado las semillas con mucho trabajo recogidas, desea que venga la lluvia, y el ignorante que ve todo lo que se hace, se admirará y quizá dirá en sus adentros: ¿Pues qué hace este hombre? Desparra- ma lo recogido, y no sólo lo derrama, sino que cuidadosamente lo envuelve en la tierra para que no se pueda recoger fácilmente, y no lo entierra tan sólo, sino que desea una fuerte lluvia para que todo lo tirado se pudra y se haga barro. Y se espantará oyendo retumbar los truenos y brillar los relámpagos, mientras que el labrador no así, sino que se alegra y goza al ver la tormenta, porque no mira a lo presente, sino que espera lo venidero; no se para en ver los rayos, sino que cuenta los manojos; no atiende a que las simientes se pudren, sino a las hinchadas espigas; no a la fuerte lluvia, sino al gratísimo polvo de la era.

Lo mismo nosotros no miremos a la presente tribulación o al dolor, sino a la utilidad que de ella sale, y a los frutos que de ella nacen: miremos las hacinas de la era, pues como vigilemos, podremos cosechar muchos frutos por este tiempo y llenar el depósito o alhacena de nuestra alma; como vigilemos, no solamente no padeceremos algo grave por esta tribulación, sino que recibiremos innumerables bienes; pero *si nos quedamos aturcidos, la inacción nos perderá*. Porque al desidioso todo le daña; pero al que vive con diligencia todo le aprovecha. Y así como el oro, aunque esté sumergido, conserva su propia

hermosura, o si cae en el fuego, de nuevo aparece más brillante; mientras que el lodo y el heno, si ocurre que se mezclan con agua, éste se pudre y aquél se disuelve, o si caen en el fuego, éste se tuesta y aquél se quema: así ciertamente el justo y el pecador: aquél en verdad si goza del perdón, como el oro sumergido en el agua, queda resplandeciente; si entra en la prueba, como el oro acrisolado con el fuego, tórnase más resplandeciente; el pecador, empero, ya consiga el perdón, se disuelve y se marchita, como el heno y el barro que están en agua sumergidos; ya se halle en tentación, se quema y se pierde, como el heno y el lodo en el fuego.

2. FRUTOS DE LAS CALAMIDADES. No nos consumamos por los presentes males, porque si estás en pecado fácilmente se queman y destruyen por la tribulación; pero si estás dotado de virtud, te abrillantas y resplandeces por ella; si continuamente vigilas y eres sobrio, serás superior a todo daño. Que no es la índole de las tentaciones, sino la pereza de los tentados la que suele producir ruinas.

Así, pues, si quieres gozar y conseguir el descanso y el placer, no busques ni el placer ni el descanso; busca, empero, una alma llena de paciencia y capaz de ostentar la tolerancia, porque si esto no tienes, no sólo te podrá la tentación, sino que hasta el descanso te perderá y te abatirá más.

Y que no es la acometida de casos graves, sino la pereza de nuestra alma la que arruina nuestra salvación, oye lo que Cristo dice: *Cualquiera que escucha estas mis instrucciones, y las practica, será semejante a un hombre cuerdo que fundó su casa sobre piedra, y cayeron las lluvias, y los ríos salieron de madre, y soplaron los vientos, y dieron con ímpetu contra la tal casa, mas no fue destruida: porque estaba fundada sobre piedra. Pero cualquiera que oye estas instrucciones que doy, y no las pone por obra será semejante a un hombre loco que fabricó su casa sobre arena, y cayeron las lluvias, y los ríos salieron de madre, y soplaron los vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa, la cual se derrumbó, y su ruina fue grande* (MATEO, 7-24, 25, 26, 27).

¿Adviertes cómo no es la acometida de las tentaciones, sino la imprudencia de los que edifican, lo que ocasionó la ruina? Porque allí lluvia, y aquí lluvia, y allí avenidas, y aquí avenidas, allí vientos huracanados, y aquí lo mismo; aquél edificó y éste edificó; la misma es la edificación y también las tentaciones o pruebas; pero no es el mismo fin, porque no tienen el mismo fundamento. No fue, pues, la

naturaleza de las pruebas, sino la imprudencia del que edifica, la que causó la ruina; de otra suerte habría de haber caído la casa edificada sobre piedra; cuando vemos que nada de esto ha sufrido.

Mas no penséis que esto se dijo de la casa, porque del alma que por las obras prueba o rechaza para oír la divina palabra trata esta sentencia.

Así Job edificó su alma: cayó la lluvia, porque fuego bajó del cielo y abrasó todos los rebaños (JOB, 1-16, 19); vinieron los ríos, es decir, los frecuentes, continuos y no interrumpidos nuncios de las calamidades; éste, de los rebaños, y aquél, de los camellos, y el otro, finalmente, anunciando la muerte de los hijos: soplaron los vientos, las amargas palabras de la mujer: *¿Todavía permaneces en tu (estúpida) simplicidad? Sí: bendice a Dios y muérete* (JOB, 2-9); y no cayó la casa, no fue suplantada el alma, no blasfemó el justo, sino que hasta dio gracias, diciendo así: *El Señor me lo dio (todo); el Señor me lo ha quitado; se ha hecho lo que es de su agrado; bendito sea el nombre del Señor* (JOB, 1-21). *¿Ves como no es la índole de las tentaciones, sino la ignavia de los perezosos la que suele producir ruina? Pero al varón fuerte la tribulación le vuelve más esforzado. ¿Quién lo dice? El bienaventurado Pablo, criado en trabajos, diciendo así: La tribulación ejercita la paciencia, la paciencia la prueba, y la prueba (produce) esperanza* (ROMANOS, 5-3, 4).

Y como a los árboles robustos el ímpetu de los vientos que sopla y los bambolea a todos los lados no los arranca, y sí los vuelve más robustos y más arraigados con las sacudidas, así también al alma santa y que vive piadosamente los bamboleos de las tentaciones y tribulaciones no la aterran, antes bien, la excitan a mayor paciencia; así como al santo Job le hicieron más espléndido y digno de veneración.

Ahora cierto que contra nosotros está airado un hombre, y un hombre que está sujeto a las mismas pasiones, dotado de un alma semejante, y hemos temido; mas entonces aquel demonio maligno y fiero estaba airado, y no sólo se enfurecía, sino que ponía en movimiento todas sus artimañas y empleaba toda su astucia; pero ni aun así logró vencer la fortaleza del justo. Y a la verdad, siendo éste un hombre, que ora se aíra, ora se reconcilia, con todo estamos muertos de miedo. Y entonces era el diablo el que impugnaba, el que nunca se reconcilia con el hombre, sino que tiene declarada guerra sin cuartel y lucha sin tregua a nuestro linaje, y, a pesar de esto, el justo burló (los

tiros y) saetas. ¿Pues qué excusa, qué perdón podemos tener, no soportando las pruebas humanas los que durante tanto tiempo hablamos de la gracia, cuando aquél antes de la gracia y en el Antiguo Testamento tan valientemente soportó guerra tan intolerable?

BUEN CAMBIO NACIDO DE LA CALAMIDAD. Por tanto, muy amados, tratemos siempre entre nosotros estas cosas, y exhortémonos mutuamente con estas conversaciones. Porque vosotros sois testigos y vuestra conciencia de cuán grande utilidad hemos reportado de esta prueba. Pues el disoluto se ha hecho modesto; el fiero, más humano; el perezoso, diligente; los que jamás habían visto una iglesia, sino que gastaban totalmente los días en teatros, ahora se pasan todo el día en la iglesia. ¿Es que te duele que Dios te haya hecho bueno con el temor? ¿Que por la tribulación te haya guiado al deseo de salvarte?

Pero ¿está atormentada tu conciencia? ¿Acaso diariamente se amedrenta tu alma previendo la muerte y las mayores amenazas? Mas también de aquí tendremos una grande ventaja, creciendo en nosotros la religión por motivo de la angustia. Porque puede Dios disipar hoy mismo todo esto grave; pero hasta que nos vea purgados, hasta que vea hecho el cambio, y una penitencia firme y constante no disuelve la tribulación. Porque el aurífice, hasta tanto que no ve el oro purificado del todo, no lo saca del crisol; así hace Dios, no quita esta tribulación hasta que nos haya enmendado. Pues el que permitió la tentación ya conoce el tiempo de que sea disipada. Y así como el citarista ni tensa tanto que estalle la cuerda, ni la deja floja más de lo debido, para que no desentone, así lo hace Dios, no pone nuestra alma ni en continuo reposo, ni en perpetua tribulación haciendo una y otra cosa según su prudencia, pues no nos consiente que estemos en continuo descanso para que no nos hagamos más descuidados, y no nos deja en tribulación perpetua para que no decaigamos y no desesperemos.

3. Dejemos, pues, a El el tiempo de que se acabe la calamidad y nosotros entre tanto a rogar y a vivir santamente. Que nuestro trabajo es el de convertinos a la virtud y el de Dios es poner fin a los males presentes. Porque El, más que tú que estás tentado, desea apagar este incendio; mas espera tu salvación. Así como del descanso brotó la tribulación, así de la tribulación conviene esperar el descanso. Ni siempre invierno, ni siempre estío, ni siempre tempestad, ni siempre tranquilidad, ni siempre noche, ni día continuo; así que no siempre tribulación, sino que habrá descanso, con tal que en la tribulación demos siempre gracias a Dios.

Pues los Tres Jóvenes fueron echados en el horno, y ni así se olvidaron de la religión, ni se espantaron de las llamas, sino que más solícitamente que los que en sus habitaciones estuvieran sentados y sin nada padecer, aunque rodeados de fuego, exhalaban aquellas preces sagradas. Por eso el fuego les sirvió de muro; las llamas, de vestido; el horno, de fuente refrigerante; y el que los recibió atados, los devolvió desatados; recibió cuerpos mortales y los respetó como a inmortales; no usó de su naturaleza y reverenció a la piedad; el tirano ató los pies, y los pies ataron la fuerza del fuego. ¡Oh cosa admirable! A los atados suelta la llama, y a la vez la llama es detenida por los atados, porque cambió la natural condición de las cosas la piedad de los adolescentes; aún más, que no cambió la naturaleza, sino que contuvo la fuerza de la naturaleza permanente: que no apagó el fuego, sino que, ardiendo, lo hizo ineficaz, y lo que es de admirar y estupendo, esto verificóse no tan sólo en los cuerpos santos, sino también en los vestidos y calzados de los mismos, y como en los Apóstoles, los vestidos de Pablo curaban las enfermedades y arrojaban los demonios, y la sombra de Pedro ahuyentaba la muerte; así también aquí apagaron el poder del fuego los calzados de los Jóvenes. No acierto a decirlo: el milagro trasciende a toda narración de palabras. Porque la fuerza estaba apagada y no apagada, porque cuando estaba aplicada a los cuerpos de aquellos santos estaba apagada; pero cuando hubo que romper las ataduras, no estaba apagada; de modo que rompió los grillos, y no tocó a los pies. ¿Ves cuán cerca estaban? Ni de su natural actividad estuvo privado el fuego, ni se permitió pasar a más que los grillos. Ató el tirano, desató la llama, para que te des cuenta de la crueldad del tirano, y de la obediencia del elemento. Mas ¿por qué causa para echarlos en el fuego los ató? Para que se verificase milagro mayor, como señal más admirable; para que no pensases que lo que se estaba viendo era ilusión de los ojos, porque de no haber sido fuego aquel fuego, no habría quemado las ataduras, no hubiera abrasado a los soldados que estaban fuera sentados, lo cual fue mucho más. Ahora bien, mientras para los que estaban afuera muestra su poder, para los que estaban dentro muestra la obediencia.

Mas tú pondera siempre conmigo, como el diablo por lo mismo con que combate a los siervos de Dios, por lo mismo destruye su propia fuerza, no de buen grado, sino por la sabiduría y providencia de Dios, que usando las mismas armas y tretas de él, las emplea en contra; como también aquí se verificó. Porque allí insinuándose en-

tonces al tirano, ni permitió que las cabezas de los santos fuesen cortadas con la espada, ni echados a las fieras, ni que fuesen de algún otro modo atormentados: persuadió, empero, que fuesen arrojados en el fuego para que ni reliquias quedaran de los santos, consumidos los mismos cuerpos, y mezcladas sus cenizas con las cenizas de las leñas; pero Dios aprovechó todo esto para la destrucción de la impiedad, y de la manera que poco ha os decía.

ENTRE LOS PERSAS EL FUEGO ES TENIDO POR DIOS. Entre los Persas se cree que Dios es el fuego, y aun ahora lo veneran con mucho culto los bárbaros habitantes de aquella región. Queriendo, pues, Dios arrancar de raíz la causa de la impiedad, autorizó este modo de pena para otorgar a sus servidores una victoria en presencia de todos los adoradores del fuego; queriendo persuadirles por medio de prodigios que los dioses de los gentiles temen, no tan sólo a Dios, sino a los servidores de Dios.

4. Y contempla la corona de la victoria tejida por los contrarios, y a los enemigos puestos como testigos del trofeo. *“Mandó el rey Nabucodonosor juntar los sátrapas, magistrados y jueces, los capitanes y grandes señores, y los prefectos y los gobernadores todos de las provincias para que asistiesen a la dedicación de la estatua que había levantado el rey Nabucodonosor”* (DANIEL, 3-2).

El enemigo prepara el teatro y reúne espectadores, dispone el estadio y él mismo convoca al espectáculo, y teatro no de hombres vulgares, no de particulares, sino de todos los honorables, de todos los magistrados, para que el testimonio sea digno de fe ante muchos. Habían venido llamados a presenciar un espectáculo, y se fueron todos habiendo visto un otro. Vinieron para adorar la estatua, y de hecho se burlaron de la estatua; mas se fueron habiendo admirado el poder de Dios en los prodigios obrados en los Niños.

Y observa en dónde había dispuesto el estadio: no en la ciudad o en algún campo, sino en la llanura despejada está situado, porque en la campiña de Deira, fuera de la ciudad, levantó la estatua, y pasando un pregonero exclamaba: *“A vosotros, oh pueblos, tribus y lenguas se os manda que en el mismo punto que oyereis el sonido de la trompeta, de la flauta, del arpa, de la zampoña, y del salterio, y de la sinfonía, y de toda especie de instrumentos músicos, postrándoos, adoréis la estatua de oro erigida por el rey Nabucodonosor. Que si alguno no se postrare y no la adoraré, en el mismo momento será arrojado en un horno de fuego ardiente”* (DANIEL, 3-4, 6).

¿Te has dado cuenta de los difíciles combates que había preparado, de cuántas violencias insidiosas, de cuán hondo abismo y precipicio de ambos lados? Pero no temas: cuanto el enemigo más acreciere sus maquinaciones, tanto más demuestra la fortaleza de los Jóvenes. Pues para esto tantos conciertos de los músicos, para esto el horno ardiendo, para que o el placer o el temor se posesionasen de los ánimos de los asistentes. ¿Hay entre éstos alguno que es duro e inflexible? Que le ablande la placentera melodía de toda suerte de música, dice. Y ¿si se hace superior a esta insidia? Que le aterrorice y mueva el aspecto de las llamas. Y había temor y placer, éste por los oídos, aquél por los ojos insinuándose en el alma.

Con todo nada de esto venció la generosidad de aquellos adolescentes, sino que así como echados al fuego vencieron la llama, así se burlaron de toda concupiscencia y ansiedad. Porque el diablo había preparado todo esto por causa de ellos: que no dudaba de los súbditos, antes confiaba más bien que ninguno se había de oponer al decreto del rey; mas luego que todos cayeron y fueron vencidos, entonces fue cuando solos los Jóvenes fueron sacados al medio, para que así también la victoria sea más esclarecida, al vencer entre tanta muchedumbre y ser proclamados vencedores, pues no hubiera sido tan admirable si antes de que ninguno se hubiera postrado, ellos los primeros se hubieran portado valientemente.

Y esto es lo más grande y admirable, que la muchedumbre de adoradores ni los aterrorizó, ni los doblegó. No dijeron para sus adentros lo que muchos suelen con frecuencia decir: Si nosotros adorásemos los primeros la estatua, sería pecado; pero si lo hacemos con tantos millares, ¿quién no dará el perdón? ¿Quién no nos juzgará dignos de excusa? Mas ellos nada parecido dijeron, ni pensaron, habiendo visto las adoraciones de tantos principales.

Tú, empero, mira con atención, ya la malicia de los calumniadores suyos, ya cuán ímproba y acerbamente los acusaron. Dijeron: “*Hay, pues, (tres) hombres entre los judíos a los cuales tú constituiste sobre los negocios de la provincia de Babilonia*” (DANIEL, 3-12). Porque no sólo mencionaron la nación, sino que recordaron el honor, para encender la ira del rey, no diciendo tan sólo: los siervos, que no tienen ciudad, cautivos, los hiciste nuestros príncipes; mas ellos a tanto honor corresponden con contumelia, y se portan con insolencia para con quien los ha honrado. Por lo cual dicen: “*Estos hombres han despreciado, oh rey, tu decreto; no dan culto a tus dioses, ni adoran la estatua de oro que has levantado*” (DANIEL, 3-12).

La mayor alabanza es la acusación, y los crímenes se convierten en alabanzas, siendo los mismos enemigos los que dan un indubitable testimonio. Y el rey, ¿qué? Manda que le sean presentados, para aterrorizarlos por todas partes. Pero nada los consternó, no el furor del rey, no el que se hallen abandonados en medio de tanta turba, no el fuego previsto, no las trompetas sonando, no los ojos encendidos de todos los que los miran, sino que riéndose de todo esto, lo mismo que si hubiesen de ser echados en una fresca fuente, entraron en el horno, diciendo aquella dichosa palabra: *“Nosotros no daremos culto a tus dioses, ni adoraremos la estatua de oro que has levantado”* (DANIEL, 3-18).

He referido esta historia, no sin motivo, sino para que aprendáis que, aunque amenace la ira real, y las insidias de los soldados, y la envidia de los enemigos, y el cautiverio, y la privación, y el fuego, y el horno, y mil otras cosas, al justo nada podrá vencerle ni espantarle.

Pues si cuando el rey era impío no temieron unos adolescentes el furor del tirano, mucho más hemos de confiar nosotros, que tenemos un Emperador benigno y manso y enseñados por lo dicho a dar gracias a Dios por esta tribulación, y que con las calamidades nos hacemos más esclarecidos, ora ante Dios, ora ante los hombres, si las sabemos sobrellevar con ánimo generoso. Porque de no haber sido éstos siervos, no hubiéramos conocido la libertad de ellos; si no hubieran estado cautivos, no hubiéramos aprendido la nobleza de su alma; si no hubiesen perdido la patria inferior, no hubiéramos apreciado que su virtud era de la patria superior; si el rey terreno no se hubiese airado contra ellos, no hubiéramos oído la benevolencia que el Rey del cielo tenía para con ellos.

5. Así es que si tú le tienes benévolo, aunque caigas en un horno, no desesperes; pero como esté irritado, aunque estés en un paraíso, no confíes. Porque en el paraíso estaba Adán, y después que irritó a Dios nada le aprovechó el paraíso: en el horno estaban éstos (los Jóvenes), y cuando se condujeron bien, nada les dañó el horno. En el paraíso estaba Adán, y porque estaba indolente, fue derribado: en un muladar estaba Job, y porque vigilaba, venció. Y ¡cuánto mejor es el paraíso que el muladar! Mas no fue el lugar lo que aprovechó a su morador, después que aquél traicionó a sí mismo, como tampoco la vileza del lugar perjudicó al que estaba por todas partes defendido.

Nosotros también pertrechemos nuestra alma, pues ya se nos imponga una multa en dinero, ya la muerte, si nadie deja la piedad,

somos más felices que todos. Y esto mandó Cristo diciendo: “*Habéis de ser prudentes como serpientes...*” (MATEO, 10-16). Pues así como ésta presenta todo el cuerpo, para guardar la cabeza, así también tú: sean los dineros, sea el cuerpo, sea la vida presente, aunque se haya de perder todo, para conservar la piedad, no te entristezcas. Porque si partieres de aquí teniéndola, Dios te lo dará todo con más esplendor, y te restituirá el cuerpo con mayor gloria de nuevo, y en lugar de dineros, unos bienes que no pueden con ningunas palabras expresarse. ¿Acaso no estaba Job sentado en un muladar, llevando una vida más amarga que innumerables muertes? Mas porque no abandonó la piedad, con mayor gloria volvieron todos los anteriores bienes, la salud y hermosura del cuerpo, toda la corona de los hijos, todas las posesiones; y lo más grande de todo, una espléndida gloria de la paciencia. Porque a semejanza de lo que pasa en los árboles, que si alguien quita el fruto con las hojas y poda todas las ramas, como quede la raíz, brota de nuevo todo con más fuerza; así también en nosotros, si la raíz de la piedad permanece, aunque sean arrebatadas las riquezas y el cuerpo se corrompa, después se nos devuelve todo con mayor gloria.

Por tanto, dejando toda solicitud y superfluo cuidado de la vida, volvamos a nosotros mismos, el cuerpo y el alma adornemos con el ornato de la virtud, hagamos los miembros de nuestro cuerpo asiento de la justicia y no del pecado, y sobre todo la lengua, para que haciéndola ministra de la gracia espiritual, alejemos de nuestra boca todo veneno y maldad y el pronunciar palabras torpes.

Porque en nosotros está el hacer que cada uno de nuestros miembros sea instrumento ya de la malicia, ya de la justicia. Escucha, pues, cómo unos hicieron la lengua instrumento de pecado, y otros de justicia. *Su lengua (es) tajante espada* (SALMO 56-5). Mas otro dice de su lengua: *Mi lengua es pluma de amanuense que escribe muy ligero* (SALMO 44-2). La primera causó la muerte, esta segunda escribía la ley divina; por lo cual era aquélla una espada y ésta una pluma, no por la índole de su naturaleza, sino por la elección de los que la usan. La condición natural de la lengua en éste y en aquél la misma era, mas el uso no era el mismo. Y en la boca se puede observar otro tanto: que unos en realidad tenían la boca llena de veneno y maldad; por esto ahincando decía: *Llena está su boca de maldición y de amargura* (SALMO 13-3); mas no así la propia, sino que “*mi boca proferirá sabiduría, y la meditación de mi espíritu, prudencia* (SALMO 48-4).

Y nuevamente otros tenían las manos llenas de iniquidad, y acu-

sándolos decía otra vez: *En cuyas manos no se ve más que iniquidad, y cuya diestra está toda llena de sobornos* (SALMO 25-10). El empero tenía sus manos acostumbradas a no hacer nada más que levantarse al cielo; por lo cual decía de ella: *Se la elevación de mis manos* (acepta) *como el sacrificio de la tarde* (SALMO 140-2).

También en el corazón puede verse esto, pues el corazón de algunos está vacío, más el suyo era sin cero, por lo que decía de aquellos: *Su corazón está lleno de vanidad* (SALMO, 5-10), mientras dice del suyo: *Hirviendo está el pecho* (corazón) *mío en sublimes pensamientos* (SALMO, 44-2). Y también del oído puede notarse, porque algunos tenían oído de bestias, inhumano e implacable, y para vituperarlos decía: *como el del áspid que se hace sordo, que se tapa las orejas* (SALMO, 57-5); mas el suyo era el receptor de los oráculos divinos, y esto lo declaró diciendo: *"Tendré atento el oído a la parábola, al son del salterio descifraré mi enigma"* (SALMO, 48-5).

5. EXHORTACIÓN MORAL. Sabiendo, pues, estas cosas, pertrechémonos de virtud por todas partes, y así alejaremos la ira de Dios, y hagamos a los miembros de nuestro cuerpo armas de justicia, y establezcamos que los ojos, la lengua, las manos, los pies, el corazón y todo el cuerpo sólo sean útiles para la virtud, y recordemos aquellas tres cosas de que hablado he a vuestra caridad, al pedirlos que a nadie tengáis como enemigo, ni habléis mal de ninguno de los que os hayan injuriado, y alejéis de vuestra boca la ímproba costumbre de los juramentos. Y otro día os enseñaré sobre dos mandamientos; pero por esta semana os diremos de los juramentos, comenzando por lo más fácil, porque ningún trabajo hay en vencer la costumbre de los juramentos, si queremos poner un poquito de cuidado, avisándonos mutuamente, amonestándonos, observándonos y exigiendo cuenta y poniendo penas a los que se hayan olvidado.

Porque pregunto yo: ¿cuál es la utilidad de la abstinencia de los alimentos, si no arrojamus las malas costumbres fuera del alma? He aquí que hoy hemos pasado todo el día de ayuno, y por la tarde pondremos la mesa, no semejante a la ayer, sino cambiada y más honesta. Pero ¿es que alguno de nosotros puede decir que hoy ha cambiado la vida, como la mesa, que ha dejado la mala costumbre, como deja la comida? En verdad no lo pienso. Entonces, ¿cuál es para nosotros la utilidad del ayuno?

Por esto exhorto, y no cesaré de exhortar, que tomando cada mandamiento por separado, os dediquéis dos o tres días a cumplirlo. Y así

como hay algunos que se emulan en la abstinencia de alimentos y llevan una contienda digna de ser admirada, y éstos se pasan los días enteros en ayunas, y aquellos retirando de la mesa no sólo el vino y el aceite sino toda clase de viandas, con sólo pan y agua, pasan toda la Cuaresma; así también nosotros contendamos mutuamente, para quitar la frecuencia de los juramentos: que esto es más útil que todo ayuno, más provechoso que toda suerte de austeridad de los manjares pongámoslo en la abstinencia de los juramentos, porque padecemos un mal de extrema demencia, menospreciando las cosas ciertamente prohibidas y poniendo mucho esmero acerca de las indiferentes, puesto que el comer no está inhibido, mas el juramento está prohibido, y nosotros absteniéndonos de las cosas concedidas nos atrevemos con las prohibidas.

Por tanto, exhorto a vuestra caridad para que hagáis alguna mudanza y desde ahora nos deis prueba de ella. Porque si con tanto esmero pasáremos los presentes ayunos, y en esta semana cuidando de no jurar en absoluto, y en la que siga, sofocando la ira, y en la otra desarraigando por completo la detracción, y después corrigiendo muchas cosas más, así adelantando poco a poco llegaremos despacio a la misma cumbre de la virtud, huiremos del peligro presente, tendremos aplacado a Dios, y otra vez la multitud regresará a nosotros y a la ciudad, entonces enseñaremos a los caídos, por la fuga a poner la esperanza de nuestra salvación en la piedad del alma y en las virtuosas costumbres, y no en la fortaleza de los lugares, ni en el refugio, ni en lo escondido. Y así sucederá que alcancemos los bienes de esta vida y de la futura, de los cuales ser dignos se nos conceda por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 5

1. Parece que algo ha consolado a vuestra caridad la narración de los Tres Jóvenes del horno de Babilonia, y también el ejemplo de Job: las tribulaciones del justo y el muladar, más venerable que un trono regio. Porque del trono regio los espectadores ninguna ventaja sacarán como no sea un momentáneo placer, que ningún provecho cualquiera, y mucha enseñanza, y exhortación a practicar la paciencia. Así es que ahora son muchos los que hacen larga peregrinación transmarina a los confines de Arabia para contemplar aquel muladar, y una vez lo han visto, besar la tierra que presencié las luchas del vencedor, y recibió su sangre, de más precio que todo el oro. Pues no hay púrpura que tanto resplandezca cuanto en aquel entonces resplandecía el cuerpo teñido, no en ajena, sino en la propia sangre. Y las llagas aquellas eran de más valor que todas las perlas. Porque las piedras preciosas de suyo a nuestra vida de nada aprovechan, y en los que las gastan no llenan necesidad alguna, mientras que aquellas úlceras son consolación para toda tristeza.

Y par que veáis como esto es verdad, digo: Si alguien pierde un hijo queridísimo, único, enseñale infinitas gemas (perlas, joyas) y no consolarás su dolor ni mitigarás su tristeza: mas si le recuerdas las heridas de Job, fácilmente puedes curarle hablando así: ¡Hombre! ¿Por qué lloras? En verdad tú has perdido un hijo; pero aquel bienaventurado, habiéndosele quitado toda la corona de hijos, fue además ulcerado en su misma carne, y desnudo estaba sentado en el estiércol manándole podre por todo el cuerpo, mientras que paulatinamente su carne iba consumiéndose; y él, justo, veraz, piadoso con Dios, sin hacer cosa mala, teniendo a Dios por testigo de la virtud. Cuando estas palabras hayas dicho, habrás extinguido toda tristeza del que llorabas y habrás calmado todo el dolor; y así las llagas del justo quedan hechas más útiles que las margaritas.

Por tanto, vosotros representaos también a aquel atleta, y pensad que veis el muladar y al mismo que está sentado en medio del estiércol: una estatua de oro, enjoyada como yo no se explicar, porque ni puedo encontrar materiales tan preciosos para compararlos con aquel ensangrentado cuerpo. En tanto grado la condición de aquella carne era más venerable que la más preciosa sustancia y las llagas más resplandecientes que los rayos del sol, porque éstos alumbran los ojos del cuerpo, pero aquellas iluminan los ojos de nuestra mente, y cegaron casi del todo al diablo. De ahí que después de esta plaga éste se retiró sin que volviese a parecer.

Tú, pues, querido, pondera cuanta es la ganancia de la tribulación. Porque cuando Job era rico y disfrutaba de la paz del justo, Satanás tuvo de qué acusarle, cierto que con mentira; pero tuvo de qué decir: *¿Acaso Job te sirve de balde?* (Job, 1-9). Mas luego que lo despojó y lo dejó pobre, ni a decir palabra se atrevió después: cuando sí que era rico, preparábase a luchar contra él, y amenazaba derribarle, y luego que lo dejó pobre y le quitó toda la hacienda, y lo condujo a un dolor extremo, entonces se retiró: cuando en verdad su cuerpo estaba sano, luchaba, contendía; pero cuando el cuerpo estaba cubierto de llagas, entonces declaróse vencido y huyó.

QUIENES PACIENTEMENTE SUFREN LAS CALAMIDADES SE TORNAN MÁS ESCLARECIDOS. ¿Has visto cuánto mejor es la pobreza que las riquezas, la flaqueza y enfermedad que la salud, la prueba, para los que vigilan, mejor y más útil que la holganza, ya que a los que pelean los hace más esclarecidos y más fuertes? ¿Quién vio, quién oyó luchas tan admirables? Los atletas en los juegos profanos, cuando han herido en la cabeza a los contrarios, quedan por vencedores y son coronados; mas aquí cuando hubo herido el cuerpo del justo Job, plagándolo de toda suerte de úlceras, y habiéndole debilitado mucho, entonces quedó Satanás vencido y se hizo atrás; después que por todas partes le atravesó con tormentos, nada en efecto adelantó, porque no le arrebató el tesoro guardado, y para nosotros lo tornó más esclarecido e hizo que por causa de aquella plaga todos mirasen a lo interior del hombre, y conociesen todas sus riquezas, y cuando confió vencer, entonces con grande ignominia se retiró y no volvió a decir más palabra.

¿Qué ha sucedido, oh diablo? ¿Por qué huyes? ¿No se ha hecho todo cuanto querías? ¿No has matado sus ovejas, ganados, yeguas y mulos? ¿No acabaste con la corte de los hijos y has llagado todo su cuerpo? ¿Por qué has retrocedido? Porque, dice, sí que se ha hecho todo cuanto quise, pero lo que más deseaba, y por lo que todo lo hice, esto no se ha hecho: no ha blasfemado: que por esto hacía yo todo aquello, para que esto resultase. Al no haber logrado esto, nada gané con la ruina de las riquezas, con la muerte de los hijos, con la plaga del cuerpo, sino por lo contrario de lo que intentaba, he puesto más resplandeciente al enemigo y échole más esclarecido.

¿Conoces tú, carísimo, cuánta es la ganancia de la tribulación? Ciertamente es que el cuerpo había sido pulcro, perfecto; pero atormentado con aquellas llagas se ha tornado mucho más venerable: así como las lanas son bien hermosas antes de ser teñidas, pero adquieren indecible

hermosura cuando están convertidas en púrpura. Ahora bien, si no hubiera sido despojado, no hubiéramos conocido las virtudes y buenos hábitos del vencedor; si no hubiera sido plagado de heridas su cuerpo, no habrían refulgido los resplandores interiores; sino hubiese estado puesto en el muladar, no hubiéramos conocido sus riquezas (de paciencia). Que ni un rey sentado en el trono está tan resplandeciente, como era insigne e ilustre él en un muladar, porque cierto es que después del regio solio espera la muerte, y después de aquel muladar advino el reino de los cielos.

2. RECHAZA EL CRISÓSTOMO LOS APLAUSOS. Reflexionando, pues, en todo esto, levantémonos de esta oprimente tristeza. Porque si os presento estas historias no es para que alabéis los discursos, sino para que imitéis la virtud y la paciencia de tan esforzados varones; para que por los mismos hechos aprendáis que *de los males humanos ninguno es grave, sino el pecado*; no la pobreza, ni la enfermedad, no la contumelia, no la calumnia, no la ignominia, ni la muerte, que parece sea el último de los males. Porque todos los nombres de calamidades, para quienes discurren, sólo son nombre vanos; *más la calamidad verdadera es ofender a Dios y hacer alguna cosa contraria a su beneplácito*. Porque pregunto yo: ¿Qué tiene de grave la muerte? ¿Acaso el enviarte antes a tranquilo puerto y a la vida aquella de paz? Pero por más que el verdugo no mate, la misma ley natural que sigilosamente sobreviene, ¿no separará el alma y el cuerpo? Aunque no suceda ahora lo que tememos, sucederá poco después.

Y digo esto, no porque presuma alguna cosa grave o triste, Dios no la permita, sino avergonzándome por causa de los que temen la muerte. Esperando tantos bien, que ni ojo vio, ni oído oyó, ni cabe en corazón humano desearlos, dime: ¿para gozarlos lo dilatas, y descuidas, y te estás pasmado y no tan sólo andas perezoso, sino que tienes miedo y horror? ¿Y cómo tú no tienes por vergonzoso el temer por causa de la muerte, cuando Pablo ha gemido por la presente vida, y al escribir a los Romanos ha dicho: *“Las criaturas están suspirando... y nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, suspiramos”* (ROMANOS, 8-22, 23). Y decía esto, no condenando la muerte, sino deseando lo futuro. He gustado, dice, la gracia, y no aguanto espera: tengo las primicias del espíritu y me afano por el todo: he subido al tercer cielo, he visto aquella gloria inefable, he contemplado la resplandeciente gloria regia, he conocido de que bienes carezco al morar aquí, y por esto suspiro. Porque dime: si alguien habiéndote

introducido en salones reales y enseñándote las paredes resplandecientes con oro y con toda clase de ornato, desde allí te hubiese metido después en la choza de un miserable, con la promesa de que dentro de breve tiempo te volvería a las salas regias, y en ellas te daría mansión perpetua; ¿es que no debías estar ansioso y aun sentirte desasosegado hasta por aquellos pocos días? Pues de semejante modo pondera el cielo y la tierra, y suspira con Pablo, no por causa de la muerte, sino por la vida presente.

Pero me respondes: dame que yo sea semejante a Pablo, y jamás temeré la muerte. Y ¿qué te prohíbe hacerte semejante a Pablo? ¿Acaso él no era pobre? ¿No era un fabricante de tiendas? ¿No era indocto? Si hubiera sido rico y noble, los pobres llamados en su ayuda quizá hubieran tenido alguna como causa para desvirtuar su pobreza; mientras que ahora nada de eso puedes decir, puesto que era un trabajador y comía de su trabajo cotidiano.

Es más: tú en efecto, recibiste de tus padres la religión y piedad desde luego; estás alimentado con las Santas Escrituras desde tu infancia, mientras que Pablo fue blasfemo, y perseguidor e injuriador y devastó la Iglesia; pero mudóse súbitamente de suerte que a todos superó en celo y fervor, y exclamando dice: "*Sed imitadores míos, como yo de Cristo*" (I. CORINTIOS, 11-1).

El ha imitado al Señor, ¿no imitarás tú al consiervo? ¿Tú, que desde un principio estás educado en la piedad, a aquel que después de la conversión se acercó a la fe? ¿No conoces que los que viven en pecado, aunque viven están muertos? ¿Y que los que están en gracia, aunque murieran, viven? Y esta no es doctrina mía; es sentencia de Cristo que dice a María: "*Quien cree en mí, aunque hubiere muerto vivirá*" (JUAN, 11-25). O es acaso que nuestros dogmas son fábulas?— Si eres cristiano, cree a Cristo; si crees a Cristo, muéstramelo en las obras. Y ¿cómo demostrarás la fe en las obras? Si desprecias la muerte. Pues en esto nos diferenciamos de los infieles.

LOS QUE ESPERAN LA VIDA FUTURA NO DEBEN TEMER LA MUERTE. Los infieles con razón temen la muerte, pues no tienen esperanza de la resurrección; pero tú, que caminas por mejor vía y puedes razonar con esperanza de lo venidero, ¿qué perdón mereces, confiando sí en la resurrección, pero temiendo la muerte lo mismo que los que no creen en la resurrección?

Pero dices: no temo la muerte ni el morir, sino el morir malamente y el ser decapitado. Entonces, ¿Juan el Bautista murió malamen-

te?, porque fue decapitado. Entonces, ¿Esteban murió malamente?, porque fue apedreado. Y según vosotros, todos los mártires perecieron miserablemente, porque dieron la vida o por el fuego, o al filo de la espada; y los unos en el mar, los otros precipitados, los otros destrozados entre los dientes de las fieras, así han muerto. ¡Oh hermano mio! *No está el morir mal en esto, en fenecer por muerte violenta, sino en morir en pecado.* Escucha si no al Profeta que razonando sobre esto mismo dice: "*La muerte de los pecadores es pésima*" (SALMO, 33-32). No dijo la muerte violenta es pésima. Con justicia y en verdad, porque luego de haber emigrado de aquí hay pena insoporrible, y tormentos sempiternos, y gusano venenoso, y fuego inextinguible, y tinieblas exteriores, y ataduras irrompibles, y crujir de dientes, y tribulación, y angustia, y condenación eterna.

3. Pues quedando estos males para los pecadores, ¿qué utilidad puede haber en que terminen la vida en casa o en el lecho? Como al contrario, a los justos ningún daño puede venirles de que acaben la vida presente por el fuego o por el hierro, teniendo que emigrar a los bienes inmortales. En verdad pésima es la muerte de los pecadores. Tal fue la muerte de aquel rico que había despreciado a Lázaro, en casa y en su cama, y asistido por todos los allegados, y muerto por natural resolución de la vida, pero que estaba abrasado y sin poder obtener ni un pequeño consuelo de la prosperidad de la presente vida. Mas no así Lázaro, porque habiendo padecido muerte violenta, en el santo suelo, asistido de los perros, que limpiaban las llagas (porque ¿puede acaso haber algo más atormentador que el hambre?), habiendo partido de aquí, entró a disfrutar los bienes eternos, gozando en el seno de Abraham. Así, pues, ¿en qué le perjudicó el morir violentamente? Y ¿qué aprovechó al rico morir de muerte no violenta?

MENOS ES DE TEMER LA MUERTE INJUSTA QUE LA JUSTA. Pero dicen: No tememos morir violenta, sino injustamente, y que no habiéndonos atrevido a nada de lo que se nos acusa, seamos castigados juntamente con los reos culpables. ¿Qué dices?, pregunto yo. ¿Temes morir injustamente? ¿Querías que fuese en justicia? Y ¿quién es tan miserable y desgraciado que amenazando el morir injustamente prefiera el morir por justicia? Porque si se ha de temer la muerte, hemos de temer la que nos sobreviene por justicia, pues que, en efecto, el injustamente muerto, por esto mismo queda incorporado con todos los santos. Puesto que los probados e ilustres ante Dios los más sufrieron muerte injusta, y Abel el primero de todos, porque no fue asesinado

por pecar contra su hermano, ni por haber dañado a Caín, sino porque honraba a Dios (GÉNESIS, 4). Mas Dios lo permitió, ¿por qué? ¿Porque le amaba? ¿o porque le odiaba? Ciertamente, porque le amaba, y para labrarle con la muerte injustísima una corona más brillante. ¿Ves cómo no es de temer la muerte ni por violenta, ni por injusta, sino la muerte en pecado? Abel fue muerto injustamente. Caín vivió gimiendo y temiendo; ¿cuál de los dos, respóndeme, fue más feliz, el que en justicia había descansado o el que vivía en pecado? ¿El que murió injustamente o el que justamente era castigado?

¿Queréis que os diga por qué tememos la muerte? Porque no nos aguijonea el amor del reino (de los cielos), no nos abraza el amor de los bienes futuros: de otro modo despreciaríamos todos los bienes presentes, como el bienaventurado Pablo. Además, no tememos el infierno, por eso tememos la muerte; no ponderamos la intolerable gravedad de aquel suplicio, y por esto tememos la muerte, en vez de temer el pecado, porque si el temor de éste se hubiera posesionado de nuestra alma, no hubiera aquel podido infiltrarse. Y esto pondré empeño en manifestarlo por lo de casa, por lo que nos ha sucedido en estos días, sin ir más lejos.

Tan luego como el Emperador dio los decretos, que imponía este tributo el que parecía intolerable, todos se sublevaban, todos contendían, lo llevaban a mal, se indignaban, los que se encontraban decíanse: esto no es vivir, la ciudad está arruinada, no hay quien pueda aguantar el peso de este tributo, y todos estaban angustiados, como los que se encuentran en peligro extremo. Más tarde, empero, una vez que los crímenes fueron perpetrados, y unos cuantos malvados y perversísimos, pisoteadas las leyes, derribaron las estatuas y a todos pusieron en peligro de muerte; cuando ya tememos por nuestra vida, por haberse exacerbado el Emperador, ya no nos duele la pérdida de los dineros, sino que oigo que todos ofrecen otras cosas además de ellos. Que tome, decís, hasta la hacienda el Emperador, que de buen grado careceremos de los campos y del ajuar, con tal que se nos prometa que la vida será respetada. Porque así como antes de que nos amenazase el temor de la muerte, nos atormentaba la entrega en dinero; mas luego que los nefandos hechos fueron perpetrados, sobreviniendo el temor de la muerte, éste excluyó el dolor del tributo; así también, si el temor del infierno hubiera sobrecogido nuestras almas, no las hubiera ocupado el temor de la muerte, pues así como en los cuerpos, cuando nos atacan dos dolores, el más fuerte hace que el

menor desaparezca, así hubiera sucedido ahora: si en el alma hubiera quedado el temor de los suplicios eternos, éste hubiera oscurecido todo temor humano. Así, pues, si alguno trabaja por acordarse siempre del infierno, reírse del temor de la muerte, y se verá libre, no sólo de la angustia presente, sino también se verá salvo de aquellas llamas. Quien teme continuamente el infierno, jamás caerá en el fuego del infierno, corregido por este asiduo miedo. Permitidme, pues, ahora que con tiempo os diga: *"Hermanos, no sois niños en el uso de la razón, sed sí niños en la malicia, pero en la conducta hombre"* (I CORINTIOS, 14-20).

POR QUÉ HA DE SER DESPRECIADA LA MUERTE. Porque *tenemos un miedo pueril, cuando tememos la muerte y no tememos el pecado*. Los niños pequeños temen los gusanos y no temen el fuego; y si acontece que se los acerca a una lámpara ardiendo, inconsiderablemente extienden la mano a la lámpara y a la llama; mientras que se horrorizan de un despreciable gusano, no temen el fuego, que es para ser temido. De parecido modo también nosotros tememos la muerte, que es un gusano digno de desprecio, y no tememos el pecado, con ser de temer en verdad, y que devora la conciencia como un fuego. Y esto suele pasarnos, no por la índole de las cosas, sino por nuestra ignorancia. Porque si pensamos *qué es*, después de todo, *la muerte*, jamás la temeremos. Pues *¿qué es la muerte?* Es lo mismo que desnudarse de un vestido, pues como un vestido está envolviendo al alma el cuerpo, y éste depuesto por la muerte para un breve tiempo, lo volveremos a tomar de nuevo más resplandeciente. *¿Qué más es la muerte?* Una peregrinación durante cierto tiempo, un sueño más largo que el de costumbre. Luego si temes la muerte, teme el sueño; si te apenas por los que mueren, siente también pena por los que comen y por los que beben, pues así como es natural ésto, lo es aquello. No te contristen las cosas naturales, pero te contristen las que nacen de la mala voluntad; no llores al que muere, sino al que vive en pecados.

4. ¿Quieres que haga también memoria de otra causa por qué tememos la muerte? Porque no vivimos con diligencia, ni tenemos limpia la conciencia; porque si esto así fuera, nada nos habrían espantado la muerte, el hambre, la pérdida del dinero, ni cosa alguna por este estilo. Porque a quien vive virtuosamente nada de esto le podrá dañar, ni privarle de la satisfacción interior; que a quien está apoyado en firme esperanza ninguna cosa podrá derrocarlo en la tristeza. ¿Qué es lo que se puede hacer para que alguno, el varón fuerte, caiga en la

tristeza? ¿Le robarán el dinero? Pero tiene las riquezas en el cielo. ¿Será desterrado de la patria? Pero será enviado a la ciudad del cielo. ¿Será aherrojado? Pero tiene libre la conciencia y ni siente las cadenas materiales. ¿Matarán el cuerpo? Pero éste ha de resucitar otra vez. Lo mismo que quien lucha con una sombra, y quien azota el aire a nadie puede herir; así quien lucha con el justo, lucha sólo con una sombra, y gasta las fuerzas, sin poder causarle herida alguna. Así es que dame el confiar en el reino de los cielos, y si quieres, hoy mismo mátame: te guardaré agradecimiento de la muerte, porque me envías aceleradamente a aquellos bienes.

Y, ¿de dónde se prueba esto? De la sentencia del Señor, porque decía de uno que había prevaricado: *“Por la malvada avaricia de mi pueblo... le he azotado, él se fue vagando tras de los antojos de su corazón. Yo vi sus andanzas y le di la salud”* (ISAÍAS, 5-71). Por lo cual dice Pablo: *“La tristeza, que es según Dios, produce una penitencia constante para la salud, cuando la tristeza del siglo cansa la muerte”* (2 CORINTIOS, 7-10).

Por tanto, después que la razón ha demostrado en el discurso que ni la multa en dinero, ni la injuria, ni la calumnia, ni los azotes de la enfermedad, ni la muerte, ni otra cosa parecida puede remediar la tristeza, sino solamente borrar el pecado, y que vale para destruirlo, es cierto que para sólo esto fue hecha. No nos dolamos, pues, por la pérdida de los dineros, sino dolámonos sólo cuando pecamos: en esto está la grande utilidad de la tristeza. ¿Te han multado? No te apenes, que no te aprovechará. ¿Has pecado? Duélete, porque te es provechoso.

Y considera la providencia y sabiduría de Dios. Estas dos cosas nos originó el pecado: tristeza y muerte: *“Porque en cualquier día que comieres de él, dijo, infaliblemente morirás”* (GÉNESIS, 2-17), y a la mujer: *“Con dolor parirás los hijos”* (GÉNESIS, 3-16), y por estas mismas dos cosas destruye el pecado, y cuidó de matar a la madre por las hijas. Que la muerte destruya con la tristeza el pecado, desde luego está manifiesto en los mártires, y también es claro por lo que aseveró Pablo a unos pecadores diciendo: *“De aquí es que hay entre vosotros muchos enfermos y sin fuerzas, y muchos que mueren”* (I CORINTIOS, 11-30), porque pecáis, dice morís, para que por la muerte se satisfagan los pecados. E infirió diciendo así: *“De aquí es que si nosotros entrásemos en cuentas con nosotros mismos, ciertamente no seríamos así juzgados por Dios. Si bien cuando lo somos, el Señor*

nos castiga como a los hijos, con el fin de que no seamos condenados juntamente con este mundo" (vv. 31.32). Y así como del árbol nace el gusano, y lo roe, y la polilla pica la lana, de la que tiene su origen, así la tristeza y la muerte han nacido del pecado, y el pecado destruyen. Por tanto, no temamos la muerte, temamos solamente el pecado, y por causa de él nos dolamos.

Y digo esto, no porque presagie algún mal, Dios no lo permita, sino deseando que estéis siempre con temor y que de hecho cumpláis la Ley de Cristo: *"Y quien no carga con su cruz y me sigue, no es digno de mí"* (MATEO, 10-38). Y esto decía, no para que llevemos en los hombros el leño, sino para que tengamos siempre a la vista la muerte; también Pablo moría así cada día (I CORINTIOS, 15-31), y se burlaba de la muerte, y menospreciaba la vida presente. Eres soldado que estás en batalla puesto; mas el soldado que teme la muerte jamás se porta con valentía. Así mismo el Cristiano que tiene miedo de los peligros, tampoco hará cosa digna de admiración, antes con facilidad será expugnable, y por el contrario, el intrépido y magnánimo resultará inexpugnable e invicto.

Por tanto, así como los Tres Jóvenes, que no temieron el fuego, vencieron el fuego, así también nosotros, si no tememos la muerte, venceremos la muerte. De modo que no temieron el fuego, porque no es crimen estar ardiendo, mas temieron el pecado, porque es crimen practicar la impiedad. También nosotros a éstos y a los que se les parecen, imitemos, y no temamos los peligros y venceremos los peligros.

5. *"En verdad no soy profeta ni hijo de profeta"* (AMÓS, 7-14); no obstante, conozco manifiestamente lo que sucederá, y en voz alta, y clara publico que *si nos cambiamos y tenemos algún cuidado de nuestra alma, y nos apartamos de la maldad, nada molesto y triste sobrevendrá*, y esto lo sé claramente por la clemencia de Dios y por lo que ha hecho ya con individuos, ya con ciudades, ya con familias, ya con pueblos enteros. Porque a la ciudad de Nínive amenazó, y dijo: *"De aquí a cuarenta días Nínive será destruida"* (JONÁS, 3-4). Y ¿qué sucedió?, dime, ¿Fue destruida Nínive? ¿Fue destruida la ciudad? Todo lo contrario sucedió, pues resurgió y se hizo más famosa, y tantos años pasados no sólo no han desmoronado su gloria, sino que, al contrario, todos la celebramos aún su gloria y la admiramos, porque desde entonces ha habido *para los que pecan un puerto, el más seguro*, que no permite caer en desesperación, antes a todos llama a la

penitencia, tanto por lo que hizo como por lo que ha conseguido la providencia de Dios, persuadiendo a no desesperar jamás de la propia salvación; pero a los que llevan vida buena y ponen su óptima esperanza en confiar en la muerte como en un bien completo que ha de venir.

Porque, ¿quién, aunque sea el más desidioso de todos, no se siente excitado oyendo el ejemplo de ellos? Así fue que prefirió Dios dejar incumplida la amenaza profética, antes que viniese la ciudad al suelo: mejor dicho, ni la profecía falló. Porque si permaneciendo los hombres en la misma maldad, la sentencia no se hubiera realizado, quizá alguno podría atacarle; pero porque una vez ellos convertidos, y desistiendo de la maldad, también Dios haya desistido de su ira, ¿quién podrá censurar la profecía y condenar de mentira sus palabras? Porque la ley, que desde un principio puso Dios a todos los hombres, hablando por un profeta, ésta aun entonces la observó. Que ¿cuál ley? Dijo: *“Yo pronunciaré de repente mi sentencia contra una nación y contra un reino, para arrancarlo, destruirlo y aniquilarlo. Pero si la tal nación hiciere penitencia de sus pecados, por los cuales pronuncié el decreto contra ella, me arrepentiré yo también del mal que pensé hacer contra ella”* (JEREMÍAS, 18-8, 8). Por tanto, observando esta ley, salvó a los penitentes, y a los que salían del vicio libró de la ira. Conocía la virtud de los bárbaros de Nínive y por eso urgía el profeta; también entonces de parecido modo estaba agitada la ciudad, oída la voz del profeta; pero en nada fue dañada, sino más bien ayudada por el temor. Porque aquel temor produjo la salvación, la amenaza libró del peligro la sentencia de destrucción apartó la destrucción. ¡Oh cosa nueva y admirable! Después de estar dada la sentencia, se invalida; al contrario que en los juicios seculares, porque en éstos una vez se hace pública, se ratifica la sentencia; mas ante Dios el ser anunciada la sentencia hace que resulte inválida, porque si no hubiera sido dada, los pecadores seguramente no la hubiesen oído; pero no habiéndola oído, tampoco hubiesen hecho penitencia, tampoco hubiesen alejado el castigo, tampoco habrían alcanzado aquella salvación admirable. ¿O no es cosa admirable que, habiendo el juez dado sentencia, hayan sido los reos quienes por la penitencia hayan levantado la sentencia? Y no huyeron de la ciudad, como nosotros ahora, sino permaneciendo en ella la afirmaron. Era un peligro, y la convirtieron en fortaleza; era una sima, un precipicio, y la hicieron torre de seguridad. Oyeron que los edificios caerían, no abandonaron

los edificios, sino que abandonaron los pecados; no salió cada uno de su casa, como nosotros ahora, sino que cada cual salió de su mal camino. Pues ¿acaso, dice, las paredes engendran odio? Nosotros, que somos los autores del castigo, nosotros preparemos el remedio. Por tanto, no al cambio de lugares, sino a la conversión de las costumbres confiaron la salvación.

6. Esto los ninivitas bárbaros, y nosotros ¿no nos confundimos, ni nos escondemos, cuando mientras que *ellos cambian de costumbres, nosotros cambiamos de lugares* y hacemos obras de hombres embriagados y exponemos nuestra hacienda?

El Señor está enojado con vosotros, y nosotros omitimos el aplacar su ira; y llevamos de una parte a otras las cosas de la casa, y vagamos buscando donde depositar la hacienda, cuando lo que haría falta es buscar donde depositar el alma, o mejor, ni hay que buscar, sino darle seguridad con la virtud y rectitud de vida. Porque si, por ejemplo, estando nosotros airados y enojados con un siervo, el no cuidando de dar excusa alguna del enojo, marchándose a su aposento, recoge sus ropas, hace su hatillo y piensa en la fuga, fácilmente nos sentiríamos ofendidos por este desprecio.

Desistamos, pues de este importuno deseo, y cada uno digamos a Dios: *¿A dónde iré yo que me aleje de tu espíritu? ¿Y a dónde iré que me aparte de tu presencia?* (SALMO, 138-7). Imitemos el discurrir de los bárbaros: ellos hicieron penitencia estando inciertos, pues no decía la sentencia: Si os convertís y hacéis penitencia, perdonaré a la ciudad, sino simplemente: *"De aquí a cuarenta días Nínive será destruida"*. Y ¿qué hicieron ellos? *¿Quién sabe si el Señor mudará así el designio y nos perdonará?* (JONÁS, 3-9) *¿Quién sabe?* No conocen el fin de aquello, pero no descuidan la penitencia: desconocen los usos de la benignidad de Dios, pero se convierten por si acaso; ellos no tenían otros ninivitas a quienes mirasen salvos por la penitencia, ni habían leído los profetas, ni habían oído a los patriarcas, ni tuvieron consejo, ni consiguieron amonestación, ni estaban persuadidos del todo de que Dios había de ser aplacado por la penitencia, pues la amenaza no rezaba esto, sino que dudaban y estaban vacilante y, con todo, hicieron penitencia con gran cuidado.

Pues, ¿qué excusa habrá para nosotros, cuando ellos, sin tener realmente en que confiar de no morir, tan grande conversión hacen, y tú, que puedes confiar en la divina benignidad, y que has recibido más veces muchas prendas de su solicitud acerca de ti, y has oído a los

profetas y Apóstoles, y estás enseñado por los mismos hechos, y no trabajas por alcanzar la misma medida de virtud que ellos? Grande en verdad la virtud de aquellos hombres; pero mucho mayor la clemencia de Dios, como puede colegirse de la misma magnitud de las amenazas. Para esto, pues, no añadió el anuncio. Si empero, hiciéreis penitencia, perdonaré, para que haciendo indefinida la sentencia, aumentara el miedo, y aumentando el miedo, más de prisa obligase a la penitencia.

Y, ciertamente, sonrojase el profeta sabiendo y calculando que las amenazas no serán cumplidas; pero Dios no se avergüenza, sino que busca únicamente la salvación de los hombres, y corrige a su siervo.

Porque tan luego como éste ingresó en la nave, al punto alborotó el mar; para que adviertas que donde hay pecado allí hay tormenta; donde inobediencia, confusión, y efectivamente, la ciudad de Nínive estaba amenazada por causa de los pecados de los ninivitas; pero a su vez la nave zozobraba por la desobediencia del profeta. Por esto arrojaron al mar a Jonás y la nave se mantuvo a salvo; así nosotros arrojamos al mar los pecados, y la ciudad permanecerá del todo salva.

Así, pues, ninguna utilidad tenemos en la fuga, lo mismo que a Jonás de nada le sirvió huir, mas antes le dañó: huía de la tierra, pero de la ira de Dios no huía. Huía de la tierra y produjo en el mar la borrasca, y no sólo no consiguió bien alguno de la fuga, sino que puso en trance extremo a los que le admitieron, y mientras navegando, estaba durmiendo en la nave, y estaban en su puesto los marineros y el capitán, y con todo el matalotaje dispuesto estaba él en peligro de muerte; mas después arrojado al mar, deponiendo el pecado por medio del castigo, vióse conducido a una inmensa nave, es decir, al vientre o seno de un gran pez, y gozaba de grande libertad. Para que aprendas que así como no aprovecha el navío al que vive en pecados, así al que está libre de pecado ni el mar le pierde o traga, ni las fieras devoran. Así a él las olas le recibieron y no le ahogaron: lo recibió un gran pez, y no lo mató, sino que la bestia y el mar a Dios devolvieron el depósito incólune. Y por todo era instruido el profeta, para que fuese manso y humano y no fuese más cruel que los insensatos marineros, y que las furiosas, olas y que las bestias. Pues los navegantes no desde luego al principio, sino después de grandes apuros, lo lanzaron al mar; éste y la bestia lo guardaron con mucha benevolencia, disponiendo Dios todas estas cosas. Así es que volvió, predicó, amenazó, persuadió, salvó, aterrorizó, corrigió, y con sola la primera pre-

dicación dio firmeza, y no necesitó muchos días, ni de frecuentes consejos, sino que habiendo hablado aquellas descarnadas palabras a todos movió a penitencia. Por esto Dios no le llevó al instante desde el navío a la ciudad, sino que los navegantes lo entregaron al mar, el mar a la bestia marina, ésta a Dios, Dios a los ninivitas por un largo rodeo restituyó el prófugo, para enseñar a todos que es imposible escaparse de la mano de Dios. Porque a donde uno marche, arrastrando pecado, padecerá infinitos males, y cuando nadie esté presente, las mismas criaturas le resistirán por todas partes con mucha violencia.

No confiemos, pues, a la fuga nuestra salvación, sino al cambio de las costumbres. Pues ¿acaso porque permaneces en la ciudad por eso está Dios irritado para que huyas? Porque has pecado, por eso está indignado. Así, pues, *quita el pecado*, y de donde nace la causa del castigo allí *sea la fuente del mal*, porque curar los contrarios con contrarios, aun los médicos lo mandan. ¿Ha provenido la fiebre del crápula? Con la dieta corrigen el mal. ¿Ha enfermado alguien de melancolía? Dicen que para éste la medicina mejor es la alegría. Así también es como debe procederse en las enfermedades del alma. ¿La pereza ha despertado la ira? Rechacémosla con la diligencia y propongámonos un grande cambio. En el ayuno tenemos un auxiliar, el mejor compañero de armas, y además del ayuno está presente angustia y miedo del peligro. Insistamos, pues, con el alma durante este tiempo, que fácilmente la persuadiremos todo cuanto queramos. Que el tímido, temeroso y alejado de toda delicia, y que vive con miedo, puede fácilmente filosofar y recibir con mucha alegría los gérmenes de virtud.

7. HAN DE EVITARSE LOS JURAMENTOS. Por tanto, determinemos primero a empezar huyendo de los juramentos, pues aunque ayer y anteayer he tratado este asunto, no por eso voy a desistir, hoy ni mañana, ni más ni menos de avisar lo mismo. Pero ¿qué digo mañana o pasado mañana? Hasta que os vea enmendados no desistiré, pues si los quebrantadores de la ley no se ruborizan, mucho menos nosotros, que exigimos que no seáis quebrantadores, justo es que no nos avergoncemos de amonestaros con frecuencia. Porque el amonestar de lo mismo continuamente no es falta del predicador, sino de los oyentes, que necesitan de constante enseñanza sobre reglas sencillas y fáciles. Porque ¿qué cosa más fácil que no jurar? Sólo depende de la costumbre: no es trabajo del cuerpo, no es dispendio pecuniario.

¿Quieres saber cómo puede dominarse el vicio? ¿Cómo se puede

ver uno libre de la mala costumbre? Yo te enseñaré un modo, que como lo observes vencerás en absoluto. Cuando veas a ti mismo o cualquier otro, sea un siervo, sea un hijo, sea la mujer, dominados de este mal, y continuamente avisados, pero no enmendados, manda que se acuesten sin cenar e impón a ti y a ellos esta pena, pena que no acarrea daño, pero sí provecho. Pues así son las cosas espirituales: acarrear lucro y rapidísima enmienda: que la lengua continuamente atormentada, aunque nadie amoneste, tiene bastante amonestación, cuando está reseca por la sed, y exhausta por el hambre, y aunque seamos los más estóolidos de todos, amonestados todo el día por este penoso tormento, no necesitaremos más consejos ni amonestación. ¿Os parece bien lo dicho? Pues a demostrar con obras que lo alabáis. Porque de otro modo ¿cuál es el provecho de este sermón?

Si un muchacho asiste diariamente a la escuela, pero después no sabe nada, ¿acaso le sería de excusa el asistir a ella cada día? ¿Que vaya todos los días a la escuela y que esto sea 'en balde'? Pues apliquémonos nosotros esto mismo y reflexionemos. Acudiendo a la iglesia tanto tiempo, disfrutando de la venerabilísima Eucaristía, que contiene tan grande ganancia, si otra vez salimos como hemos entrado, sin corregir ninguno de nuestros defectos, ¿qué utilidad tendremos de venir aquí?

Porque muchas cosas se hacen no por las cosas, sino por lo que de ellas proviene. Sea un ejemplo: el sembrador no siembra nada más que por sembrar, sino para segar; porque si no segara, aun la simiente perdería podrida inútilmente. El mercader no navega sólo por navegar, sino para que navegando consiga acrecentar la hacienda: que si esto no acaece, corre un gravísimo peligro y será perniciosa la travesía de los mercaderes. En nosotros mismos reflexionemos también esto: nosotros venimos a la iglesia no para estarnos, aquí solamente, sino para que salgamos de ella enriquecidos con alguna grande cosa espiritual. Por tanto, si nos marchamos, vacíos y sin haber conseguido nada, esta instrucción hará recaer sobre nosotros el daño. Para que no suceda y para que evitemos tan grande daño, al salir de aquí, los amigos entre sí, los padres con los hijos, los señores con los siervos, medita y trabajad para poner en práctica lo mandado, para que cuando volváis de nuevo y oigáis que aconsejemos las mismas cosas, no os cubráis de vergüenza por remorderos la conciencia, sino que os gocéis y alegréis de ver que vosotros habéis cumplido la mayor parte de la amonestación. Mas no sólo filosofemos esto aquí, puesto que

una momentánea advertencia no puede desarraigarlo todo, sino que en casa el marido oiga de su mujer estas cosas, y la mujer de su cónyuge, despiértese cierta emulación entre todos los que tienen deseos de llegar al cumplimiento de esta ley, y el que antes la haya cumplido, reprenda al que falta, para más alentarle; y el que falta y aún no ha cumplido, mire al que va delante y esmérese en alcanzarle pronto. Si esto meditamos, si esto procuramos, en breve los otros asuntos nuestros se nos arreglarán. *Tú piensa en lo que a Dios toca y El proveerá a lo tuyo.*

Ni me digas: ¿Y qué, si alguien nos pone en la precisión de jurar? ¿Qué, si no da crédito? Pues cierto que cuando la ley hubiera de ser violada, no ha de mentarse la necesidad. Porque *la necesidad única es la de no ofender a Dios.* Con todo, mientras tanto préstalo y corta los juramentos superfluos, los temerarios, los no necesarios, proferidos, en casa, con los amigos, con los siervos, si quitas éstos, en aquellos ya no necesitarás de mí, porque aun la misma boca ejercitada en esto, en temer y huir la frecuencia de jurar, ni aunque mil veces se la fuera, consentirá caer más en la tal costumbre. Pues así como ahora, a pesar del sufrimiento grande y de la consternación infinita, aterrorizando, amenazando, amonestando, aconsejando, apenas hemos podido cambiarla en otra costumbre; así luego, en efecto, aunque alguien obligue enormemente no conseguirá movernos a violar esta ley, sino que como nadie querría gustar un veneno, aun viéndose apurado de necesidad del mismo modo ni admitirá los juramentos. Y como esto se haga, tendréis un consuelo y una exhortación para alcanzar las restantes partes de la virtud. Porque quien nada ha cumplido, empreza y pronto desfallece de ánimo; pero quien tiene conciencia de haber cumplido siquiera un mandamiento, con esto alentado a esperar bienamente, procederá con mayor empeño a los restantes: después, tomando otro, pasará pronto a otro, y no desistirá hasta que llegue a la misma cima. Pues si en las riquezas, cuantas más uno juntó, tantas más desea, mucho más lo verás en las obligaciones espirituales. Por esto me apresuro y urjo para que se de comienzo a esto y se eche en vuestras almas el fundamento de la virtud, y rogamos y suplicamos que no precisamente sólo en esta hora presente os acordéis de estas palabras, sino también en casa, y en la plaza, y dondequiera moréis. ¡Ojalá me fuera concedido conversar con vosotros! No me hubiera sido necesario este largo discurso; mas ahora no siéndome posible, en la ausencia mía acordaos vosotros de mis palabras, y al sentaros a la mesa, imagi-

nad que yo entro, y que estoy presente, y que todo cuanto ahora os digo resuena, y siempre que se os hable de mí acordaos, sobre todo, de este mandamiento y dadme esta paga de mi amor para con vosotros. Si viere que habéis esto cumplido, lo he cobrado todo, he logrado un galardón digno de mis trabajos, Y para que nos tengáis siempre más prontos, y vosotros tengáis fundada confianza, y os preparéis más fácilmente para los restantes mandamientos, poned con grande empeño en vuestras almas esta ley, y entonces es cuando conoceréis el provecho de la amonestación. Porque si hermoso es un vestido de oro, más hermoso ha de parecer colocado en vuestro cuerpo; así también los mandamientos de Dios son en sí verdaderamente hermosos, hasta cuando se recomiendan, pero mucho más hermosos aparecen cuando se cumplen. Ya que ahora, por breves momentos, alabáis nuestras enseñanzas, si las ponéis por obra, alabaréis a vosotros y a mí durante todo el día y durante todo el tiempo. Ni esto de alabarnos mutuamente es lo más grande, sino el que Dios nos recibirá, y no sólo nos recibirá, sino que nos recompensará con aquellos sus grandes e inefables dones; los cuales todos logremos disfrutar, por gracia de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 6

1. En verdad hemos empleado muchos días consolándonos; con todo, no por esto cambiaré, de asunto, pues mientras dure la herida de la tristeza, aplicaremos la medicina de la consolación. Porque si las heridas corporales no cesan de curarlas los médicos hasta que ven que ha desaparecido el dolor, mucho más conviene hacer lo mismo en el alma. Puesto que herida del alma es la tristeza, también hay que ayudarla con blandas palabras, porque ni suelen las aguas calientes resolver los tumores de la carne, tanto con la fiebre del alma suele apagarse con la abundancia de consoladores discursos. Aquí no hay necesidad de esponja, como la usan los médicos, sino que en vez de la esponja menearemos la lengua; aquí no se necesita fuego con que calentar las aguas, sino que en vez de fuego usaremos de la gracia del Espíritu. Ea, pues, hagamos también hoy lo mismo. Porque si nosotros no os proporcionamos consuelo, ¿de dónde recibiréis con abundancia el alivio?

Espantan los jueces, pues razón para que los sacerdotes consuelen; amenazan los Magistrados, por lo mismo la Iglesia dé firmeza. Pues es lo que sucede con los párvulos: los maestros espantan, y castigan, y los envían llorando a las madres; pero las madres los reciben en su regazo, los estrechan, limpiándoles las lágrimas los besan, y alivian la apenada alma de los mismos, persuadiéndoles con las palabras que el respeto a los maestros les es provechoso.

EL TEMOR A LOS MAGISTRADOS ES PROVECHOSO. Pues, porque también a vosotros han aterrorizado los Magistrados, y os han apesadumbrado, la Iglesia, nuestra común madre de todos, abriendo su seno y recibiendo con los brazos abiertos, consuela diariamente, enseñando que *es útil el temor de los Magistrados y útil también el consuelo de aquí salido*. Porque el miedo de ellos no nos deja consumirnos en la pereza, y el consuelo de esto no permite sucumbir a la tristeza, y con ambas cosas dispone Dios nuestra salvación. Porque El ha armado a los Magistrados para que espanten a los dados al placer, y El mismo ha elegido a los sacerdotes para que consuelen a los dolientes, y ambas cosas, además de las Escrituras, enseña también la misma experiencia de las cosas.

Porque si, no faltando los Magistrados y estando los soldados prestos sobre las armas, el furor de unos cuantos hombres revoltosos y advenedizos en un breve espacio de tiempo hanos causado tan grande incendio, y ha levantado tanta borrasca, y nos arrastró a todos a temer un naufragio: si hubiese faltado todo temor de Magistrados, ¿a qué extremos de furor no hubieran llegado? ¿No es verdad que habrían destruido la ciudad hasta los cimientos, y confundiéndolo todo, aun nuestras vidas hubieran quitado? Porque si quitas los tribunales judiciales, quitas todo el orden de nuestra vida; y así como si quitas de la nave al capitán, hundes la nave; si quitas del ejército al general, entregas a los enemigos los soldados maniatados: así quitar de las ciudades los Magistrados es llevar una vida más salvaje que la de las fieras del monte, mordiéndonos entre nosotros y devorándonos, al más pobre el rico, al más débil el más fuerte, al más manso el más audaz. Mas ahora por la gracia de Dios nada de esto pasa, porque quienes viven religiosamente no tienen necesidad de enmienda de esto: *“No se puso la ley, o sus penas, para el justo”* (I TIMOTEO, 1-9). Pero muchos que miran al vicio, si no tuvieran este inminente temor, llenarían las ciudades de infinitos males, los que conociendo también Pablo decía: *“No hay potestad que no provenga de Dios, y Dios es el que ha establecido las que hay”* (ROMANOS, 13-1). Pues lo que en las casas hacen (los ensamblamientos) las vigas, esto hacen los Magistrados en las ciudades, y como quitada la trabazón, sueltas las paredes, por sí se desploman, así como se quiten del mundo los Magistrados y el temor que infunden, las casas y las ciudades, y las naciones por el mucho libertinaje se arruinarán, no teniendo a nadie que contenga y rechace, y por el temor del castigo los persuada a estar quietos.

UTILIDAD DE LAS TRIBULACIONES. No nos apenemos, pues, muy amados, por miedo de los Magistrados; antes bien, aun demos a Dios gracias por haber corregido nuestra desidia y por habernos hecho más diligentes. Porque pregunto: ¿qué daño se ha seguido de este cuidado y solicitud? ¿Qué nos hemos vuelto más honestos y mansos? ¿Y más diligentes y atentos? ¿Que no vemos ningún borracho ni quien cante canciones obscenas? ¿Que las oraciones son continuas, y las lágrimas, y las súplicas? ¿Que se han expulsado la risa importuna, y las palabras torpes, y toda lascivia, y que toda nuestra ciudad imite y se parezca a una mujer honesta y noble? ¿Por esto te apenas? Antes bien gózate de esto y dar gracias a Dios es lo que se debe, por haber disuelto tanta molicie con el miedo de pocos días.

Pero dice: No lo niego; ni solamente estuviéramos en peligro hasta tener miedo, habríamos conseguido bastante utilidad; mas ahora tememos que el mal pase adelante, a más, y que todos estemos en peligro de muerte. Mas no temáis, es Pablo quien os consuela diciendo: *“Fiel es Dios, que no permitirá seáis tentados sobre vuestras fuerzas, sino que de la misma tentación os hará sacar provecho para que podáis sosteneros”* (I CORINTIOS, 10-5-; DEUTERONOMIO, 31-6; JOSUÉ, 1-5-). Porque de haber querido castigar con las mismas cosas, y con la experiencia de los males, no nos hubiera por tantos días entregado al temor, pero no habiendo querido castigar, espanta, aterroriza, porque si hubiera de castigar, superfluo sería atemorizar, superfluo amenazar. Mas ahora pasamos una vida más pesada que innumerables muertes, temblando y temiendo tantos días, espantándonos las mismas sombras, y sufriendo la pena del mismo Caín, y saltando de la cama a media noche por la continua pesadilla, tanto que aun cuando hubiésemos irritado a Dios, habiendo pasado ahora tan grande castigo, lo habríamos vuelto propicio. Pues aunque no hemos sufrido un castigo digno del pecado, con todo es suficiente a la clemencia divina.

2. LOS NUNCIOS DE LA SEDICIÓN DE ANTIOQUÍA VIÉRONSE OBLIGADOS A DETENERSE EN EL CAMINO. Mas no solamente por esto, sino que también por muchas otras cosas débese confiar, pues no son pequeñas las prendas de buena esperanza que Dios nos ha dado. Y la primera de todas: los que como si tuvieran alas partieron de aquí, llevando la mala noticia, y poco ha creían que llegarían al campamento, están todavía a medio camino: tantos obstáculos e impedimentos se les presentaron, y dejando los caballos, ahora caminan en carruajes; por lo cual síguese necesariamente que han de llegar allá más tarde. Porque luego que a nuestro obispo y padre común le inspiró Dios a salir de aquí, y a desempeñar esta legación; luego los alcanzó en mitad del viaje, para que no adelantándose soplasen el fuego, e hiciesen después al maestro inútil la corrección, estando inflamado el ánimo real por lo oído. Y que no sin providencia de Dios se presente tal impedimento, es manifiesto por aquí: hombres que pasan toda la vida en tales caminos, y que lo tienen por oficio, usando siempre caballos, ahora deshechos de cabalgar han desfallecido, y lo que ha ocurrido ahora son cosas contrarias a los hechos de Jonás. Porque a éste, que no quería ir. Dios le urgía; a ellos que querían, los estorbó. ¡Oh cosa nueva y admirable! Jonás no quería predicar la ruina, y al que no quería. Dios

lo hizo ir; éstos se apresuran aceleradamente para anunciar la ruina y de nuevo lo prohibió a los que repugnaban. Y finalmente, ¿por qué? Porque ahora la celeridad era dañosa, mas entonces era provechosa: de ahí que a Jonás le hizo apresurar por un pez y a éstos ha retrasado por los caballos. ¿Conoces la sabiduría de Dios? Por lo mismo que cada cual presumió que lograría sus deseos, por eso mismo cada cual se vio impedido. Pensó Jonás que con el navío se evadiría, y el navío se le convirtió en cárcel; confiaron éstos que con caballos verían más pronto al Emperador, y los callos fuerónles estorbo; pero no, no los caballos ni el navío, sino la providencia de Dios, que siempre dispone todas las cosas suyas con sabiduría.

Y considera el modo de la providencia, como ya espantó, ya consoló. Porque el mismo día en que se perpetraron todos aquellos crímenes, permitiendo que éstos saliesen, lo mismo que si hubieran de anunciar al Emperador, todo lo sucedido, espantó a todos con la precipitación de la salida; mas luego de haber salido, cuando hubieran andado dos o tres días, cuando dábamos por inútil la salida de nuestro Prelado, puesto que había de llegar más tarde, entonces dispó el miedo y nos ha consolado, como he dicho, deteniéndolos en medio del camino, y haciendo que, los que desde allí venían hacia nosotros, nos comunicasen las penalidades de aquellos en el viaje para que respiráramos un poco; como así ha sucedido, y hemos depuesto gran parte de las ansiedades. Esto sabido hemos adorado a Dios, autor de estas cosas que ha dispuesto con más cuidado que todos los padres todas nuestras cosas, cohibiendo con poder en verdad invisible a los ímprobos nuncios, y sólo no ha dicho: ¿Por qué vais de prisa? ¿Por qué os apresuráis queriendo arruinar tan gran ciudad? ¿Es que lleváis buenas nuevas al Rey? Estaos aquí hasta que haga yo que mi servidor, como un óptimo médico, os prevenga y que hago que se adelante a vuestra llegada.

Pues si al aparecer la úlcera de la prevaricación se ha manifestado tanta providencia, mucho más después de la conversión, de la penitencia, de tanto temor, de lágrimas y preces, hemos de conseguir mayor libertad. Porque Jonás, congruentemente estaba impedido para que moviese a penitencia; pero vosotros ya habéis hecho penitencia y conversión grande, y por tanto, en adelante es necesario el consuelo, no un anunciador de amenazas. Por esto incitó a nuestro común padre, a salir de aquí, a pesar de que había muchos obstáculos, pues si no hubiere mirado por nuestra salvación, no le hubiera persuadido antes, queriendo él salir, lo hubiera estorbado.

3. CLEMENCIA DE TEODOSIO EN LA PASCUA. En tercer lugar se me ocurre decir una cosa que os dará confianza, es a saber: la solemnidad presente, que hasta casi todos los infieles respetan, y este mismo religioso Emperador de tal manera la admiró y honró, que ha aventajado en piedad a cuantos le precedieron en el mando. Porque en tales días habiendo enviado carta para honrar la solemnidad, perdonó casi a todos los encarcelados. Y esa misma carta leerá nuestro Prelado ante el Emperador, y recordará las propias leyes, y le dirá: Animo, Emperador; acordaos de vuestros hechos; tenéis en casa un ejemplo de humanidad: no quisisteis hacer una mortandad según justicia, y ¿sufriréis que se cometa otra contra justicia? A los convictos y condenados perdonásteis por reverencia de la festividad, ¿y a los no culpables y que a nada hanse atrevido los condenaréis, sobre todo en la presente solemnidad? En manera alguna, oh Emperador. Vos, enviando a todas las ciudades esta carta, decíais: ¡Ojalá pudiera resucitar a los muertos! De tanta humanidad necesitamos ahora, necesitamos estas palabras. No esclarece tanto a los reyes el vencer enemigos, cuanto el dominar el ánimo y vencer la ira, porque allí el trabajo lo llevan las armas y soldados, pero aquí el trofeo te corresponde, a ti la gloria. Habéis vencido el tumulto de los bárbaros, venced también el ánimo regio: sepan todos los infieles que el temor de Cristo puede refrenar todo poder. Glorificad a vuestro Señor perdonando a los consiervos los pecados, para que El mismo os florifique, para que acordándose de vuestra clemencia os mire en el día del juicio con ojos benignos y tranquilos. Estas y muchas más cosas dirá, y nos arrebatará completamente de la ira.

Mas no solamente tenemos un muy poderoso auxilio para persuadir al Emperador en este ayuno, sino también para sobrellevar generosamente todas las desgracias, porque de este tiempo sacamos consuelo y no el menor. Porque el estar cada día congregados, y el disfrutar oyendo las divinas Escrituras, y el vernos mutuamente y lamentarnos, y orando, y recibiendo la bendición, irnos así a casa, esto nos quita mucho dolor. Así, pues, no nos arrastraremos, ni nos traicionemos por causa de la ansiedad, sino permanezcamos esperando bienes, y apliquemos la atención a lo que se ha decir, porque quiero también hoy hablar otra vez del desprecio de la muerte.

Díjeos ayer que tememos la muerte, no ciertamente porque sea terrible, sino porque no nos abrasa el amor del reino de los cielos, ni el temor del infierno nos ha dominado y además porque no tenemos

buena conciencia. ¿Queréis que haga conmemoración de una cuarta causa de esta ansiedad importuna, y no menos verdadera que las antedichas? No vivimos con la austeridad conveniente a Cristianos, sino que gustamos de la vida fácil, suelta y muelle, y verosíblemente por esto nos recreamos con las cosas presentes.

DE LA MACERACIÓN NACE EL DESEO DEL CIELO. Porque si de veras viviésemos esta vida en ayunos, vigiliias y poca comida, recortando nuestras absurdas concupiscencias, moderando los placeres, aguantando las penalidades de la virtud, a imitación de Pablo corrigiendo nuestro cuerpo y obligándole a servir (I CORINTIOS, 9-27), no secundando los deseos de la prudencia carnal, siguiendo la estrecha y escarpada senda, pronto deseáramos los bienes futuros, apresurándonos por vernos libres de los presentes trabajos.

Y que no es falaz nuestro discurso lo verás: sube a la cumbre de los montes, mira allí los monjes moradores vestidos de saco, cilicios, cadenillas, que ayunan, y están encerrados en tinieblas, y los verás a todos deseando la muerte, a la que llaman descanso. Pues como el que lucha con cestones se apresura a salir del estadio, por verse libre de heridas, y el atleta desea que los espectadores se pongan de pie para verse absuelto del trabajo, así también el que vive con austeridad y rigidez por la virtud, desea la muerte, para que sea arrebatado de los presentes trabajos, para que pueda contar con las coronas ganadas; navegando al puerto tranquilo, y transmigrando allá donde ya no es de temer el naufragio. Por esto naturalmente nos deparó Dios vida trabajosa y molesta, para que empujados por el malestar presente, apetezcamos lo venidero. Porque si habiendo tantas tristezas, y peligros y temores, y afanes que nos envuelven por todas partes, tan a gusto nos estamos en la presente vida, de no haber nada de esto, y si la vida hubiera de estar sin tristeza y calamidades, ¿cuándo jamás apeteceríamos los bienes futuros?

4. Así también lo hizo Dios con los judíos. Pues queriendo infundirles el deseo de regresar y moverlos a odiar a Egipto, permitió que trabajasen en labores de adobe y ladrillo (EXODO, 1-14), para que atormentados con la grandeza de los trabajos y miseria, acudiesen a Dios pidiendo el regreso. Pues que si una vez salidos, aunque habían pasado estas cosas se acordaron otra vez de Egipto y de la servidumbre primera, y se apresuraban a volver a tan grave tiranía (EXODO, 16-5); si no hubiesen tenido experiencia en los bárbaros egipcios, ¿cuándo jamás hubieran pensado en abandonar la tierra extraña?

Pues también para que nosotros, apegados a la tierra y anhelosos de lo presente, no emperecemos, Dios nos ha hecho trabajosa la vida, para que no olvidemos la futura.

Por tanto, no nos abracemos con la vida presente más que lo imprescindible. ¿Qué utilidad tenemos? ¿Y que provecho de la excesiva codicia de la presente vida? ¿Quieres que te diga por qué es un bien la vida presente? Porque se nos ha hecho materia de vida futura, y ocasión y estadio para conseguir allí coronas, pues si no nos diera esto sería más miserablemente que mil muertes. Porque si viviendo no hemos de agradar a Dios, mejor es morir. Porque ¿qué hay de nuevo? ¿Qué más hay? ¿No vemos siempre el mismo sol y la misma luna? ¿No el mismo invierno y el mismo estío? ¿No los mismos negocios? *¿Qué es lo que hasta aquí ha sido? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que se ha hecho? Lo mismo que se ha de hacer* (ECLESIASTÉS, 1-9).

Así, pues, ni tengamos por dichosos a los que viven, ni lloremos a los que mueren, sino que lloremos por los que están en pecado, ya vivan, ya estén muertos; mas a los justos, doquiera estén, tengámoslos por felices. En realidad tú tienes miedo de una muerte y lloras, mientras que Pablo, muriendo cada día, no sólo no lloraba, sino que se alegraba y saltaba de gozo. Dice: ¡Ojalá que me viera en peligro por Dios, y nada cuidaría!

Mas ni ahora estés consternado, pues no tan sólo quien sufre por Dios *merece alabanza*, sino también *quien sufre algo injustamente y lo sobrelleva generosamente* y da gracias a Dios que lo permite, no es inferior al otro que sufre lo dicho por causa de Dios. Porque el bienaventurado Job recibió muchas e intolerables plagas del demonio, que le acometía en balde, con temeridad y sin causa; pero como las soportó generosamente, y dio gracias a Dios que las permitía, recibió corona completa.

LA MUERTE NO ES DE TEMER. No te entristezcas, pues por la muerte, que es cosa de naturaleza; entristécete empero por el pecado, que es daño de la voluntad. Y si sientes tristeza por los muertos, duélete también por los que nacen: tan natural es esto como aquello. Por lo tanto, si alguien te amenaza con la muerte, dile: Enseñado estoy por Cristo a no temer a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma (MATEO, 10-28). Si te amenaza con la confiscación de la hacienda, responde: *“Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré a ella”* (JOB, 1-21). *“Nada hemos traído a este mundo, y sin*

duda, que tampoco podríamos llevarnos nada” (TIMOTEO, 6-7): y si tú no los quitares, los quitará la muerte que sobreviene, y si tú no mataras, la ley de naturaleza traerá la muerte. Nada temamos, pues, de lo que nos viene por naturaleza, sino temamos lo que nos sobreviene por la mala voluntad: que éstas son las cosas que nos causan pena, y pensemos esto a la continua en *los sucesos inesperados* que nos pasan, que *no los remediamos doliéndonos* y dejaremos de dolernos, y además de esto, también esto otro: *si padecemos injustamente algo en la vida presente, deshacemos muchos pecados.*

Ahora bien: muy ventajoso es pagar aquí por los pecados, y no allí, porque aquel rico, el Epulón, nada molesto sufrió, y por lo mismo estaba allí atormentado. Y que era ésta la causa de que allí no gozase de alivio alguno, escucha lo que dice Abraham: *“Hijo acuérdate que recibiste bienes durante tu vida... tú, eres atormentado”* (LUCAS, 16-25) Y que por lo mismo a Lázaro se le han dado bienes, porque con fortaleza sufrió infinitas molestias, oye al Patriarca que también dice esto. Porque habiendo dicho al rico: *“recibiste bienes”* añadió: *“y Lázaro, al contrario, males, y así éste ahora es consolado”* Pues así como los que viven con fortaleza y atribulados tienen de Dios emolumento doble, así también quien vive en vicio y disfrutando delicias tendrá pena doble.

Otra vez repito no para acusar a los que huyen, pues dice el ECLESIAÍSTICO, 4-3: *“No aflijas el corazón del desvalido”* (ECLESIAÍSTICO, 4-3); queriendo no increpar, porque el enfermo está necesitado de consuelo, sino cuidando de enmendar: no busquemos nuestra salvación en la fuga; pero huyamos los pecados y alejémonos de la mala vía. Si esto hiciéremos, aunque nos encontremos entre innumerables soldados, nadie podrá dañarnos; mas si esto no hiciéremos, aunque hayamos subido a las cimas de los montes, allí encontraremos incontables enemigos.

Recuerda otra vez aquellos Tres Jóvenes que estaban dentro del horno, y que nada molesto sufrían, y que los que en el horno los habían echado y que estaban fuera del horno, todos cuantos estaban al derredor, todos fueron abrasados. ¿Qué cosa más admirable? A los que envolvía el fuego, los suelta; a los que no envolvía, los arrebató, para que adviertas que no el lugar, sino la cualidad de las costumbres, llenan la salvación o el castigo: los de dentro salieron, los de fuera quedaron abrasados. Los cuerpos eran lo mismo para unos y para otros; pero no el sentido; de ahí que los sufrimientos tampoco fueron

iguales. Como el heno, como esté cerca, aunque fuera, pronto se enciende; mas el oro, por el contrario, aun metido en el fuego, más resplandece.

5. ¿Dónde están ahora los que dicen: Lléveselo todo el Emperador con tal que nos deje con vida y libertad? Aprendan al cabo que es quedar libre el cuerpo. Porque no hace libre al cuerpo la inmunidad del castigo, sino el vivir de continuo en justicia. Los cuerpos de los Tres Jóvenes libres estaban, por más que habían sido arrojados en el fuego, porque antes habían depuesto la servidumbre del pecado. Que ésta es la única libertad, no el huir del castigo, ni el no sufrir cosa molesta. Mas tú, oyendo horno, acuérdate de los ríos de fuego de aquel día tremendo. Pues así como aquí en Babilonia a unos arrebató el fuego, pero a otros respetó, lo mismo sucederá en aquellos ríos, y si alguno tiene leños, heno y estopa, éste enciende el fuego; pero si tiene oro y plata, queda hecho más resplandeciente.

Amontonemos, pues, estos materiales, y soportemos con generosidad lo de ahora, sabiendo que de aquella pena nos libra la tribulación presente, si sabemos filosofar, y nos vuelve ahora mejores, y no sólo a nosotros, sino también a veces a los mismos que nos atormentan, si vigilamos; es tal la eficacia de esta filosofía que aun en el mismo tirano se dejó entonces sentir. Porque luego que vio que nada malo habían experimentado, escucha cuan mudado está: *"Siervos del Dios altísimo, dijo, salid fuera y venid"*. Pues ¿no decías poco hace: *¿y cual es el Dios que os libraré de mi mano?"* (DANIEL, 3-93, 15).

¿Qué ha sucedido? ¿De dónde tal mudanza? ¿Has visto abrasados a los que estaban fuera y llamas a los que están de pie dentro? ¿De dónde te ha ocurrido meditar así?

¿Has visto qué gran mudanza en el rey? Cuando aún no los había detenido, blasfemaba; mas luego que los echó al fuego, filosofa. Por esto también Dios permitió que se hiciera todo cuanto quiso el tirano, para demostrar que a los que El guardó no hay quien pueda dañarlos.

Lo mismo que hizo con Job, lo mismo hizo también aquí. Pues allí permitió que el diablo ostentase toda su potencia, y después que tiró todas sus saetas y cuando no le quedó medio ni asechanza por probar, entonces sacó del estadio al púgil, para que fuese más esclarecida e indudable la victoria: aquí hizo otro tanto. Quiso destruir su ciudad, Jerusalén, y no lo prohibió; quiso llevarlos cautivos, y no lo impidió; quiso atarlos, lo concedió; echarlos en el horno, lo permitió; encender extraordinariamente las llamas, y lo permitió, y cuando

nada había quedado que desear, y el tirano había agotado toda su fuerza, entonces manifestó Dios su poder y la paciencia de los Jóvenes.

¿Ves, por tanto, que Dios permitió las tribulaciones hasta el fin, para demostrar a los que ponían asechanzas tanto la virtud de los perseguidos, como la providencia de Dios? Ambas cosas aprendió entonces el que clamaba: “*Siervos del Dios, salid fuera y venid*” (DANIEL, 3-13).

Más tu reflexiona conmigo la magnanimidad de los Jóvenes, pues no salieron antes de mandato, para que nadie pensara que habían tenido miedo del fuego; ni una vez llamados permanecieron dentro, para que apareciesen como ambiciosos y contenciosos. Como si hubiesen dicho: Después que has aprendido cuyos servidores somos, después que has conocido a nuestro Señor, ahora salimos, estando todos presentes, los que seremos pregoneros del poder divino. Aún más, no sólo ellos, sino hasta el enemigo con su propia voz y lengua por medio de cartas predicaba a todos ya la constancia de los públes, ya el poder del juez del certamen. Y como los pregoneros, que en medio del teatro proclaman a los atletas triunfadores y dicen las ciudades de los mismos: fulano, de tal ciudad; lo mismo aquí, pero en lugar de la ciudad, se anunció y pregonó el Señor de ellos: *Sidrach, Misach y Abdemago, siervos de Dios altísimo, salid fuera y venid* (DANIEL, 3-93).

Pues ¿qué ha pasado, para que los haya llamado servidores de Dios? ¿Pues no eran servidores tuyos? Pero, dice: Han destruido mi reino, han pisoteado mi soberbia, con las obras han demostrado quién es el verdadero Señor de ellos, si hubieran sido servidores de hombres, no se habría espantado el fuego, no habrían cedido las llamas: porque a los servidores de hombres no respetan ni honran las criaturas inconscientes. Por esto dice otra vez: “*Bendito sea el Dios de ellos, el Dios de Sidrach, Misach y Abdemago*” (DANIEL, 3-95).

Mas tú contempla conmigo cómo predica al primer remunerador: *Bendito sea el Dios de ellos, el cual ha enviado su ángel y ha librado a sus siervos* (IBIDEM). Esto del poder de Dios: canta además la virtud de los atletas. *Que creyeron o confiaron en El, y pospusieron el mandato del rey, y sacrificaron sus cuerpos por no servir o adorar a otro Dios alguno fuera de su Dios* (IBIDEM).

Y ¿qué puede compararse con la virtud? Cuando antes dijeron: *No daremos culto a tus dioses* (DANIEL, 3-18), se encendió el rey más que

el horno; pero cuando por las obras lo demostraron, no sólo no se indignó, antes bien, alabó y admiró que no le hubiesen obedecido. Es tanto el bien de la virtud, que a los mismos enemigos tiene por admiradores y alabadores. Ellos lucharon y vencieron, y él vencido, daba gracias porque no los había aterrorizado al ver las llamas, sino que los había consolado la esperanza en Dios, el Señor, y llámale Señor del orbe de la tierra por los Tres Jóvenes, sin limitar su imperio con ninguna frontera, sino como si los Tres Jóvenes fuesen como el orbe de la tierra: de ahí, que pasando por alto a tantos tiranos, reyes y príncipes, que le habían obedecido, admiró, a los tres cautivos, que habían menospreciado su tiranía. Pues no lo hacían por contradecir, sino por ejercitar la virtud; no por arrogancia, sino por religión; no hinchados de soberbia, sino abrasados de celo. Porque es un bien grande esperar en Dios: lo que aun él mismo pagano advirtió y demostrando que ellos habían así salido de un peligro, inminente, proclamó: *“Porque confiaron en El”*.

6. Todo esto digo ahora, y entresaco historias en las que hay tentaciones, calamidades, iras de reyes e insidias, para que nada temamos, sino solamente el ofender a Dios. Porque también entonces se encendió el horno, estaba encendido; pero ellos lo menospreciaron y temieron el pecado, porque sabían que encendidos no habían de padecer cosa grave, mas obrando impiamente habrían de padecer horrores.

EL PECADO MISMO ES UN GRAN SUPLICIO. Porque es un gran tormento el pecado, aunque no sea castigado; así como es el más grande honor y la mayor tranquilidad el vivir virtuosamente, aunque seamos castigados. Porque los pecados nos separan de Dios, como lo dice El mismo: *Vuestras iniquidades han puesto un muro de separación entre vosotros y vuestros Dios, y vuestros pecados, le han hecho volver su rostro de vosotros* (ISAÍAS, 59-2), mas las penas nos conducen a Dios: porque dice: *“Nos darás la paz, porque todas nuestras obras tú nos las hiciste”* (ISAÍAS, 26-12).

Si alguno tiene una úlcera, ¿qué se debe temer, el pus o que el médico saje? ¿El bisturí o la comida destructiva de la úlcera? El pecado es la pus; la pena es el instrumento salutarífico. Por tanto, así como el que tiene pus, aunque no esté sajado, tiene mal, y cuando no se saja está en mayor peligro, así el que peca, aunque no sea castigado, es el más miserable de todos, y entonces es sobre todo miserable, cuando no es castigado ni sufre nada molesto. Y como sucede a los que sufren del bazo y de hidropesía, cuando disfrutan de mesa abun-

dante y de bebida refrescante, y de platos delicados y sabrosos, entonces principalmente son los más miserables de todos, aumentado el mal con los placeres; pero si con hambre y sed, según las instrucciones de los médicos, están aumentados, tienen alguna esperanza de curación, así también los que viven en maldad si son castigados, tienen fundada esperanza; pero si con la iniquidad gozan de libertad y placeres, son mucho más miserables que los enfermos de hidropesía y que simultáneamente están dados a la crápula, y tanto más, cuanto mejor que el cuerpo es el alma. Por lo tanto, cuando veas algunos que cometen los mismos pecados, pero a los unos veas padeciendo hambre continua y males incontables, mientras los otros están borrachos, divertidos y crapulosos, ten por más felices a los que padecen graves males. Porque la llama del placer queda entredicha con estas calamidades y emigran para el futuro juicio y terrible tribunal llevando no pequeño consuelo, porque con las calamidades de esta vida expiaron muchos pecados.

SEGÚN COSTUMBRE HABLA CONTRA LOS JURAMENTOS. Pero baste ya de consolar: ya en lo restante es tiempo de pasar a la amonestación para evitar los juramentos y resolver la excusa que a los que juran parece ser fría e inútil. Porque cuando los acosamos, objetan que otros hacen lo mismo, y dicen: aquel y el otro juran. Digámosles, pues:

Pero aquel otro no jura. Dios, no obstante, al juzgar hace comparación de aquellos que se portaron rectamente, porque los pecadores no ayudan a los que pecan con la comunicación de delitos; pero los que viven bien, condenan a los pecadores. Porque muchos eran los que no habían dado a Cristo de comer y de beber; pero en nada se ayudaron mutuamente: lo mismo que ni las cinco vírgenes hallaron venia unas de otras, sino antes que éstas, quienes se portaron rectamente, y éstas y aquellos fueron condenados y castigados.

Libres, pues, de esta necia excusa, no miremos a los que han caído, sino a quienes se portan bien, y cuidemos de sacar provecho de este ayuno. Y como muchas veces habiendo comprado un vestido, o un esclavo, o una hermosa vasija, hacemos memoria del tiempo, y mutuamente decimos: aquel siervo en tal fiesta solemne lo adquirí, el vestido lo compré en tal tiempo, así también, si guardamos esta ley, diremos: en tal Cuaresma me corregí de jurar; hasta entonces juraba, y con sólo haber oído una amonestación, me abstuve de pecar.

Pero la cosa es que las costumbres es difícil de corregirse. También lo sé yo, y por esto me apresuro a producir en vosotros otra costumbre

buenas y que provoque ganancia. Porque habiendo dicho, con dificultad desisto de la costumbre, trabaja por lo mismo en desistir, sabiendo ciertamente que si te impones la otra costumbre de no jurar, ya no tendrás necesidad de más trabajo. ¿Qué es más difícil, no jurar o aguantar todo un día el hambre y resecarse con la poca cantidad de comida y bebida? Ciertamente que esto es más molesto que aquello, pero no obstante, es la costumbre una cosa tan fácil y expedita, que al llegar al ayuno, aunque sea uno mil veces invitado, y sea incitado a beber vino, a gustar cualquiera cosa no permitida por la ley del ayuno, preferirá sufrirlo todo antes que tomar comida prohibida; y esto no desagradándonos la mesa, y no obstante por la costumbre y por conciencia sobrellevamos y generosamente lo sufrimos todo. Pues ni más ni menos pasará con los juramentos, y como ahora, si alguien impone una necesidad la más grande, tú permaneces en observar la costumbre, así también entonces si alguno te provocare mil y más veces, no te apartarás de la costumbre.

7. Cuando, pues, hayas marchado a casa, háblalo a todos los domésticos, y así como a veces los que vuelven de un prado muchos cogen una rosa, o una violeta, o una cualquier otra flor y la llevan en la mano al volver, y otros, que del huerto van a casa trasladan ramas de los árboles cargadas de frutos, y otros de opíparos banquetes llevan para sus amigos y parientes los relieves de la mesa, así también tú, al retirarte de aquí, lleva la enseñanza a los hijos a la mujer, a todos tus allegados. Pues esta admonición es más útil que el prado, el huerto y el banquete: estas rosas jamás se marchitan, estos frutos jamás se pasan, estos platos jamás se echan a perder, y además de aquello el placer es temporal, mas de esto la utilidad es perenne, no sólo después que hayan sido acabados, sino también mientras se terminan y completan. Porque piensa lo que, es dejadas todas las demás cosas, públicas y privadas, hablar siempre de las leyes divinas, ya en la mesa, ya en la plaza, ya en las demás reuniones. Si a esto nos dedicamos, nada peligroso diremos, nada nocivo, ni pecaremos inconscientes; es más, amenazados de la tristeza, dedicándonos a hablar de estas cosas, podremos liberar el alma, desechada aquella preocupación por la cual solícitos nos preguntábamos mutuamente: ¿Si el Emperador habrá oído lo sucedido? ¿Estará irritado? ¿Y qué sentencia dictará? ¿Nadie ha habido que le haya rogado? ¿Y permitirá él que una ciudad tan grande y populosa sea totalmente arruinada? Estas y otras mil cosas parecidas dejándolas en manos de Dios, cuidemos tan sólo de sus

mandamientos: que así resolveremos también todo lo demás, y si entre nosotros hubiera siquiera diez que se hayan portado rectamente, en breve aquellos diez se harán veinte, los veinte cincuenta, los cincuenta ciento, los cientos mil, los mil toda la ciudad. Y así como con diez lámparas encendidas puede fácilmente llenarse de luz toda la casa, así en las obligaciones espirituales, con solo diez que hayan vivido rectamente, encenderemos por toda la ciudad una pira luminosa y que nos proporciona seguridad. Pues ni la misma llama material enciende siempre la leña próxima tanto como la llama del cielo prendida en pocas almas de virtud, avanzando despacio, podrá llenar toda la ciudad. Concededme, pues, que me gloríe de vosotros, tanto en la presente vida como en el día venidero en que serán introducidos, los que tienen los talentos prestados: será para mí suficiente recompensa vuestra claridad, y si os viere vivir con grande piedad, todo lo he recibido.

Por tanto, haced lo que ayer advertí, y hoy diré y no cesaré: contra los que juran señalad una multa, una multa en dinero, que no haga o cause daños: estad preparados como para darnos una prueba de aprovechamiento. Pues he de empeñarme en alargar el discurso con cada uno de vosotros, terminado que éste sea, para que por la extensión de las palabras venga a dar con los enmendados; y si viere a alguno que jura, lo declararé a los enmendados, todos para que reprendiéndole, arguyéndole, corrigiéndole, pronto le hagamos libre de la mala costumbre. Porque es mejor que avergonzado aquí se corrija que no en aquel día públicamente, presente todo el mundo, ser confundidos y castigados, revelados a la vista de todos los pecados nuestros. Pero no; que ninguno de los oyentes de este recogido sermón aparezca allí con tanta vergüenza, sino que corrigiendo todos los pecados por las súplicas, de los santos padres, y enriquecidos con frutos copiosos salgamos de aquí con gran confianza, por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 7

1. Mucho y de muchas cosas diserté ayer ante vosotros; pero de tantas cosas, ya que todas no os es fácil recordarlas, os ruego no olvidéis una principalmente: que *Dios nos ha permitido la tristeza no por otro motivo que por sólo el pecado*, y esto nos lo ha manifestado por la experiencia. Doliéndonos y entristeciéndonos en la multa pecuniaria, en la muerte, en la enfermedad y en otras muchas molestias que nos suceden, no sólo no alcanzamos consuelo alguno, sino que aumentamos las molestias; pero si de los pecados nos dolemos y contristamos, disminuimos la magnitud del pecado, y lo que era grande, hacemoslo pequeño, y muchas veces de raíz lo borramos todo.

Acordaos de esto asiduamente, para que os doláis sólo por el pecado y por ninguna cosa más; y también recordad esto otro, que *el pecado introduce en nuestra vida la muerte y la tristeza, y es destruido a su vez por ambas cosas*; lo cual hemos demostrado antes más extensamente. Por tanto, nada temamos tanto como el pecado y la prevaricación. No temamos la pena, y la pena evitaremos; como los Tres Jóvenes aquellos no temieron el horno, y el horno evitaron; tales conviene que sean los servidores de Dios. Porque si estando educados en el Antiguo Testamento, cuando todavía la muerte no estaba mortificada, ni las bronceínas puertas quebradas, ni los cerrojos férreos rompidos, dieron muestras de tanta audacia contra la muerte, ¿qué excusa tendremos, o qué perdón nosotros, que habiendo conseguido tamaña gracia ni siquiera les igualamos en los grados de fortaleza ahora, cuando la muerte sólo es un nombre privado de realidad? Porque la muerte nada más es que un sueño, una salida, un traslado, un descanso, un puerto tranquilo, una liberación de perturbaciones, un desentenderse de los cuidados de la vida. Y aquí interrumpamos el sermón consolatorio, pues llevamos ya cinco días consolándoos y ya parece que somos molestos. Baste, pues, lo dicho para los atentos y que son adictos, más para los pusilánimes aunque a lo dicho añadamos muchas otras cosas, de nada aprovechará.

Y es tiempo ya de que tratemos de la exposición de las Escrituras, porque así como si no hubiésemos dicho nada de la presente calamidad alguno nos habría tachado de cruel e inhumano; así si de la misma hablamos siempre, con motivo nos motejará de pusilánimes. Por tanto, encomendando vuestros corazones a Dios, que puede hablar a vuestras almas y arrojar de los pechos toda tristeza, toquemos ahora la acostumbrada doctrina, máxime cuando toda exposición de la Escritura es exhortación y consolación. Así, pues, aunque parece que nos abstenemos de consolar, de nuevo reincidimos en el mismo asunto por la exposición de las Escrituras. Y que para los que aplican la atención es consolación toda la Escritura, ahora mismo os lo haré patente. Pues no, recorriendo la historia de las Escrituras, pondré empeño en buscar algunas palabras consolatorias, sino que para hacer mas convincente la demostración de mi promesa, hoy voy a tratar sobre el libro leído, y si se quiere, del principio y proemio del mismo, que sobre todo parece no contener ni vestigio siquiera de consolación; pero que exponiendo con claridad lo que está del todo ajeno de palabras de consuelo, hará manifiesto lo que digo. Y ¿cuál es este proemio?

“En el principio crió Dios el cielo y la tierra. La tierra empero, estaba informe y vacía, y las tinieblas cubrían la superficie del abismo”. (GÉNESIS, 1-1-, 2). ¿Es que a algunos de vosotros les parece que esto encierra algún consuelo de la tristeza? ¿Acaso no es una narración histórica y la doctrina de la creación?

2. ¿Queréis, pues, que demuestre la consolación escondida en esta sentencia? Atended, pues, y advertid con diligencia las cosas que se han de decir. Porque cuando hayas, oído que el cielo, la tierra, el mar, el aire, las aguas, las muchas estrellas, los dos grandes luminares, las plantas, los cuadrúpedos, los peces, y las aves, y en general todo cuanto se ve, Dios lo creó por ti, para tu salud, para tu honor, ¿no es cierto que sientes grande consuelo y que recibes esta máxima manifestación del amor de Dios, cuando piensas que tanto y tal mundo, tan hermoso y grande, y admirable lo creó Dios por ti, el pequeño? Así es que cuando hayas oído: *“En el principio crió Dios el cielo y la tierra”* no pases de ligero lo dicho, sino recorre mentalmente la grandeza de la tierra y recapacita que mesa tan regalada y abundante nos presentó, y que nos dio por todas partes mucho placer; y lo que es aún lo más grande, no en retribución de algunos trabajos, ni en premio de merecimientos dio tan grande y tal mundo, sino que juntamente nos hizo, y honró a nuestro linaje con este mundo, pues dijo: *“Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra”* (GÉNESIS, 1-26). ¿Qué es: *“A imagen y semejanza nuestra”*? De la primacía dijo la imagen, para que así como en el cielo nadie hay superior a Dios, así sobre la tierra ninguno hay superior al hombre. Pues con esto solo primero le honró porque le hizo a su imagen; en segundo lugar, porque no nos dio el imperio en premio de los trabajos, sino que manifestó solamente la gracia de su benignidad; en tercer lugar, porque nos lo ha hecho natural. Porque los imperios son ya naturales, ya electivos: son naturales, como el del león sobre los cuadrúpedos, el del águila sobre las aves; de elección, como el de nuestro Emperador. Porque éste no manda a los consiervos por ley de naturaleza. De ahí que muchas veces se pierde el imperio, porque son tales las cosas que no están inhinentes a la naturaleza, que fácilmente admiten mudanza; pero no así el león, sino que naturalmente domina a los cuadrúpedos, así como también a la aves el águila. De modo que siempre con el género está conjunta la clase de reino, y nadie jamás vio que un león haya perdido esta primacía.

Tal imperio diónos desde el principio Dios, y nos puso al frente

de todas las cosas, y no adornó con sólo esto nuestra naturaleza, sino también por la prestancia del lugar, señalándonos por egregia habitación el paraíso y dándonos la razón y concediéndonos un alma inmortal.

DIOS ES BUENO NO SÓLO CUANDO HACE FAVORES, SINO TAMBIÉN CUANDO CASTIGA. Pero no me entretendré en estas cosas, porque yo afirmo ser tan grande la sobreabundancia de la divina dirección, que no tan sólo por las cosas con que nos honró, sino que también por las que nos castigó, igualmente podemos demostrar su bondad y benignidad. Y os exhorto a considerar con toda diligencia esto sobre todo: que *Dios no sólo cuando honra y beneficia, sino cuando corrige y castiga, es bueno de igual manera*, y sea que se nos promuevan luchas bien contra los gentiles, bien contra los herejes y disputas sobre la benignidad de Dios, demostraremos su bondad tanto por las cosas con que nos honró como por aquellas con que nos castigó. Porque si fuera bueno sólo cuando honra, y cuando castiga no lo fuese, sería bueno a medias; pero no es así, de ningún modo. Ciertamente que esto entre los hombres es verosímil, porque aplican las penas con furor y apasionamiento; Dios, empero, no estando sujeto a ningunas pasiones, ya beneficie, ya castigue, igualmente es bueno y no menos que el reino demuestra, manifiesta su bondad la amenaza del infierno, y os diré cómo se hace esto.

Si no hubiera amenazado con el infierno, si no hubiera preparado castigo, muchos no habrían podido conseguir el reino. Porque a muchos no mueve a la virtud tan eficazmente la promesa de premios, como la perspectiva de los castigos cohibe por temor y despierta a cuidar del alma. Así, pues, por más que el infierno es contrario al reino de los cielos, ambos se dirigen al mismo fin, a la salvación de los hombres, éste, desde luego, atrayendo con aliciente; aquel, empero, compeliendo hacia el cielo y corrigiendo por el temor a los más negligentes.

3. Y no en balde prolongo este discurso, sino porque a veces al sobrevenir hambre, sequías, guerras, inminente ira del rey y otras cosas de esta especie no previstas, muchos engañan a los más sencillos diciendo que estas cosas no son dignas de la providencia de Dios. Pues para que no estemos engañados, sino sepamos cierto que, ora mande hambre, ora guerra, ora otra cualquier cosa molesta, hace esto por benignidad y grande dilección, me he visto obligado a detenerme en este discurso. Porque también los padres, que aman como ninguno

a sus hijos, le prohíben comer en la mesa, y los flagelan, y los afrentan, y con mil otras cosas parecidas corrigen a los niños juguetones; pero con todo padres son, no sólo cuando honran, sino cuando hacen todo esto, y, sobre todo, son padres entonces cuando lo hacen.

Pues si los hombres, que muchas veces por furor o ira declinan de lo útil, no por crueldad e inhumanidad, sino por cuidado y amor a los que aman, se piensa que castigan; mucho más se debe sentir así de Dios, que por su infinita bondad excede a todo el amor de padre. Y para que no pienses que esto se ha dicho por conjeturas, ea, volvamos a la Escritura con el sermón.

Poco después que el hombre fue engañado y atraído por un ímprobo demonio, veamos de qué manera trató Dios al que había cometido tal crimen. ¿Acaso lo perdió del todo? Y en verdad que la razón de justicia lo exigía, que al que nada bueno había obrado, pero que había conseguido tanta benevolencia, y que ya desde los comienzos se rebelaba, fuese quitado del medio, fuese borrado por completo. Pero Dios no hizo esto, ni le abominó, ni aborreció, al que tan ingrato se había manifestado con el bienhechor, sino que vino a él, lo mismo que un médico a un enfermo. Y no pases de ligero lo dicho, carísimo, sino recapacita lo que es no haber enviado a un ángel ni a un arcángel, ni a algún otro de los consiervos de aquel, sino que el mismo Señor bajó al caído, levantó al que estaba en tierra, y solo al solo, como a un amigo infortunado y que estaba puesto en grande adversidad se acercó.

Y que hiciese esto por su grande caridad hasta las mismas palabras que le dijo, manifiestan su inefable amor. Y ¿qué necesidad hay de que repita yo todas las palabras?, puesto que ya en la primera sentencia demuestra al momento su amor. Porque no dijo: Oh tú, malvado e infelicísimo; habiendo gozado de mi benevolencia, honrado con tal alta dignidad de rey, puesto al frente de todo lo visible, sin mérito alguno tuyo, logrado prendas de mi solicitud y verdadera prueba de la providencia, has juzgado más digno que a tu Señor y tutor, a quien confiarte, al demonio malvado y pestífero enemigo de tu salvación? ¿Pues qué es lo que él te ha dado, como yo? ¿No crié el cielo por ti? ¿Y la tierra, el mar, el sol, la luna y todas las estrellas? Porque los ángeles no necesitaban de esta creación, sino que para ti, para tu solaz, hice mundo tal y tan grande; y tú, ¿has tenido por más dignas de crédito unas palabras, una falsa promesa, promesa llena de fraude, que las mismas obras recibidas de mi beneficencia y providencia, y te le has entregado y has pisoteado mis leyes?

CLEMENCIA DE DIOS CON EL PRIMER HOMBRE. Porque estas y muchas otras cosas era natural que dijese el ofendido, mas no así sino todo lo contrario dice Dios. Ya desde la primera palabra lo animó, y al que estaba aterrado y tímido, y temeroso le dio confianza, llamándole El primero: aún más, no sólo llamándole primero, sino llamándote por el nombre propio y diciendo: "*Adán ¿dónde estás?*" (GÉNESIS, 3-9), manifestó su amor, y su grande solicitud acerca del mismo. Pues ya todos sabéis que esto es indicio de legítima amistad. Acostumbraron hacer esto los que recuerdan a los muertos, pronunciando con frecuencia los nombres de ellos: como a su vez los que aborrecen y sienten enemistad para con algunos, ni toleran pronunciar los nombres de quienes les han lesionado. Por eso Saúl, sin haber padecido de David injuria alguna, pero habiendo maquinado muchas y muy grandes injurias contra él, después que le tenía aversión y odio, no soportaba siquiera pronunciar su nombre, sino que estando todos sentados a la mesa, después que vio que no había acudido, ¿qué dijo? No dijo ¿dónde está Davia?, sino "*¿dónde está el hijo de Jessé?*" (I REYES, 20-27), llamándole por el padre. Y otra vez los judíos hacen lo mismo con Cristo, pues como le tenían aversión y odio, no dijeron dónde está Cristo, sino "*dónde está aquel*" (JUAN, 7-11).

4. Mas Dios, queriendo aún en esto demostrar que ni el pecado había extinguido el amor, ni la desobediencia había quitado su benevolencia para con él, sino que todavía tenía providencia y cuidado del caído, dijo: "*¿Adán, dónde estás?*", no por ignorar dónde vivía, sino porque a los que han pecado se les ha cosido la boca, quitándoles el pecado la lengua, y frenándola la conciencia, y están estúpidos, forzados por el silencio como por un dógal. Queriendo, pues, Dios provocarle a tener confianza y libertad de hablar, y conducirlo a limpiarse de los males que había el hombre antes admitido, para que consiguiese alcanzar algún perdón, llámole El primero, cortando con la llamada gran parte de la ansiedad, y alejando el temor, y abriéndole la boca con llamarle. Y por esto decía: "*Adán ¿dónde estás?* Te dejé en otra parte, dice y te encuentro ahora en está; te dejé en confianza y gloria, y ahora te encuentro en confusión y silencio.

Mas pondera la solicitud de Dios: no llamó a Eva, no llamó a la serpiente, sino al que de todos menos había pecado a éste, llama primero a juicio, para que empezando por él, que podía merecer alguna venia, también contra la que había pecado mucho, diera una sentencia más suave.

También los jueces a sus consiervos, que tiene con ellos la misma naturaleza participada, no se consienten examinar por sí mismos, sino que envían un ministro intermedio, al que mandan hacer al reo las preguntas judiciales, y por medio del mismo comunican y reciben todo cuanto quieran, mientras examinan a los reos; mas Dios no tuvo necesidad de intermediario alguno para con el hombre, sino que él por sí mismo juzga y consuela. Y no es esto solamente de admirar, sino que corrija los delitos. Porque los jueces en teniendo a los ladrones y sacrílegos, no consideran como los volverán mejores, sino en cómo les impongan las penas de los delitos; Dios empero, al contrario, habiendo dado con un pecador, no considera cómo tomar castigo, sino cómo le corrija, y le haga mejor y para lo futuro inexpugnable. Así, pues, a la vez es juez y médico, y maestro Dios, porque como juez examina, y como médico remedia, y como maestro enseña y a los que habían prevaricado los induce a toda disciplina.

Ahora bien: si una sola y breve palabra os ha mostrado la solicitud de Dios, ¿qué sería si os leyésemos todo el juicio y os explicáramos todos los documentos? ¿Ves cómo toda la Escritura es consolación y exhortación? A su debido tiempo diremos esto: antes empero que esto es necesario que digamos cuando fue dado a luz este libro; que no fue al principio, no inmediatamente después de Adán se escribieron estas cosas, sino después de muchas generaciones, y es cosa de preguntar por qué después de muchas generaciones, y además por qué sólo para los judíos y no para todos los hombres, y por qué en lengua hebrea y en el desierto de Sinaí. Pues que el Apóstol no pasa de ligero este lugar, sino que con él nos presenta una gran contemplación, diciendo así: *“Porque estos dos son los dos testamentos, el uno dado en el monte Sinaí, que engendra esclavos”* (GÁLATAS, 4-24).

LA ACOSTUMBRADA EXHORTACIÓN PARA EVITAR LOS JURAMENTOS. En verdad también otras muchas cosas sería necesario preguntar; pero estoy viendo que el tiempo no nos consiente que entremos con el sermón en tan vasto piélago; por esto dejadas para tiempo oportuno estas cosas, os hablaremos otra vez de la abstinencia de los juramentos, y os pediremos que pongáis en esto gran cuidado. Porque, ¿cómo no será absurdo que el siervo no se atreva a llamar al señor por su nombre, y sin poner delante la nota de honor: señor, don, mientras que al Señor de los ángeles con temeridad y desprecio lo arrastra por doquiera? Y si el Evangelio debes tomarlo con pureza en las manos, y lo tomas con mucha reverencia y piedad, con temor y temblor, ¿por

qué con tu lengua temerariamente con frecuencia maltratas al Señor del Evangelio? ¿Quieres saber cómo le llaman las Virtudes en los cielos, con cuánto temblor, con cuanto horror con cuánta admiración? *“Vi al Señor sentado en un solio excelso y elevado. Alrededor del solio estaban los Serafines... y con voz esforzada, cantaban a coros, diciendo: Santo, Santo, Santo, el Señor Dios de los ejércitos, llena está toda la tierra de su gloria”* (ISAÍAS, 6-1, 2, 3). ¿Has visto con cuánto temor, con cuánto horror le nombran para glorificarle y alabarle? Pero tú ciertamente en las preces y súplicas le invocas con mucha tibieza, cuando era necesario horrorizarse, y vigilar, y ser sobrio; pero al jurar, cuando había que ni siquiera mentar el nombre admirable, añades y juntas unos con otros los juramentos. Pues, ¿qué perdón, qué excusa tendremos, aunque mil veces pongamos por delante la costumbre?

Cuéntase que uno de los oradores no cristiano, en fuerza de una mala costumbre al andar movía el hombro derecho constantemente, mas con todo venció la costumbre, púsose en ambos hombros puntas aceradas para corregir por miedo a los pinchazos el miembro que se movía tontamente: haz tú esto con tu lengua, y ponle en vez de punzante espada el temor de la pena divina, y ciertamente vencerás. Porque es imposible, lo repetiré, es imposible que los que esto meditan, cuidan y practican sean jamás vencidos.

Alabáis ahora lo dicho, pero cuando os hayáis enmendado, más alabaréis, no a mí, sino a vosotros mismos y con mayor placer oiréis lo que se dirá, e invocaréis a Dios con pura conciencia, a Dios, que tanto te respeta, que dice: *“Ni tampoco juraréis por vuestra cabeza”* (MATEO, 5-36); mas tú tanto le menosprecias, que hasta por su gloria juras.

Y ¿qué haré, preguntará alguien, contra aquellos que imponen necesidad? Oh hombre, ¿cuál necesidad? Sepan todos que tú prefieres padecer todos los males, antes que quebrantar la ley de Dios, y desistirán de ponerte en necesidad. Puesto que no es el juramento lo que hace al hombre digno de ser creído, sino el testimonio de la vida, la conversación prueba, el alma buena; muchas veces los que juran fueron descubiertos y nada persuadieron; otros empero, que sólo hacían señal de anuencia, fueron tenidos por más dignos de fe que los que mucho juraron.

Teniendo, pues, sabidas todas estas cosas, poniendo ante lo ojos la pena establecida para los que juran y perjuran, abstengámonos de la

mala costumbre, para que pasando de esto a las restantes obras de virtud, consigamos los bienes futuros; que a todos nosotros sean dados, por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 8

1. Habéis oído poco ha cómo la Escritura proporciona consuelo y refrigerio, aunque sea una narración histórica. Porque aquello: “*En el principio crió Dios el cielo y la tierra*” (GÉNESIS, 1-1), era una exposición histórica, pero el discurso demostró que también estaba henchida de grande consolación; como es, que Dios ha preparado mesa doble, poniendo a la vez mar y tierra, y doble correr del tiempo, haciendo día y noche: aquel, para trabajar; ésta, para descansar.

UTILIDAD DE LA NOCHE. Porque la noche no nos proporciona menos servicios que el día, pues así como dije de los árboles, que los que no dan frutos dan a los frutales una envidiada utilidad, haciendo que para levantar edificios no nos veamos obligados a tocar los árboles caseros, y para los animales domesticados no nos proporcionan menor utilidad los montaraces y bravos, que por miedo nos compelen a las ciudades, nos hacen más cautos, y nos obligan mutuamente, y a unos

ejercitan en la fortaleza, y a otros curan las enfermedades, puesto que los médicos confeccionan con ellos muchas medicinas, y también nos advierten del pecado original.

Pues cuando haya oído: “*Teman y tiemblen ante vosotros todos los animales de la tierra*” (GÉNESIS, 9-2-) y después vea que este honor ha sido quitado, me acordaré del pecado, el cual soltó nuestros temores, y disminuyó nuestro principado, y me haré más prudente y mejor, contemplando los males que nos han venido del pecado. Así, pues, y lo he dicho antes, como todas las cosas antedichas nos aprovechan para la vida y muchas otras, las cuales conoce Dios, que las ha hecho; así también aun la noche nos ofrece no menor servicio que el día, siendo descanso de las faenas y medicina de las enfermedades.

Muchas veces los médicos, trabajando mucho y componiendo medicinas, sin cuento, no pudieron librar de la enfermedad al enfermo, y el sueño que espontáneamente vino resolvió toda la enfermedad y lo libró de aquellos infinitos sufrimientos, y la noche no es sólo medicina para los males del cuerpo, sino también para el alma, calmando las almas dolientes. Muchas veces alguien después que perdió un hijo, siendo muchos los que le consolaban, no pudo contener los llantos y gemidos; pero al llegar la noche, vencido por el imperio del sueño, se retiró, cerró los ojos para dormir, y logró un pequeño consuelo de los males del día.

Vamos, pues, tratemos el asunto de donde nos hemos ido. Porque se bien que todos vosotros, tenéis ansias de esto, y que cada cual desea saber *por qué razón no salió a la luz este libro desde su principio*: pero ni tampoco ahora veo que sea oportuno el tiempo para tal exposición. Pues al cabo. ¿por qué? Esta semana ha llegado a su fin, y temo tocar el asunto, teniendo después que interrumpirlo en seguida. Porque este argumento precisa de muchos días, y su mención hase de hacer frecuente; por eso difirámoslo otra vez. Mas para que no lo llevéis a mal os pagaremos la deuda y con creces, pues así conviene a vosotros y a nosotros que pagamos; pero mientras tanto diremos ahora lo que ayer quedó por decir. Y ¿qué es lo ayer dejado? “Dios se paseaba, dice, en el paraíso al aire después de mediodía” (GÉNESIS, 3-8).

Dices: ¿Cómo? ¿Dios se paseaba? No paseaba; ¿cómo, el que está presente en todas partes y llenándolo todo? Pero en Adán produjo este sentimiento, para corregirle, para que no tuviese alguna excusa, aun antes de hablar. Lo mismo que los que han de comparecer en

juicio, para sufrir las penas de los delitos, escuálidos, sucios, tristes, despreciables, se presentan a los jueces, para moverlos por el hábito a humanidad, perdón y misericordia; lo mismo se verificó en Adán. Había que traer al tribunal a este caído; por esto Dios le previene y corrige.

Pero sintió, notó, que alguno paseaba; mas ¿por qué pensó que paseaba Dios? Esta es la costumbre de los que pecan: de todo sospechan, temen las sombras, espántase de cualquier ruido, creen que todos van en contra suya. Así es que, habiendo notado que muchos acudían a otros ministerios, los pecadores pensaron que contra ellos venían, y mientras hablaban entre sí de otras cosas, los que tenían conciencia de pecado pensaban que se trataba de ellos.

2. Pues tal es el pecado, dase a conocer sin que nadie arguya, condena sin que ninguno acuse, vuelve cobarde y tímido al pecador, así como la justicia hace lo contrario. Escucha, pues, como expresa la Escritura el miedo del primero y la libertad de este segundo: *"Huye el impío sin que nadie le persiga"* (PROVERBIO, 28-1), dice. ¿Cómo es que huye sin quien le persiga? Dentro tiene el activo acusador de la conciencia, y éste consigo lo lleva por todas partes: y así como no puede huir de sí mismo, así tampoco del que interiormente le agita, sino que donde quiera que vaya es azotado y tiene una herida incurable.

Mas el justo no es así; pero escucha cómo es: *Mas el justo, dice, se mantiene a pie firme, como el león* (IBIDEM). Tal era Elías: vio al rey que se dirigía a él, y diciendo éste: *"¿Eres acaso tú el que trae alborotado a Israel?"*, dijo: *"No he alborotado yo a Israel, sino tú y la casa de tu padre"* (REYES, 18-17, 18). En verdad el justo confió como un león, pues como un león se alzó contra el rey, lo mismo que contra un vil cachorrillo; no obstante, púrpura vestía éste, y aquel la zamarra o melota, vestido más venerable que la púrpura.

ELISEO LA REPETICIÓN DE ELÍAS SEGÚN LA INTERPRETACIÓN DEL CRISÓSTOMO. Porque la púrpura aquella produjo una grave hambre; pero la melota ésta alejó las calamidades, ésta dividió el Jordán; ésta hizo a Eliseo una repetición de Elías (4 REYES, 2-8, 9). ¡Oh qué grande es el poder de los santos! No sólo las palabras y cuerpos de ellos, sino hasta los mismos vestidos son perpetuamente venerables para toda la creación. La zamarra de éste divide el Jordán: los calzados de los Tres Jóvenes pisotearon el fuego; el leño de Eliseo mudó las aguas e hizo que el hacha sobrenadase; la vara de Moisés dividió el mar Rojo,

abrió la peña; los vestidos de Pablo curaron las enfermedades; la sombra de Pedro ahuyentó la muerte.

LAS CENIZAS DE LOS MÁRTIRES ARROJAN LOS DEMONIOS. Las cenizas de los Santos Mártires arrojan los malignos demonios. Por esto lo hacen todo confiados, como Elías; porque no miraba a la corona y al externo esplendor del rey, sino a su alma arrugada, asquerosa, sucia y más criminal que la de cualquier criminal, y viéndole interiormente cautivo y servidor de vicios, despreció su reino; porque le parecía ver no un rey de verdad, sino de burla; no en realidad, sino de comedia. Porque de la exterior opulencia, ¿qué provecho, cuando tanta es la interna pobreza? Y ¿qué perjuicio de la pobreza, cuando interiormente hay tantas riquezas de repuesto?

También el bienaventurado Pablo era tan león, porque entrado en la cárcel, con la oración tan sólo sacudió todos los cimientos, limó las cadenas (HECHOS APOSTÓLICOS, 16-26), no con dientes, sino con palabras, por lo cual hay que llamarlos no sólo leones, sino algo que sea más que los leones. Pues que muchas veces el león, caído en las trampas, es cogido; pero los santos, cuando son atados, entonces son más fuertes: como este bienaventurado hizo entonces en la cárcel, soltando a los encadenados, sacudiendo las paredes y sometiendo al custodio de la cárcel y conquistándolo con la palabra de la religión. El león ruge, y asusta a todas las fieras; el santo ora, y por todas partes arroja los demonios. Las armas del león, el horror de su mirada, las aceradas uñas y los agudos dientes; las armas del justo, la sabiduría, la templanza, la paciencia, el desprecio de todo lo presente. Cualquiera que tenga estas armas, no tan sólo de los hombres malos, sino también de los poderes enemigos, se burlará.

Cuida, pues, oh hombre, de vivir según Dios, y nadie te superará; aún más, aunque parezcas el más vil de todos, serás el más poderoso de todos; así como si descuidares la virtud del alma, aunque seas el más poderoso de todos, serás fácilmente expugnable a cuantos te armen asechanzas. Y esto prueban los ejemplos citados; mas si quieres, pondré esmero en enseñarte prácticamente que la fuerza de los justos es inexpugnable, y que es fácil cautivar a los pecadores. Escucha, por tanto, como el Profeta insinuó ambas cosas: *"No así los impíos, no así, sino que serán como el polvo o tamo, que el viento arroja en la superficie de la tierra"* (SALMO, 1-4). Pues como aquel está expuesto a ser fácilmente disipado por el viento huracanado; así el pecador es derribado por toda tentación. Porque al luchar él consi-

go mismo y al llevar de continuo esta lucha, ¿qué esperanza de salvación tiene el que en casa está entregado y que arrastra consigo la conciencia, enemigo continuo?

Mas el justo no así. Pues ¿cómo es? Escucha al mismo Profeta, que dice: *“Los que ponen en el Señor su confianza estarán firmes como el monte de Sión”* (SALMO 124-1). ¿Qué es eso de como el monte de Sión?, dice. Pues que cuantas máquinas empleares, cuantos dardos tirares queriendo demoler el monte, nunca jamás lo superarán, porque ¿cómo podrás? Las máquinas, sí que se gastarán todas, y hasta tu fortaleza destruirás.

Así es también el justo: cualquiera heridas que reciba, en verdad ningún daño sufre, pero destruye la fuerza de los perseguidores, no sólo de los hombres, sino también de los mismos demonios. Pues muchas veces has oído cuántas maquinaciones el diablo empleó contra Job, y con todo no sólo no derribó aquel monte, sino que fatigado se retiró, habiendo sido rotas las saetas y las máquinas inutilizadas en aquella lucha.

3. Sabiendo, pues, esto, cuidemos de nuestra vida, y no nos afanemos por los dineros, que perecen, ni por la gloria, que se apaga; ni por el cuerpo, que envejece; ni por la hermosura, que se marchita; ni por los placeres, que se pasan; sino empleemos todo cuidado en nuestra alma, y a ésta atendamos de todos modos. Porque no a todos es fácil curar los cuerpos enfermos, pero medicinar el alma que sufre es cosa facilísima a cualquiera; y en verdad para curar el cuerpo se necesitan medicinas y dineros, mas para curar el alma todo está fácil y sin gastos: la carne, por naturaleza, con grande trabajo queda libre de las heridas perniciosas, ya que a veces se tiene que emplear el bisturí y las purgas amargas; mas para el alma nada de esto: basta querer y desear, y todo queda remediado.

Y esto fue obra de la providencia de Dios, pues porque de la enfermedad corporal no puede seguirse mucho mal, ya que por más que no enfermemos la muerte que sobreviene lo corromperá, y lo deshará por completo, para nosotros, empero, todo está puesto en la salud del alma: hizo fácil la curación de la parte mucho más útil y más necesaria y que no cuesta ni dispendio, ni dolor. Así es que ¿tendremos alguna excusa? Y ¿qué venia, cuanto tan grande cuidado ponemos para el cuerpo, en el que se gasta dinero, y se llaman médicos, y se aguanta mucho dolor, principalmente no siguiéndonos de la enfermedad un daño grande y que despreciamos el alma, y esto no

teniendo que gastar dinero, ni molestar a otros, ni soportar dolores, sino que sin nada de esto, con sólo el propósito y la voluntad, podemos hacer toda la corrección, y sabiendo perfectamente que como esto no hagamos, hemos de padecer penas extremas, y tormentos y suplicios inevitables? Porque dime: si alguien te prometiese que en corto espacio de tiempo te enseñaría el arte de la medicina sin costarte dinero, ni trabajo, ¿no le tendrías por un bienhechor? ¿No aguantarías el hacer y sufrir cuantas cosas hubiese mandado el que promete? Pues he ahí que sin trabajos se pueden encontrar los remedios de las heridas, no del cuerpo, sino del alma, y ponerla en salud sin dolor alguno; por tanto, no lo descuidemos.

Ahora dime: ¿qué dolor tiene el que está triste en dejar pasar la ira? Ciertamente es un dolor acordarse de las injurias y no reconciliarse. ¿Qué trabajo hay en orar y pedir incontables beneficios a Dios que da pronto? ¿Qué trabajo en no murmurar de nadie? ¿Qué dificultad en librarse de la envidia y malignidad en no hablar palabras torpes, en no afrontar ni injuriar? ¿Qué cansancio en no jurar? Y otra vez recaigo en la misma amonestación. Antes bien, el mayor trabajo es jurar, pues muchas veces poseídos de la ira y el furor, juramos que no nos reconciliaríamos con uno de los que nos dañan; después, apagada la ira y calmado el furor, queriendo reconciliarse, forzados por la imposición del juramento, nos hemos sentido como colgados de un lazo y enredados en trampas irrompibles.

Esto sabe también el diablo, y porque bien conoce que la ira es fuego, y que con facilidad se extingue, y una vez la ira apagada se sigue la reconciliación y amistad, deseando que el fuego éste sea inextinguible, muchas veces nos enredó con el juramento para que si la ira ya cesó, estando la obligación del juramento, conserve el ardor en nosotros, y de dos cosas se haga una: o que reconciliados perjuremos, o no reconciliados nos hagamos reos de pecado de odio.

4. EXHORTACIÓN MORAL PARA EVITAR LOS JURAMENTOS. Conociendo, pues, estas cosas, huyamos de los juramentos y asiduamente diga nuestra boca Cree; que ésta será señal de toda piedad para nosotros. Porque la lengua enseñada a decir esta sola palabra se confunde y avergüenza de proferir palabras torpes y absurdas; y si acaso por la costumbre es arrastrada, teniendo muchos acusadores, se corrige. Pues cuando alguno viere que el que no jura profiere palabras torpes, al punto le insultará, se le burlará y bromeando dirá: Tú que en todo dices, Cre, que no te atreves a proferir un juramento, ¿cómo es que

contaminas tu lengua con torpes conversaciones? Así es que aun sin querer obligados, empujados por los presentes, volveremos a la piedad.

Pero ¿qué si hay necesidad de jurar?, pregunta alguno. Donde hay prevaricación de la ley no hay necesidad. Y ¿es posible, añade, no jurar del todo? ¿Qué dices? ¿Dios mandó y tienes atrevimiento de preguntar si es posible guardar la ley? Antes bien es imposible no guardarla. Y por las cosas presentes quiero persuadiros esto, que no es imposible no jurar, sino jurar. Pues he aquí que a los habitantes de la ciudad se les ha mandado, lo que al parecer de muchos excede sus fuerzas, sacar el oro, y la parte mayor está ya reunida, y se puede oír a los cobradores, que dicen: hombre, ¿por qué tardas? ¿Por qué de día en día nos lo difieres? Que no te puedes escapar: es ley del Emperador, que no admite demora.

Te pregunto: ¿Qué dices? El Emperador mandó pagar el impuesto, y no es posible que no lo pagues; Dios mandó huir los juramentos, y dices ¿que no podemos huir los juramentos? Ya es el día sexto en que os aviso de este mandamiento; en adelante quiero pactar con vosotros, como quien desiste, para que temáis. En adelante no tendréis excusa ni perdón, máxime porque aunque nada hubiésemos dicho, esto debe corregirse por vosotros mismos: que no es ni muy vario ni exige mucha preparación. Mas habiendo tenido tantas advertencias y consejos, cuando acusados en aquel tribunal tremendo se os exijan las penas de esta prevaricación, ninguna excusa podrá presentarse, sino que será necesario o bien salir ya enmendados, o bien ser castigados, por no haberse encomendado. Por lo tanto, pensando todos en esto, salidos de aquí con mucho cuidado, exhortaos a guardar en vuestro entendimiento cuidadosamente las cosas que en tantos días se han dicho: con lo cual, aunque callemos nosotros, enseñando el uno al otro, edificándoos, exhortándoos, demostréis mucho provecho, y cumpliendo todas las restantes leyes, gozaréis de eternas coronas: las cuales a todos se nos conceda conseguir, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 9

1. Y hace poco me he dirigido a vosotros, y ahora os dirijo la palabra; y ojalá siempre estuviera con vosotros, si no con la presencia corporal, al menos por la fuerza de la caridad, porque yo no tengo más vida que vosotros y que el cuidado de vuestra salvación. Pues así como el colono sólo se preocupa de las semillas y cosechas, y el navegante de las olas y los puertos, así el que habla, cuida de los oyentes, y de su provecho, como yo lo hago ahora. Por esto también a todos vosotros llevo en mi alma; pero no aquí sólo, sino también en casa. Porque aunque la población es grande y la medida de mi corazón pequeña, mas la caridad es ancha, y *“No están mis entrañas cerradas para vosotros”* (2 CORINTIOS, 6-12); pero no añadiré lo que

sigue, porque nosotros tampoco las tenemos cerradas en vosotros. ¿En que se ha esto manifestado?

Se de muchos que dicen: ya hemos cumplido el mandamiento imponiéndonos la ley, y determinando penas para los que juran, y aplicando la multa a los quebrantadores de la ley, una multa conveniente a vosotros, lo cual es señal de máxima calidad. Porque no me avergüenzo de estar solícito, por estas cosas, puesto que en ello no hay curiosidad, sino que es la solicitud de la providencia. Pues si al médico no es oprobioso el preguntar sobre el enfermo, tampoco será para nosotros crimen el preguntar inquiriendo de vuestra salvación. Porque así advertidos de lo que os ha aprovechado y de lo que ha faltado, os aliquemos lo restante en la forma congruente.

OYENTES PRONTO ENMENDADOS DE LOS JURAMENTOS. Así es que, habiendo cuidadosamente escudriñado estas cosas, hemos conocido y dado gracias a Dios que no hemos sembrado en un cantarral, ni hemos echado la semilla entre espinas, y que no hemos necesitado ni largo tiempo, ni mucha dilación. Por esto asiduamente os llevo en mi corazón, por esto no siento el trabajo de enseñar, aliviado por el lucro de los oyentes. Porque esta recompensa puede repararnos, y aliviarnos, y hacernos prontos y alegres para soportar todo trabajo en favor vuestro. Ya pues, que habéis dado muchas muestras de ánimo agradecido, hora es de que paguemos la deuda que hace poco habíamos prometido, aunque no vea estar presentes todos aquellos que habían venido aquí cuando hice la promesa. Y ¿esto por cuál causa? ¿Qué es lo que los ha alejado de nuestra mesa?

Según parece, quien tocó la mesa corporal creyó que era cosa indigna el venir a escuchar las divinas palabras después de la comida del cuerpo. Mas en esto no sienten rectamente, porque de ser esto absurdo, no hubiera Cristo tenido muchos y largos sermones después de la mística Cena; de seguro que, siendo esto incongruente, no hubiera comunicado también sus discursos a los que por dos y más veces había dado de comer en el desierto. Porque, si se me permite, hasta diré algo en que no pensáis: que precisamente es entonces útilísimo aplicar los oídos a las palabras divinas.

Porque cuando estuvieres persuadido que es necesario acercarse a la sagrada reunión (synaxa) después de tomar alimento y bebida, aun sin pensar ni querer guardarás del todo la sobriedad, y jamás serás gobernado ni por la crápula, ni por la embriaguez, porque el cuidado y la expectación de reunirse en la iglesia enseña a tomar el manjar y

la bebida en la medida conveniente, para que una vez entrado y mezclado entre los hermanos, después oliendo a vino y eructando inmodestamente, no seas objeto de risa para todos los presentes. Esto digo, no a vosotros ahora presentes, sino que lo digo a los ausentes, para que lo sepan por vosotros.

Porque no es obstáculo para oír el comer, sino el quedarse aletargado; mas tú, que estimas ser un crimen el no ayunar, incurres en otro crimen, mucho peor y más grave, por no participar de esta sagrada mesa, y porque alimentando tu cuerpo, consumes de hambre tu alma. Y ¿qué excusa tendrás? Porque con el ayuno corporal podrías quizá alegar la debilidad del cuerpo, pero para no oír, ¿qué podrías decir?, porque la debilidad del cuerpo no prohíbe el participar de las divinas palabras. Que si hubiese dicho: Nadie que haya comido se mezcle con los otros, después de comer nadie escuche, hubieras tenido algún perdón; mas ahora cuando os estamos atrayendo, y halagando, y llamándoos, al resistiros, ¿qué excusa tendréis? Porque aquel no sería oyente idóneo, no el que hubiera comido o bebido, sino el que no atendiera a las palabras, bostezando y distraído, el que teniendo aquí el cuerpo, anduviese vagando por otras partes mentalmente; este, aunque ayune, es inútil para oír: al contrario, el despierto y vigilante, y que pone atención, aunque haya comido y bebido, para nosotros será el mejor de todos los oyentes.

En los juicios y consejos de los extraños debidamente prevaleció esta ley, porque no saben moderarse, por eso no comen para nutrirse, sino para estallar: a veces beben hasta la saciedad; por esto haciéndose ellos ineptos para la administración, faltan a los senados y juicios para todo el día, no acudiendo. Pero aquí no es así, en manera alguna, sino que quien come, por la modestia del ánimo es igual al que está ayuno, porque ni come ni bebe para estallar el vientre o para oscurecer la razón, sino para reparar el cuerpo debilitado.

2. Pero para amonestación baste; mas ahora es ya tiempo de pasar al argumento, aunque nuestro pensamiento rehuya y emperece sobre esta doctrina por causa de los que no han venido. Y como la piadosa madre que pone la mesa, al no estar presentes todos los hijos, duélese y suspira esto mismos sufro yo ahora, y pensando en la ausencia de nuestros hermanos, me contengo de cumplir las promesas; pero vosotros podéis desechar este entorpecimiento. Porque si me prometéis que habéis de contarles todo diligentemente al punto os repartiremos todas las cosas, pues así por la enseñanza de vuestra caridad, tendrán

consuelo de su abstención, y vosotros nos escucharéis con más atención, sabiendo que es preciso que estas cosas las refiráis a otros.

Pues para que el sermón nos sea más claro, lo diremos volviendo a lo arriba dicho.

POR QUÉ LA ESCRITURA NO FUE DADA NI EN TIEMPO DE ADÁN NI DE NOÉ, NI DE ABRAHÁN. Poco ha preguntábamos por qué causa se dio a la luz después de tantos años, ya que ni en tiempos de Adán, ni de Noé, ni de Abrahán, sino en los de Moisés fue publicado este libro. A muchos oigo que dicen: si era útil, desde un principio debía haber sido dado, y si era inútil, no debía darse después.

Mas este discurrir es insubsistente, porque no totalmente y desde luego hay que dar lo que más tarde ha de ser útil; ni tampoco es preciso que perdure totalmente después todo lo que fue dado al principio. Así, útil es la leche; pero el pecho no se nos da siempre, sino de niños; útil es el alimento sólido, pero nadie nos lo da al principio, sino cuando hemos salido de la edad infantil. Igualmente útil es el estío, pero no es para siempre constante, y el invierno, útil es, pero también pasa.

¿Habrás, pues, quien diga que las Escrituras no son útiles? Ciertamente utilísimas, y aun más, necesarias. Pero replica: si útiles, ¿por qué razón no se nos dieron desde el principio?

Porque Dios quería enseñar al linaje humano, no por escrito, sino por las cosas mismas. ¿Y qué quiere decir por las cosas mismas? Por la misma creación. Pues recayendo en esta sentencia el Apóstol y dirigiéndose a los gentiles que decían: No hemos aprendido desde el principio a conocer a Dios por las Escrituras, mira cómo responde: Pues habiendo dicho: *“Se descubre también la ira de Dios del cielo sobre toda la impiedad e injusticia de aquellos hombres, que tienen aprisionada injustamente la verdad de Dios”* (ROMANOS, 1-18), y habiendo advertido la objeción que le salía al paso, y a muchos que preguntaban por dónde los gentiles hubiesen conocido la verdad de Dios, infirió diciendo: *“Puesto que ellos han conocido claramente lo que se puede conocer de Dios”* (IB. v. 19). ¿Y cómo fue manifestada en ellos?. ¿Y cómo podían conocer a Dios? ¿Quién lo manifestó?, di. *“Porque Dios se lo ha manifestado”* dice. ¿Por qué medio? ¿Envian-do algún profeta, evangelista o doctor, ya que aún no había Escrituras? *En efecto, las perfecciones invisibles de Dios, aun su eterno poder y su divinidad, se han hecho visibles después de la creación del mundo por el conocimiento que de ellas nos dan sus criaturas”* (IB. v. 20). Y

lo que dice, así es: A la vista de todos puso la creación patente, para que conjeturen por las obras al creador; lo mismo que dijo también otro: *“Pues de la grandeza y hermosura de las criaturas se puede a las claras venir en conocimiento de su Creador”* (SABIDURÍA, 13-5). ¿Has visto la grandeza? Considera con admiración el poder del Creador. ¿Has visto la hermosura? —pásmete la sabiduría del decorador— como lo hacía el profeta diciendo: *“Los cielos publican la gloria de Dios”* (SALMO 18-2).

Mas yo pregunto: ¿cómo pregonan? Por la sola contemplación. Porque cuando hayas visto la hermosura, la grandeza, la excelsitud, el sitio, la forma que perdura tanto tiempo, como quien oye una voz, y quien dice por el aspecto, adoras al que crió un mundo tan hermoso y admirable. Calla el cielo, pero su vista da una voz más clara que la de la trompeta, enseñándonos por los ojos, no por los oídos, porque aquel sentido no es naturalmente más cierto y más claro. Pues si nos hubiera enseñado mediante libros y escritos, los instruidos y peritos hubiesen aprendido los escritos, mientras que el no instruido se retiraría sin provecho alguno, de no haber dado con alguien que lo introdujese; el rico habría comprado el libro, el pobre no habría podido comprarlo; además, el que supiera la lengua aquella en que está la escritura hubiera sabido las cosas dentro contenidas; pero el Escita, el Bárbaro, el Indio, el Egipcio y todos los que desconocen aquella lengua, se marcharían sin haber aprendido nada.

Mas del cielo nada de esto puede decirse, sino que el Escita, y el Bárbaro, y el Indio, y el Egipcio, y todo hombre que anda sobre la tierra, oirá esta voz, puesto que no por los oídos, sino por los ojos entra en nuestra alma. Y la participación de lo visible es una misma, y que no se diferencia como las lenguas; en este libro lo mismo podrán leer el idiota y el sabio, el pobre y el rico, y de cualquiera parte venga uno, mirando el cielo, recibirá con la vista doctrina suficiente; y en verdad indicando y demostrando esto el mismo profeta decía que la creación da una voz fácil de ser entendida tanto por los bárbaros, como por los griegos y por todos los hombres del universo: *“No hay lenguaje, ni idioma en los cuales no sean entendidas estas sus voces”* (SALMO 18, 4). Y lo que afirma, tal es: No hay gente, ni hay lengua que no puedan entender esta lengua, sino que su voz es tal, que pueda ser oída por todos los hombres, y no tan sólo la del cielo, sino también la del día y de la noche.

Y ¿cómo la del día y de la noche? Porque aquél, el cielo, tanto

con su hermosura, como por su grandeza, como con muchas otras cosas, sobrecoge a los espectadores y los induce a la admiración del mismo Creador; pero el día y la noche, ¿qué podrían ostentarnos?

En verdad que nada como esto; pero sí otras cosas no inferiores a éstas: la conveniencia, el orden exactísimamente observado. Porque cuando hayas pensado cómo están distribuidos por todo el año, y cómo se dividen todo el tiempo del año lo mismo que dos pesos puestos en una balanza, admirarás al que lo ordenó. Pues lo mismo que unas hermanas se han repartido la herencia del padre con gran armonía y sin disputa ni altercado, lo mismo el día y la noche se distribuyen el año con tan grande igualdad y se mantienen entre sus propios términos y nunca jamás la una molesta a la otra. Así es que jamás en invierno el día fue largo, como ni en el estío fue nunca larga la noche, después de pasadas tantas generaciones, sino que en ese mismo intervalo de tiempo, en tanta longitud, no tuvo la una más que la otra ni un poco, ni media hora, ni el tiempo de un guiño de ojo.

3. SABIDURÍA DE DIOS EN EL ORDEN DE LAS COSAS NATURALES. Por lo que admirado el Salmista de la igualdad de los mismos, exclamaba diciendo: *“La una noche las comunica a la otra noche”* (SALMO 18-3). Si sabes filosofar sobre estas cosas, admirarás tanto a aquel que desde un principio puso linderos invariables. Oigan esto los avaros y ambiciosos de los bienes ajenos e imiten la igualdad del día y de la noche: óiganlo los hinchados y engreídos, y que no quieren conceder a otros los primeros puestos. El día cede a la noche y no invade dominios ajenos, y tú disfrutando siempre honor, ¿no te digas comunicarlo a los hermanos?

Y considera conmigo la sabiduría del legislador. Dispuso que durante el invierno la noche sea larga, cuando las semillas más reblandecidas y más necesitadas de enfriarse ni toleran rayo más cálido; mas después que fueron creciendo, a la vez que ellas crece también el día, y se alarga más aún, cuando ya se sazona el fruto.

Y esto no es sólo oportuno para las semillas, sino también para los cuerpos. Porque en el invierno el navegante, patrón y pasajero, el soldado y el labrador permanecen en casa, obligados por el frío, y el invierno es tiempo de descanso, dispuso Dios que se emplease más tiempo en las noches, para que el día largo no resulte inútil a los hombres que no pueden hacer nada.

¿Quién puede ponderar el orden de las estaciones del año, que a manera de unas doncellas que juegan a la rueda, vanse sucediendo

con mucho modo, y del medio y sin ruido no censan de sustituirse poco a poco en los puestos contrarios? Por esto ni el paso es del invierno al estío, ni del estío al invierno sin intermedios, sino que van interpuestas la primavera (y el otoño) de tal manera que sucediéndose despacio e insensiblemente, preparan nuestros cuerpos para llevarlos sin molestias a la estación calurosa o fría, porque como las súbitas mudanzas en contrario engendran daño y enfermedad mortal, dispuso Dios que sea primavera quien nos recibe al salir del invierno, y el estío al pasar de primavera, y el otoño al terminar el estío, para de ahí entrarnos en el invierno; así las mudanzas inofensivas y espaciosas nos sobrevienen de los contrarios tiempos por los intermedios.

¿Quién es, pues, tan miserable y desgraciado, que al mirar el cielo, y también el mar y la tierra, la templanza de las estaciones del año tan diligentemente ordenada, y el no interrumpido orden del día y de la noche, piense que esto está hecho espontáneamente, y no adore a aquél que todas las cosas dispuso con la congruente sabiduría?

Tengo que decir aún cosas mayores, porque no sólo la grandeza y hermosura, sino también el mismo modo de la creación manifiesta al Creador de todas las cosas. Porque como no estábamos presentes desde el principio al que formaba y creaba todo, ni aunque lo hubiésemos estado podíamos saber cómo eran hechas, siendo todo compuesto por un poder invisible, hizo que el mismo modo de la creación nos sea el mejor maestro, arreglando todo cuanto se hacía por una deducción sobrenatural.

4. ¿No son —dime— acaso estas cosas no son visibles a un ciego e inteligentes a los muy tontos, ya que han sido hechas y se mantienen por alguna providencia? Porque, ¿quién será tan tonto y estúpido que viendo mole tan grande, tanta hermosura, tanto adorno, tanta composición, la no interrumpida pugna de tales elementos y su contrariedad, y la perseverancia, no reflexione para sí y diga: si no hubiese una providencia que sustenta el peso de los cuerpos, y que no permite que todo se haga pedazos, no habría podido el universo ni permanecer, ni durar? Tan regular orden de las estaciones del año, tan grande armonía de la noche y el día, tanta variedad de animales irracionales, de plantas, de semillas y hierbas que conservan su manera de ser, y hasta el momento nada estorba y nada se ha consumido totalmente.

5. Mas no éstas sólo, sino otras muchas cosas y más profundas que éstas podían decirse y discurrirse de la creación; pero dejándolo para mañana, pongamos cuidado con retener lo dicho y en hacerlo

llegar a otros. Y sé de seguro que la profundidad de las enseñanzas es algo no acostumbrado para vuestros oídos; pero si vigilamos un poco y nos acostumbramos a ellas, también fácilmente seremos doctores para los otros.

Pero mientras tanto es necesario decir a vuestra caridad: como Dios nos ha glorificado por medio de creación tan grande, así nosotros también glorifiquemos a Dios por medio de nuestra conversación pura. *“Los cielos publican la gloria de Dios”* (SALMO 18-2), con sólo aparecer, y nosotros hemos de pregonar su gloria, no sólo hablando, sino que también callando, y con lo esclarecido de la vida llevando a todos a la admiración. Pues dice: *“Brille así vuestra luz ante los hombres, de manera que vean vuestras obras buenas y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos”* (MATEO, 5-16). Porque cuando el infiel te vea a ti, fiel, compuesto, modesto, adornado, se admirará y dirá: ¡En verdad que es grande el Dios de los Cristianos! ¡Qué hombres ha formado! ¡Y de cuáles los ha hecho! ¡De hombres los ha vuelto ángeles! Cuando alguno los ha injuriado, no injurian; si se les hiere, no lo llevan a mal; a los ultrajes responden orando por los que les han lesionado; no tienen enemigo; no saben guardar rencor, desconocen las burlas; no han aprendido a mentir; no toleran ser perjuros; es más, ni el jurar, y preferirían que les fuese cortada la lengua antes que su boca dijese un juramento.

Démosles para que digan de nosotros estas cosas, y desterremos la mala costumbre de los juramentos, y demos a Dios tanto honor siquiera cuanto damos a nuestros vestidos más preciosos. Porque ¿cómo queréis que no sea un absurdo que, teniendo un vestido mejor que los otros, no permitís el usarlo frecuentemente, y el nombre de Dios lo arrastréis temerariamente por doquiera, como ocurre?

Por tanto, ruego y suplico que no descuidemos así nuestra salvación, sino más bien pongamos en práctica el deseo que ya teníamos desde el principio acerca de este mandamiento. Por esto hago yo una no interrumpida exhortación de los juramentos, no porque vea vuestra lentitud, sino por ver a la mayor parte corregida por vosotros, y pretendo, y me apresuro para que todo quede perfecto y tenga remate. Así es como lo hacen los espectadores que alientan a los que están más próximos a la meta. Por lo mismo no nos cansemos nosotros, puesto que estamos cerca del término o hito de la corrección total, y lo difícil estaba al principio. Pero ahora, cuando está ya cortada la costumbre por mucho, y poco es lo que resta, ya ni es necesario

esfuerzo alguno, sino un poco de miramiento, y necesitamos una breve diligencia para que, corregidos nosotros, seamos maestros para los otros, y con confianza veamos la Pascua, y con grande placer recibamos dobladas y triplicadas las acostumbradas alegrías. Porque no es el estar libres de las molestias y sufrimientos del ayuno lo que nos agrada tanto, cuanto el presentarnos en aquella sagrada solemnidad con merecimiento y espléndida corona, corona que nunca se marchita.

Y para que la enmienda sea más rápida, haz lo que digo: Pinta en la pared de tu casa, y graba en la pared de tu corazón, aquella hoz volante, y piensa que ésta vuela para maldición (ZACARÍAS, 5-1, 5), y reflexiona con asiduidad sobre ella, o si ves a otro que jura, cohibe, veda, cuida de tus siervos. Pues si esto consideramos, así como no solamente nosotros mismos nos portaremos bien, sino que también induciremos a otros a lo mismo, de prisa conseguiremos el fin nosotros. Porque en acometiendo el corregir a otros, nos avergonzamos y confundimos, si omitimos lo que a otros imponemos. Y no es necesario decir más, pues ya se han recordado antes muchas cosas, y lo que se ha dicho sólo ha sido para refrescar la memoria.

Dios, empero, que perdona a nuestras almas más que nosotros, nos haga perfectos en esto y en todo lo bueno, para que habiendo conseguido todo fruto de justicia seamos contados por dignos del reino de los cielos, por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo.